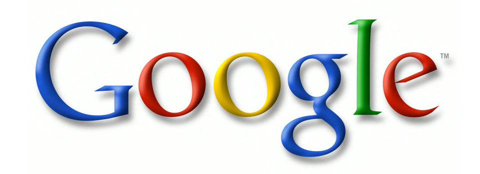
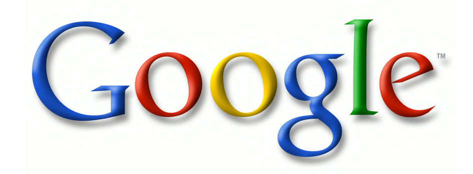












COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX LIBRIS.

OBRAS

DE

D. JOSÉ EUSEBIO CARO

POESÍAS

TIRADAS ESPECIALES

100 ejemplares	en papel de hilo, del	1 al 100.
25	»	en papel China, del	I al XXV.
25	»	en papel Japón, del	XXVI al L.



José Eusebio Caro.



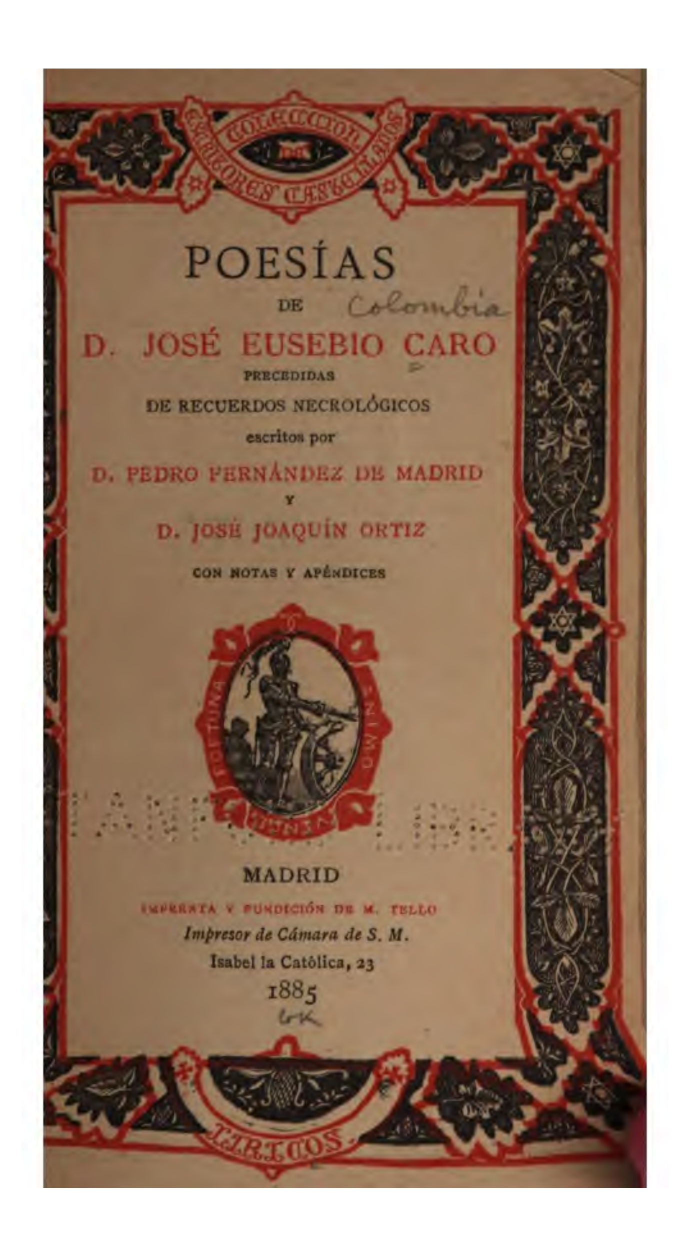
POESIAS

DE

EUSEBIO CARO

MADRID





POESÍAS

DE Colombia

D. JOSÉ EUSEBIO CARO

PRECEDIDAS

DE RECUERDOS NECROLÓGICOS

escritos por

D. PEDRO FERNÁNDEZ DE MADRID

Y

D. JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

CON NOTAS Y APÉNDICES

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Isabel la Católica, 23
1885



RECUERDOS NECROLÓGICOS.

I.

La temprana muerte del Sr. D. José Eusebio Caro, catástrofe doméstica justamente valorada y lamentada cual merecía serlo por los deudos todos y por los numerosos amigos del finado, ha sido además considerada como una calamidad pública, como pérdida irreparable para la patria...

Joven aún, dotado de espléndidos talentos y de instrucción vasta y profunda; miembro de una familia que le adoraba, y jefe de otra en que cifraba sus delicias; con una salud que le prometía largos años de vida, y una reputación de probidad bien merecida que le granjeaba respeto y consideración, el porvenir parecía reservar á Caro muchos días de bonanza en el amable recinto de la familia y de la amistad, al que venía *dispuesto á* reducirse, cuando de

improviso, al pisar el patrio suelo tras de penosa peregrinación en paises extranjeros, desaparece del mundo de los vivos, arrebatado á la amante esposa, que alborozada le esperaba, á los tiernos hijos, á la afectuosa madre y hermana, y á padres y hermanos políticos, que le amaron no menos entrañablemente que los suyos propios, y confunden hoy con éstos, en lúgubre concierto, sus ayes dolorosos (1).

La tumba, que ha servido de crisol al verdadero afecto de parientes y amigos, debía extinguir, y en efecto ha extinguido en los émulos y antagonistas políticos del Sr. CARO, toda saña y todo resentimiento, para dar lugar al melancólico recuerdo de sus virtudes singulares, de su ardiente y genuino patriotismo, de su exquisita sensibilidad, de su intachable rectitud y de su brillante inteligencia.

Esta espontánea ofrenda de respeto, este unánime homenaje de admiración en que el cálculo y el interés no han tenido ni podido tener parte, no se derivan, sin embargo, exclusivamente del tierno sentimiento que excita la memoria de los que ya no existen. La conciencia pública, que suele elevarse sobre las pasiones contemporáneas para distinguir y honrar

(1) Murió CARO de fiebre amarilla en Santa Marta, el 28 de Enero de 1853, aún no cumplidos 36 años de edad.

el mérito, se ha apresurado á rendir, en el presente caso, á la ciencia y á la virtud el apacible tributo de admiración que las almas nobles están siempre dispuestas á prestarles. Y si por ventura ha habido algo de extraordinariamente lisonjero en tan general demostración de aprecio, también había mucho de extraordinario en el hombre á quien se consagra este homenaje.

La naturaleza, que parece complacerse en burlar el arte, esmerándose tal vez en otorgar mayor grado de perfección y de hermosura á sus producciones más fortuitas, derrama al acaso fecundísimas semillas de ingenio y de virtud, de talento y de honradez; y aunque algunas, combatidas por el huracán de la fortuna, se marchitan en los riscos del mundo, ó perecen entre abrojos, abrumadas por el soplo ardiente de la adversidad, otras suelen vencer todos los obstáculos, y superando mil contratiempos, crecen, se arraigan y fructifican en los campos más estériles.

Así fué como Caro, colocado por el capricho de la suerte en un teatro poco favorable al cultivo de las ciencias y aun á la práctica de las virtudes más enérgicas, hizo en aquéllas progresos admirables, se consagró á las bellas letras con espléndido éxito, y dió á su alma un temple casi heróico, sin más estímulo que el

honor y su insaciable pasión por el estudio, sin más auxilio que el que le suministraron su talento y su trabajo personal, y sin otro protector que el que la naturaleza le dió en un virtuoso padre, que bien poco le duró, pero que harto hizo trasmitiéndole la chispa eléctrica que encendió en su pecho los más nobles sentimientos é iluminó su mente con purísima luz.

Privado de este apoyo en temprana edad, y pasados ya los años de su desamparada juventud, hallábase CARO desempeñando un destino subalterno en el ramo de Hacienda, cuando las circunstancias le hicieron salir de un modo notable á la escena pública á tiempo que estallaban las convulsiones políticas de 1839 á 1842. Inflamado por el sagrado fuego del patriotismo y penetrado de la necesidad de ofrecer al pueblo ejemplos de abnegación y civismo, para alentar el espíritu público que á la sazón se hallaba en lastimosa postración, renunció aquel puesto comparativamente lucrativo para él, y sentó plaza de soldado en uno de los cuerpos veteranos que marchaban á someter á los insurrectos. Abandonando hogar, intereses y familia, hizo varias campañas, *hambriento, enfermo, medio desnudo y descalzo*, y hallóse en reñidos combates á las órdenes de los generales Franco y Herrán, que siempre hicieron hono-

rífica y especial mención de su bizarro comportamiento.

En los intervalos de las operaciones militares, empezó á publicar por entonces las hojas palpitantes de elocuencia de su memorable *Granadino*, que tan poderosamente contribuyeron á reanimar á los defensores del Gobierno y facilitar la pacificación de la República.

Restablecidos completamente el orden y la tranquilidad, CARO fué llamado á ocupar el empleo de jefe de la sección de Relaciones Exteriores y Estadística Nacional en la Secretaría de Estado que se hallaba á la sazón á cargo del Dr. D. Mariano Ospina, por quien concibió desde entonces sentimientos de alta estimación y de amistad nunca desmentida. En medio de tareas ímprobas, tales como el ordenamiento del Censo de población de 1843 y la formación de los cuadros comparativos á él anexos, que luego han servido de modelo, continuó CARO por aquel tiempo redactando *El Granadino*; mas no ya para alentar el entusiasmo popular contra las facciones, sino para pedir garantías y clemencia á favor de los vencidos, defender los principios de libertad civil que siempre le sirvieron de norma, y encabezar la patriótica cruzada que dió en tierra con las leyes sobre medidas de seguridad.

Elegido dos veces consecutivas diputado por

la provincia de Bogotá, excusóse de aceptar el cargo en la primera á falta de edad para ejecutarlo legalmente; pero expedito ya para desempeñarlo en la segunda, lo sirvió con gran lucimiento, y con tal celo republicano, que para poner fuera de todo viso de sospecha la perfecta independencia de su posición parlamentaria, renunció en plena Cámara, en un debate solemne, el empleo que antes servía, y cumplió su protesta de no admitir otro alguno bajo la administración del general Herrán.

La parte que le cupo en los trabajos de aquellas legislaturas, á las cuales concurrieron los hombres más prominentes del país, fué muy activa y distinguida. Hizo grandes esfuerzos para que la reforma de la Constitución, que estaba entonces pendiente, se verificase en sentido más acorde con el principio de la soberanía popular, proponiendo que se consagrasen en ella el sufragio universal y directo, el juicio por jurados, y otras medidas de análogo linaje. Varios proyectos por él presentados, y aceptados sin alteración, forman todavía parte de nuestros códigos, y la Cámara de representantes le debe el reglamento económico de sus sesiones, que ha sido adoptado por otros cuerpos colegiados, y que en concepto de los inteligentes es una obra perfecta.

Durante la administración del general Mos-

quera, CARO fué nuevamente llamado al servicio público en desempeño de destinos muy importantes. Sirviólos todos con su acostumbrada contracción y eficacia, y contribuyó como el que más, á realizar las grandes reformas que la Hacienda Nacional experimentó en aquel periodo, así como á plantear el sistema de contabilidad que entonces se introdujo en ella. Con tal motivo, y en virtud del estado crítico en que se hallaban los negocios fiscales en 1848, se le encomendó la dirección de este departamento de la Administración pública, del cual estuvo encargado hasta que satisfechos los más urgentes comprometimientos del Tesoro y allanadas las principales dificultades, renunció el cargo de Secretario de Estado por no consentir en cierta medida, irregular en su concepto, que quería adoptar el Presidente Mosquera.

De los demás hechos de la vida pública de CARO parece innecesario, y sería quizás inoportuno, hacer aquí puntual exposición. Demasiado recientes están para que la memoria de ellos necesite refrescarse, y tan íntimamente relacionados con nuestras actuales diferencias de partido, que no cuadraría bien hacer prolijo recuerdo de ellos en una reseña de esta especie. Baste saber que CARO era, y se gloriaba de ser conservador, y conservador de convicciones activas. Movido por ellas, creyó

que era deber suyo combatir por los medios constitucionales á la administración del general López y al partido que la ha sostenido. Hízolo con la energía, decisión y franqueza inseparables de su carácter, y aunque con ellos se suscitó muchos enemigos, esos mismos adversarios políticos le hacen hoy justicia, reconociendo que un hombre de su temple y opiniones debía forzosamente proceder así, y que si hubo error ó desacierto en su conducta, sobráronle la sinceridad y buena fe propias del hombre de bien (1).

Escritor castizo, nervioso y elegante; dotado de imaginación fogosa, de talento analítico admirable, y de numen poético, lozano y enérgico á la vez que dulce, CARO nos ha legado varios opúsculos filosóficos, políticos y puramente literarios, y algunos de los más hermosos versos del Parnaso nacional. Háblase tam-

(1) Sobre la situación política de la Nueva Granada en 1850, escribió Madrid á CARO una larga carta que ha publicado el *Repertorio Colombiano* (TOMO I. Bogotá, 1878).—En lo substancial Madrid y CARO convenían en opiniones, pero sus temperamentos eran opuestos: aquél calmado, mesuradísimo en todo, amigo de pacíficas soluciones; éste vehemente, decidido, extremado. De aquí que, en aquella agitada época, sin detrimento de la estimación recíproca, se resfriasen un tanto las relaciones de amistad entre estos dos célebres neo-granadinos. La altiva intransigencia de CARO está pintada en el juicio que formó de sus mismos copartidarios en aquel verso terrible:

¡Cuál, débil; cuál, traidor; digno ninguno!

bien de una obra inédita más grave y extensa que las anteriores, escrita por él durante su ausencia de la República, y que, como fruto sazonado de su ingenio superior, colmará sin duda los deseos de sus admiradores y dejará satisfecha la expectación general.—Entre tanto, aunque sólo poseyésemos las producciones con que la infatigable pluma de CARO enriqueció la prensa periódica del país y en las cuales elucidó las más altas cuestiones sociales y los más difíciles problemas de legislación y de gobierno, esas producciones, y las magníficas estrofas en que inmortalizó las congojas de su niñez, el éxtasis de su ternura conyugal y la sublime piedad de su espíritu, serían por sí solas gajes seguros del distinguido lugar que los contemporáneos y la posteridad habrán de señalarle entre los astros de que se compone la esplendorosa, aunque reducida constelación de literatos hispano-americanos.

Era CARO de estatura más que mediana; bien formados, robustos miembros y continente varonil; firme en el andar y de apostura fácil y descuidada. Aseado en su persona y traje, gustaba, sin embargo, poco de afeites, y vestía como lo quería la casualidad ó lo disponían sus allegados. Tenía ensortijados los cabellos, y negros como los ojos; blanca la cutis y espesa la patilla que le ceñía el rostro; la fren-

te elevada y prominente; regular, pero algo aguda, la nariz; perfecta la dentadura, y bien delineados y expresivos los labios. El aire habitual de su fisonomía, contraído en frecuentes raptos de distracción, era severo é imponente como su metal de voz: modulábase ésta, sin embargo, hasta tocar en una dulzura casi musical, é iluminándosele el semblante, relumbrábanle los ojos con una expresión altamente espiritual bajo las ya desarrugadas cejas, la color se le encendía suavemente, y las fibras todas se le dilataban con agrado bajo un soplo cordial, desde que entraba en conversación y se conmovían las aparentemente recónditas, pero siempre vivas simpatías que su generoso pecho abrigaba por todo lo bello, por todo lo digno de admiración.

En el trato familiar, Caro era cariñoso, accesible y placentero en la amistad, y franco, pundonoroso y leal en las demás relaciones sociales. Austero en sus costumbres, recto y veraz hasta rayar en la exquisita susceptibilidad de una conciencia en extremo delicada, no sólo «pudo alzar al cielo sus manos limpias de toda mancha,» sino que nadie desconfió jamás de su palabra, nadie formó nunca queja justa contra él. Sus virtudes domésticas como esposo, hijo, padre y hermano, testifican un corazón sensible y amoroso, capaz de captarse los dulcísi-

mos afectos que tan gratos vínculos producen. ¡Viviera unos años más, y hubiérase indemnizado con usura de las agudas penas del destierro y de las zozobras de su agitada carrera, satisfecho en medio de las delicias con que la ternura conyugal y el filial cariño santifican y hermosean el hogar doméstico!

La Providencia lo dispuso de otra suerte... Respetemos sus inescrutables designios, y sometiéndonos humildemente á los divinos decretos, limitémonos á lamentar la inmensa pérdida que nos impone. Inmensa pérdida hemos dicho, porque si todo hombre posee alguna virtud y con ella puede ejercer alguna influencia sobre los demás, la que Caro con sus altísimas facultades habría debido de ejercer en bien de su patria, excede á toda ponderación. Aunque lo quisiera, no hubiera logrado él contraerla al recinto doméstico; que aun luciendo solamente en esa estrecha esfera, los destellos de su maravilloso ingenio se hubieran esparcido y reflejado por do quiera, así como las suaves ondulaciones del agua herida, se extienden insensible y blandamente en todas direcciones.

Acaso habrá quien juzgue que hay exageración en este encomio. ¡Somos tan propensos á menospreciar el mérito de los hombres de talento á quienes vemos diariamente! Echando menos en ellos el *boato* de que otros hacen

alarde, y viéndolos portarse con sencillez, solemos confundirlos con los demás.—Recuérdese que CARO no era solamente un hombre de talento é ilustración, sino un sér privilegiado por su originalidad mental; y si se atiende á la relajación de nuestras costumbres y á nuestra proverbial ductilidad, era también por su fibra y por su índole inflexiblemente recta y digna, un hombre completamente excepcional, de quien no se puede hablar con indiferencia ó con frialdad. ¡No! CARO no era un hombre vulgar. Era uno de aquellos nobilísimos caracteres que se ostentan á nuestra imaginación, radiantes con las emanaciones de su propio ingenio, y rodeado por la fúlgida aureola de la virtud, como los brillantes fenómenos que visitan de vez en cuando el firmamento, que no se suceden con regularidad, que carecen de tipo, y no pueden ser reemplazados.

PEDRO FERNÁNDEZ MADRID.

BOGOTÁ, Febrero de 1853.





II.

Si el juicio imparcial del mundo literario y de nuestra juventud amante de la poesía no se hubiera pronunciado ya de una manera tan terminante, casi solemne, honrando en las cenizas de nuestro ilustre compatriota José Eusebio Caro, su esclarecido ingenio; si el Congreso de la Nación no hubiera pronunciado un voto de honor, primero en su clase, reconociendo «sus eminentes talentos, su genio vasto y profundo y su nobilísimo carácter [1];» si sus obras no fueran solicitadas, leídas muchas veces, aplaudidas siempre; si largas lecturas nuestras no nos pusieran á conveniente altura, siquiera por la comparación con los modelos de lo bello, para juzgar las poesías de Caro; temeríamos que la leal, ar-

(1) Acto *legislativo de 19 de* Abril de 1855.

diente y antigua amistad que nos unió á él desde niños, ocultándonos sus defectos, nos le hiciese aparecer como le concebimos *poeta* en toda la extensión de la palabra.

En efecto, nosotros comparamos sus composiciones poéticas con las de los mejores literatos del Nuevo Mundo: con las del descriptivo y purista Bello; con las del incorrecto, pero sublime Olmedo, cantor de Junín; con las del ardiente y malogrado Heredia..., y después de una y otra lectura, siempre tenemos que insistir en nuestro primer juicio: CARO ha aventajado á todos ellos, y si revolvemos los ojos á la literatura actual de la madre España, confesaremos también que CARO no ocupará asiento inferior al del anciano Quintana, laureado hoy, y con cuyas glorias justamente anda ufana su poética patria.

¡Y tal hombre fué arrebatado á las bellas letras en años de su florida juventud! ¡y tal hombre partió su vida entre las penalidades de las oficinas públicas, el estruendo de los combates, la fuga y la permanencia dolorosa en país extranjero! Al principio de su carrera no fué comprendido, y casi se burlaron de él; y la noticia de su muerte causó impresión general de dolor en la República. El desdén lo recibió á su entrada en la vida pública, y la gratitud nacional cubrió de coronas su sepulcro.

CARO nació en Ocaña (5 de Marzo de 1817), y muy niño pasó á Bogotá con su familia. Toda esta, abuelo, padre, tío, era de literatos; y CARO, oyendo sus conversaciones, leyendo sus libros, cobró aquel amor, aquel fanatismo por las ciencias de que hay raros ejemplos.

Nunca podremos echar de la memoria, por doloroso que sea su recuerdo, la tarde que conocimos á CARO. Su padre, después de un viaje á Europa, al tocar las playas de Santamarta, aciagas siempre para su familia, había perdido la vista y subió á Bogotá. Vivia en retiro forzoso con sus hijos; y aquel día, como de costumbre, CARO, que contaba apenas diez años, paseaba con su padre llevándolo del brazo. El retrato que CARO hizo después de aquel padre tan llorado, es exactísimo.

.... Su faz augusta
Á un mismo tiempo afectüosa y seria.
Á presentarse torna ante mis ojos
Radiante de virtud é inteligencia...

Sangre debo llorar, llorar mis ojos,
Al pensar de mi padre en la existencia,
En aquella existencia tormentosa
Que no halló más descanso que en la huesa.

Para la dicha y la amistad nacido,
Vivió de desengaños y dolencias;
Y murió pobre, atribulado y ciego,
Del cuerpo y de la edad aún en la fuerza.

¡Hoy pudiera vivir cual otros viven!
Hoy, después de tres lustros, si viviera,
Sobre su vasta frente empezarían
Sus negros rizos á argentarse apenas.

La niñez de CARO no fué dichosa. Muerto D. Antonio José, su padre, entró á los colegios, é hizo en ellos tan rápidos progresos, que llegó á defender en lengua francesa, y sólo por todos los compañeros de su clase, á la edad de quince años, las materias de enseñanza de los tres de filosofía. En 1836, joven todavía, empezó á redactar con nosotros el primer periódico exclusivamente literario que se ha publicado en Bogotá: *La Estrella Nacional*.

A la creación de la oficina de la Dirección del crédito público, empezó CARO su carrera burocrática. Ya para entonces había escrito algunas de sus poesías, entre otras el poema titulado *Lara ó los Bucaneros*.

A poco de estallar la revolución de 1840, y cuando se supo en esta ciudad el levantamiento de la provincia de Vélez, dirigió al Poder Ejecutivo con su primo Antonio José Caro (1),

(1) Antonio José Caro, talento precoz y brillante, tuvo fin prematuro y trágico en aquella campaña, en que sirvió como voluntario. Habiéndose lanzado con otros nadadores á la impetuosa corriente de San Gil, para restablecer el paso cortado por los enemigos, pereció ahogado (Diciembre de 1840).—Véase la poesía (2.ª del libro III) que le dirigió nuestro autor en 1835; y en *Apuntes de ranchería*, del Sr. D. José de Cayzedo Rojas, el artículo que lleva por título el nombre de aquel malogrado ingenio.

nombre grato á las musas y á la amistad, aquella representación pidiendo colocación en el ejército, que tanto escándalo causó y que, sea dicho de paso y sin aprobar por esto las inculpaciones personales que contiene, era una explosión del patriotismo puro, intensísimo, que ardía en el alma de ambos briosos jóvenes. La verdad es que ellos probaron, batiéndose contra el enemigo, que en su resolución no había ni locura ni exageración.

Después empezó CARO la publicación de *El Granadino*, interrumpida sólo cuando su redactor, lejos de la capital, estaba combatiendo con los enemigos del reposo público. Y aquí ya la vida de CARO pertenece á la historia política y literaria de su país como tribuno elocuente, pero con la elocuencia que da una buena causa abogada por un hombre de privilegiados talentos; como Secretario de Hacienda á la medida del deseo de los buenos, y como entendido, infatigable y valeroso periodista.

Dos deidades imperaron en el corazón de CARO: la patria y el amor. A la patria consagró reposo y vida; por el amor probó tormentos y dichas supremas.

Discípulo de la escuela espiritualista, CARO ni ocultaba sus opiniones, ni transigía tampoco con las ajenas. ¡Con cuánta fuerza y valentía emprendió la *refutación* de las doctrinas per-

niciosas á la humanidad! Prueba de ello es, entre otras, la confutación de Bentham y los sensualistas, publicada en *El Granadino*, y su obra de moral, inédita todavía.

La rigidez de sus costumbres se pintaba en su voz, en su porte, en su mirada, en sus relaciones, en la profundidad de sus pensamientos, en el duro tesón con que perseguía y continuaba una idea, y quedó estampada en sus escritos. Así es que en ellos no se ve aquella pomposa fecundidad que ahoga, como en los árboles el fruto; ni la frívola exageración y dislocada locuela que abomba los oídos sin penetrar al corazón. Discípulo de una escuela severa, sabía que los adornos caen bien después de los pensamientos, y nunca jamás se le ve inmolar al epíteto ó á la rima la idea de su mente. Esto por una parte; y por otra la buena, exquisita elección del argumento, harán de sus poesías un libro de oro para nuestra literatura nacional. Pues ¿cómo es posible que un hombre se sienta inflamar cuando no es grandioso el argumento de su canto? Exagerará, se afanará, logrará tal vez escribir melodiosos versos; pero todo será en balde: nunca se producirá con la verdadera elocuencia del alma, con aquella elocuencia que, á pocas líneas leídas, interesa, luego atrae, y después fulmina, aterra y enajena.

No quiere decir esto que carezcan las poesías de CARO de la bella locución y del blando giro de la melodiosa lengua castellana, no: lo que quiere decir es que CARO tenía en cuenta primero el asunto y después el adorno; que no entregaba al papel su poesía hasta haberla pensado con detención y profundidad; ni buscaba elogios frívolos y momentáneos, sino que aspiraba á que sus obras llegasen á apartadas edades, como quiera que es dote solamente de los grandes ingenios traspasar los estrechos horizontes, y volar al través de atmósfera limpia y despejada á los campos de la inmortalidad.

Si CARO es admirable como poeta, ¡qué grande, qué imponente no se muestra en su carácter de ciudadano, de patriota, de amigo!

Los deberes no eran para CARO máximas pomposas consignadas en el eterno código de la moral; eran los datos de una ecuación matemática que, llegado el caso, él resolvía infaliblemente. El juramento que él prestaba no era fórmula frívola y volandera, sino prenda sagrada, cadena de bronce que lo llevaba amarrado hasta la persecución, hasta el martirio. La amistad de CARO era, como su poesía, ardiente, celosa y verdadera.

Cuando al lento revolver de los tiempos desaparezca la *presente* generación, y se vean á

conveniente distancia los hombres, ¡qué grande no aparecerá la figura de CARO entre las de los pocos personajes que queden en pie, caídas ya las medianías alrededor, él con su lira doliente y varonil, su voz de trueno y su amor por la verdad, por la patria y por la hermosa compañera de su suerte!

¡Mas, por ahora, paz y reposo á la sombra del noble amigo de nuestra infancia y de nuestro corazón! ¡Séale grato, como el ruído de la palma solitaria que cubre su enyerbada sepultura, que salpica durante la tempestad la ola rumorosa de aquel dilatado mar, este corto tributo de nuestro amor á sus talentos y á su gloria!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

BOGOTÁ, Septiembre de 1855.





LIBRO PRIMERO.

EL HUÉRFANO.

I.

EL HUÉRFANO SOBRE EL CADÁVER.

I.

¡Este tu cuerpo, éste es, oh padre mío!
¡Padre!... Ya no respondes... ¿Qué te has hecho?
¿Eres acaso el cuerpo inmóvil, frío,
Que yace aquí sobre este aciago lecho?

¡Oh, no; que hablabas, y este cuerpo calla!
Calla, y nunca hablará: tu lengua muerta
Fija, trabada al paladar se halla,
Y la vida *en tus ojos no* despierta.

Al recibir mis últimos abrazos
Ayer de amor tu corazón latía,
Y me estrechaban con afán tus brazos,
Y una lágrima en tu ojo se veía...

¡Y hora á tus ojos lágrimas no asoman,
Y hora en tu pecho ni un latido siento,
Y hora tus brazos yertos se desploman
Cuando enlazarlos á mi cuello intento!

¡Oh, ya no volverás nunca á abrazarme!
¡Oh, padre mío! ¡de mi infancia amigo!
¡Nunca ya volverás á consolarme!
¡Nunca á llorar ya volverás conmigo!

Y este cuerpo infeliz... manos de extraños
Á hundirlo van en olvidado suelo:
¡Y sobre él volarán sin fin los años,
Y sobre él lucirá sin fin el cielo!

II.

Y para mí las risas y alegrías,
Y las horas de amor, de luz, de oro
Vieron su fin; y desde hoy los días
Van á empezar de soledad y lloro.

De hoy más, bajo el hogar del extranjero,
Sin tí me sentaré solo á la mesa:
Y, como tú te fuiste, si yo muero,
Nadie á llorar irá sobre mi huesa.

Y un sér sobre la tierra que me ame
Como me amaste tú, buscaré en vano...
¡Ah! ¿qué me importa que haya quien me llame
Alguna vez amigo, esposo, hermano?

Sin el amor, ¿de amor qué son los nombres?
No logran engañar ni al que los dijo:
¡Ay, no veré de nuevo entre los hombres
Al que de veras me llamaba hijo!

Tú... tú me amaste, y sólo tú supiste
De amar mi sed, mi sed de ser amado;
¡Y á mí tu inmenso corazón abriste,
Y en él entré, y en él quedé saciado!

Y hora te vas... ¡ah, ya te fuiste!... ¡y nunca!...
¡Oh! ¡nunca, no! ¡Vuelve otra vez siquiera!
¡Vuelve; que ya mi vida siento trunca,
Y espera en tí mi amor, que en nada espera!

II.

EL CIPRÉS.

¡Arbol sagrado, que la obscura frente,
Inmóvil, majestuoso,
Sobre el sepulcro humilde y silencioso
Despliegas hacia el cielo tristemente!
Tú, sí, tú solamente
Al tiempo en que se duerme el rey del mundo
Tras las altas montañas de occidente,
Me ves triste vagando
Entre las negras tumbas,
Con los ojos en llanto humedecidos
Mi orfandad y miseria lamentando.
Y cuando ya de la apacible luna
La luz de perla en tu verdor se acoge,
Sólo tu tronco escucha mis gemidos,
Sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano
Al seno paternal me abandonaba;
En que con blanda mano
Una madre amorosa
De mi niñez las lágrimas secaba...
¡Y hoy, huérfano, del mundo desechado,
Aquí en mi patria misma

Solitario viajero,
Desde lejos contemplo acongojado
Sobre los techos de mi hogar primero
El humo blanquear del extranjero!
Entre el bullicio de los pueblos busco
Mis tiernos padres para mí perdidos;
¡Vanamente!... los rostros de los hombres
Me son desconocidos.
Y sus manes, empero, noche y día
Presentes á mis ojos afligidos
Contino están, contino sus acentos
Vienen á resonar en mis oídos.

¡Sí, funeral ciprés! Cuando la noche
Con su callada sombra te rodea,
Cuando escondido el solitario buho
En tus obscuros ramos aletea;
La sombra de mi padre por tus hojas
Vagando me parece,
Que á velar por los días de su hijo
Del reino de los muertos se aparece.
Y si el viento sacude impetuoso
Tu elevada cabeza,
Y á su furor con susurrar medroso
Respondes pavoroso;
En los tristes silbidos
Que en torno de tí giran,
Á los paternos manes
Escucho que dulcísimos suspiran.

¡Arbol augusto de la muerte! ¡nunca
Tus verdores abata el bóreas ronco!
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe
Se enrosque en torno de tu pardo tronco!
¡Jamás el rayo ardiente
Abrase tu alta frente!
¡Siempre inmoble y sereno
Por las cóncavas nubes
Oigas rodar el impotente trueno!
Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos
Cerrar el dedo de la muerte quiera,
Cuando esconderse mire en occidente
Al sol por vez postrera,
Moriré sosegado
Á tu tronco abrazado.
Tú mi sepulcro ampararás piadoso
De las roncas tormentas;
Y mi ceniza entonce agradecida,
En restaurantes jugos convertida,
Por tus delgadas venas penetrando,
Te hará reverdecer, te dará vida.

Quizá sabiendo el infeliz destino
Que oprimió mi existencia desdichada,
Sobre mi pobre tumba abandonada
Una lágrima vierta el peregrino.

1834.

III.

DESESPERACIÓN.

El sepulcro me aguarda: en vano, en vano
Lucho y relucho al borde del abismo;
Que en mi afligido corazón se enclava
La dura mano del fatal destino.
Cubierto ya de tempestad obscura
Muéstrase el cielo; y con feroz mugido
El trueno que amenaza á mi cabeza
Rueda en los senos del excelso Olimpo...

¡Piedad, buen Dios! ¡Arroja de tu mano
El cuchillo sangriento de exterminio;
Mi ruego escucha; no el clamor desoigas
Con que demanda tu favor tu hijo!
Y si á tus ojos criminal parezco,
Si digno soy del celestial castigo,
Si escrita está mi próxima rüina
Del porvenir sobre el eterno libro;
No el rayo ardiente contra mí fulmines;
Dolor bastante abriga el pecho mío;
¡Harto carcomen mi existencia infausta
Mi propia angustia y mi tenaz martirio!

¡Ay de mí! Placentera la inocencia,
Del sueño un tiempo susurrando el himno,
Mi cuna remeció; la amable infancia,
De la mano llevándome cogido,
Á los prados guió mis tiernos pasos,
Y entre las flores retozó conmigo...
¡Y hoy, en la aurora de mis verdes días,
Cuando la copa de placer propicio
Brinda el amor; cuando á la voz de guerra,
El pecho salta de impaciente brío,
Sólo en mi alma con afán excava
El infortunio su hondo precipicio,
Bramando dentro cual borrasca ronca
De las pasiones los ahogados gritos!

¿Qué espero ya? ¿Por qué vacilo? ¿Acaso
Más allá de la tumba mi destino
También me oprimirá? ¿También la muerte
Traerá la espina del pesar consigo?
¡No! En la callada eternidad no sopla
El huracán del reino de los vivos;
Sus dilatadas soledades nunca
Barrió el dolor con fúnebres vestidos.
¡Oh, escóndame en sus senos! La honda llaga
De mi insanable corazón, alivio
Sólo allí encontrará; sólo su inmensa
Concavidad me servirá de asilo.
¿Qué busco ya en la tierra? ¿Del sepulcro
Ha vuelto acaso mi primer amigo?

¿Sus acentos de paz y de consuelo
Otra vez sonarán en mis oidos?
¿Derramarán, cual en mejores años,
Aún sobre mí su celestial rocío?...
¡Nunca!... Mas ¡ay! que su paterna sombra
Ante mis ojos muéstrase, lo mismo
Que cual le ví del moribundo labio
Soltar mi nombre en su postrer suspiro.
¡Mi padre!... Sí; cuando trasmonta y se hunde
En occidente el astro de los siglos,
Y triste suena por los altos cielos
La fatal hora en que nació el suicidio,
Mi padre se presenta... Sí; mi padre...
Del sol sentado en el inmenso disco,
Yo, yo le veo... sus amantes brazos
Alarga tierno á su infelice hijo.
Ya vuelo á ellos... ¡Ay, deja tan sólo,
Deja que llore en el sepulcro mío;
Que cuando cubra mis cenizas, nadie
Sobre su losa lanzará un gemido!

1854.

IV.

MI JUVENTUD.

Infancia, infancia, que mi pecho un tiempo
Alimentabas con tu fresca brisa,
¿Por qué no tornas más? ¿por qué á mis ojos
Se obscureció de *la* esperanza el día?

¡Ah! semejante á las virgíneas nieblas
Que de los montes el azul cobijan
En la mañana cándida, tu velo
Fragante de ámbar sobre mí tendías.
¡Y hora entre sombras á mi vaga mente
Tu sueño aéreo rápido se pinta;
Lánzome á él; y el ala de los tiempos
Más, más lo esconde á mi anhelante vista!
Y ciego, insano, con mortal angustia,
En balde me sacudo; de mi vida
El sol funéreo á su cenit ya llega,
Su ojo de sangre ya encendido brilla.
¿Lo veis? ¿lo veis? De lo alto de los cielos
Con ígneo nudo la garganta mía
Ciñe y abrasa; y con furor vibrando
Su lanza de oro, sobre mí la hinca.

¡Oh, basta ya! ¡no más!... Mi flaca mano
Á las hinchadas fauces negrecidas
Llevo, y la aparto ardiendo; en vez de sangre
Fuego corre en mis venas, y pompillas
Brota la lengua mil. ¿Dó está la copa,
La usada copa que por la alta orilla
La leche derramando á borbotones,
Mis secos labios refrescar solía?
¿Dónde el marmóreo baño, de palmeras
Obscuras entoldado, al que yo iba
Á hacer bullir de murmurante lluvia
Hasta mis pies las perfumadas linfas?

¿Dó el agrio caldo que al mantel de nieve
Manaba allí de la entreabierta piña?
¿No valerme podrán? ¡Ah, con mi infancia
Risa, cantares, juguetonas triscas,
Todo abismóse; no podrán valerme,
No aplacarán las furias que me agitan!

Nadie jamás ya lo podrá. Mi padre,
Mi padre sólo mi dolor oiría;
Él, sólo él, como en mejores años
Cuando acallaba las angustias mías,
Y ciego, y pobre, y desvalido, y triste,
Mi amargo llanto consolar sabía.
Él, mi padre, también ya para siempre,
También huyó con mi niñez tranquila;
Y en su lugar, desconocidos sueños
Mi ardiente edad, mi juventud enfrían.
Hoy (sólo yo lo sé) cual si durmiera
Del tigre en la caverna, todavía
Con sangre salpicada, yo en las horas
Calladas de la noche, con no vista
Congoja y repentino sobresalto,
Despiértome temblando: adoloridas
Mis cansadas espaldas erizarse
Sienten el lecho, con horror, de espinas:
Entre el silencio de las densas sombras,
De alguno que callado se aproxima
Oigo los sordos pasos; y apartando
De mi *pecho las ropas* que lo abrigan,

De una mano fatal que no conozco
Los fríos huesos sobre mí se estiran.
Yo tiemblo y callo. El corazón me hielan
Sus dedos de esqueleto; mis mejillas
Baña sudor mortal; todo encogido
No oso mover mis palpitantes fibras.

¡Y esta es mi juventud! ¡La edad es esta
Que yo cantando á recibir salía!
¡Estos los brazos son de tierna esposa!
¡Estos sus besos de placer y vida!
¡Buen Dios, Dios de piedad! ¿cuál fué mi crimen
Para que así con tu furor me oprimas?
¿Cuál, cuál ha sido? Y si tus santas leyes
Acaso hollé; si tu tremenda ira
Provoqué insano, ¿ya expiación bastante
No ofrece el curso de mis negros días?
¿Qué más demandas? Triste, abandonado,
Llorando á solas sobre mi honda herida,
¿Harto no padecí, sin ver siquiera
Para enjugar mis lágrimas, la orilla
De un manto alzar, sin que una voz oyese
Que se doliera de la suerte mía?
¡Duélete tú! ¡Perdón; de tí lo espero!
¡Perdón! Mas ¡ay! que de mi yerma vida
Inmóvil brilla en el confín profundo
Lívida mancha; el huracán ya silba
Con sordo rumbo; de rojiza arena
Rodar se ven dispersas nubecillas.

Ya van creciendo; ya su ardiente soplo
Hiere y enturbia mi espantada vista.
¡Llegó mi hora! Ya bambaleando
Bajo mis pies, que al gran vaivén vacilan,
El desierto en furiosos remolinos
Todo entero revuélvese y agita...
¿Qué hacer? Yo huyo. ¡Cielos! A mi espalda,
¿Qué miro alzarse? ¡Pálida, sombría,
Gigantesco fantasma, de su seno
Detrás de mí la eternidad vomita!
¡Ay, que sin ojos!.. ¡Harto te conozco,
Padre, tremenda sombra! Mis desdichas
Vienes á terminar. Sí, ya lo entiendo:
Yo de tu boca con la boca mía
Recogí el ¡ay! postrero; yo tus ojos
Moribundos cerré; yo tu ceniza
En la tumba escondí; la sacra deuda
Hoy á pagarme vienes. ¡Ay! ¿suspiras?
¿No me ves? ¿no me ves?—¡Triste! ya es justo
Que en tus paternos brazos me recibas:
Ábrelos, ¡ay! ésa será mi tumba,
¡La tumba, sí, que al cielo yo pedía!

1835.

V.

DESPUÉS DE VEINTE AÑOS (1).

I.

¡Salud, oh sombra de mi viejo amigo!
Tras largos días de lejana ausencia,
Vuelve á buscarte aquel tu pobre hijo
Que amaste tanto y que te amó de veras.

¡Sí; yo á buscarte vuelvo, padre mío;
Á orar á Dios por tí sobre tu huesa,
Y á bendecirte porque me has cumplido
La postrera y mejor de tus promesas!

La noche tras la cual más no te he visto,
Tarde... lloviendo... la ciudad desierta...
Ya á morir ibas... solo yo contigo,
De tu lecho lloraba á la testera.

(1) D. Antonio José Caro murió en Bogotá, su patria, el año de 1830. —Esta composición fechada en 1840 se intituló primeramente *Después de* DIEZ *años*. En 1850 la revisó el autor en Nueva-York, y modificó el título poniéndole tal como ha quedado.

Tiene este romance endecasílabo la particularidad de llevar dos series de asonancias.

Y meditaba entonces, aunque niño,
Que en dos iba á partirse mi existencia:
¡Atrás la luz, mi infancia y un amigo!
¡Delante, el mundo, solo y en tinieblas!

Y, vuelto á tí de espaldas, distraído,
Pronto olvidé que alguno allí me oyera,
Y ronco sollocé con grandes gritos,
Y á mi inmensa aflicción dí larga suelta.

Súbito al lado escucho un leve ruido,
A verte voy con una horrible idea:
¡YA!—Mas sentado y fúlgido te miro,
Con los ojos en mí, cual si me vieras;

Y dulce, y triste, y serio á un tiempo mismo:
—José, no llores más.—Aunque yo muera,
Morir no es perecer. Tu padre he sido;
¡Imposible que SIEMPRE *no lo sea!*

Y ví tus brazos hacia mí tendidos...
Y al punto obedecí la muda seña;
Y desahogué mi seno comprimido,
En tu seno escondida mi cabeza.

¡Ay! largo espacio así permanecimos:
Tus brazos me estrechaban ya sin fuerza...
¡Y me encontré con tu cadáver tibio,
Que al otro día me ocultó la tierra!

II.

De entonce acá, veinte años han corrido:
Nadie en el mundo ya de tí se acuerda...
¡Uno no más, presente siempre y vivo
En su memoria y corazón te lleva!

Y empero ¡en cuánto aturdidor bullicio
Mi vida ha estado desde entonce envuelta!
—Fusil al hombro, y sable y daga al cinto,
De mi infancia he dejado las riberas:

Y negros bosques, y anchurosos ríos,
Y verdes campos y azuladas sierras,
He visto, y luego el mar inmenso he visto,
Y ví su soledad y su grandeza;

Y en lid campal, entre humo, y polvo, y ruido,
Y entre hombres, y caballos, y banderas,
Los valientes caer, de muerte heridos,
He visto á mi derecha y á mi izquierda;

Y luego á pueblos fuí grandes y ricos,
Y ví sus monumentos y sus fiestas,
Bailé sus danzas y bebí sus vinos,
Y en el seno dormí de sus bellezas;

Y en calabozos fétidos y fríos
He dormido también entre cadenas;
Y desnudo, y hambriento, y fugitivo
He vagado también de selva en selva:

¡Y en medio de placeres y peligros,
De fatigas, de glorias, de miserias,
Tu voz, tu imagen siempre fué conmigo
En íntima y tenaz reminiscencia!

Y un pensamiento extraño me ha venido,
Que ni sé si me aflige ó me consuela:
Y es que vives aún, ¡oh padre mío!
Y andas con otro nombre por la tierra;

Que estás resucitado y trasfundido;
Que en otro sér te mueves, hablas, piensas;
¡QUE ESE SOY YO! que somos uno mismo;
Que tu existencia ha entrado en mi existencia.

VI.

APARICIÓN.

Mi lámpara nocturna está apagada;
Solo estoy en silencio y en tinieblas;
Ningún reló, ningún rumor se escucha
Por la ciudad que inmensa me rodea.

¡Oh noche! entre tus sombras lo presente,
El porvenir, el mundo, la materia,
Ayer, mañana, la ambición, la carne,
El curso de la vida que nos lleva,

El sudor por el pan de cada día,
La envidia cuyo diente nos acecha,
De los falsos amigos la perfidia,
Del triunfante enemigo la insolencia;

Todo desaparece: sordo, ciego,
Muerto, el hombre entre el hombre se concentra;
Y en gloria y soledad ante sí misma
Súbito el alma humana se presenta.

¡Sí! gloriosa y solitaria el alma,
La posesión sintiendo de sus fuerzas,
Lánzase libre al invisible mundo
Que sus nobles instintos le revela.

En vano ensancho más y más los ojos,
En vano los oidos tengo alerta;
Sólo escucho el zumbido del silencio,
Sólo miro espesarse las tinieblas.

Del fondo, empero, de silencio y sombras
Siento venirme claridad incierta,
Y las voces volver de lo pasado,
Y la infeliz edad de la inocencia.

Vuelven mis olvidadas ilusiones,
Mis recuerdos de infancia, mis creencias;
¡Vuelvo á soñar lo que jamás he hallado,
Lo que en vano busqué sobre la tierra!

Vuelvo á ver lo que amé, cual lo veía
Cuando el amor sentí por vez primera,
Con los colores mágicos que huyeron
Ante la odiosa luz de la experiencia.

¡Oh amistad! ¡oh virtud! ¡oh dulces nombres!
Vuestra noción la mente lleva impresa
Desde el nacer; y el corazón ansioso
Por convertirla en realidad se esfuerza.

Vuelvo mi padre á ver: su faz augusta,
Á un tiempo mismo afectüosa y seria
Á presentarse torna ante mis ojos
Radiante de virtud é inteligencia.

¡Ay! al mirarla así prorrumpo en llanto,
Que es de mi vida la incurable pena
El no poder vivificar la tumba,
Y conseguir que lo que fué no sea.

Sangre debo llorar, llorar mis ojos,
Al pensar de mi padre en la existencia,
En aquella existencia tormentosa
Que no halló más *descanso* que en la huesa.

Para la dicha y la amistad nacido
Vivió de desengaños y dolencias;
Y murió pobre, atribulado y ciego,
Del cuerpo y de la edad aun en la fuerza.

Hoy pudiera vivir cual otros viven;
Hoy, después de tres lustros, si viviera,
Sobre su vasta frente empezarían
Sus negros rizos á argentarse apenas.

* * * *

VII.

PRESENTIMIENTO.

Calla entre un mar de obscuridad el mundo;
Calla; y sobre él el sueño se resbala:
Y como el ronco hervor del moribundo
Que el ¡ay! postrero en largo afán exhala,
Óyese lejos el rumor profundo
Que hace, al abrir, la tempestad, su ala:
Sordo rodando ya se acerca el trueno...
¡Oh! ¿por qué tiembla de pavor mi seno?

¡Ah, yo no sé!... De las borrascas mías
Tal vez no tarda el fin.... De nuevo el fuerte
Sacudon siento que sentí otros días,
Cuando el amigo que me dió la suerte,

mano asiendo con sus manos frías,
que me dió su bendición de muerte.
hoy... cuando ya yo lo olvidaba... el mismo
esagio suena en mi interior abismo!

No hay duda, no... Del rumoroso suelo
lguno va á salir; alguno en breve
erá entreabrirse el suspirado cielo,
erá el gran Sér que el universo mueve.
h! ya lo entiendo: yo en vehemente vuelo
y quien lanzarse para siempre debe...
y! cierta voz ¡EL PADRE! un tiempo dijo,
él sucumbió. La voz hoy clama ¡EL HIJO!

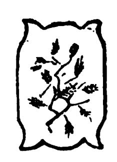
¡Y yo sucumbiré! La helada vida
y habré de dejar... ¡Ah! yo pensaba,
, yo pensaba que la cruda herida
ue ha de postrarme, no tan cerca estaba.
o tanto, no!—¡Mas qué! ¿Yo la partida
ue de dolor mi corazón destraba
bo acaso llorar? ¿Acaso encierra
n nuestros huesos nuestro amor la tierra?

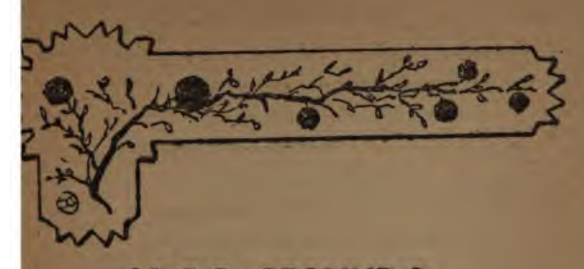
¡Vivir, vivir! ¿Y para qué? ¿Tan sólo
ra vagar por entre esquiva gente,
en mi vejez desamparado y solo,
ne llorando con nublada frente
las ciudades al abierto polo
ver el sol hundirse en *occidente*?

¿Y para esto vivir? ¡Oh, no! ¡muramos,
Y al otro borde del sepulcro vamos!

¡Oh padre mío! ¿no es verdad? Apenas
Apenas diere el temeroso salto,
Libre mi pecho de hórridas cadenas,
Latirá sin congoja y sobresalto.
¡Ah, cómo he de abrazarte! Yo mis penas
Te contaré llorando; y tú en el alto
Cielo dirás, cruzándolo conmigo:
«¡Lloras? ¿no estás con tu primer amigo?»

1835.





LIBRO SEGUNDO.

EL POBRE.

I.

MI SUERTE.

¡El pobre! Al pobre menosprecia el mundo:
El pobre vive mendigando el pan;
Falsa piedad ó ceño furibundo,
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer el amor.

¡Oh, verdes bosques, círculo del polo!
¡Montes, desiertos donde el rico va!
¡Mar insondable, eterno, inmenso, y solo!
¡El pobre no os verá!

4

¡Ah! en los ojos del pobre brota el lloro,
Y no enternece un solo corazón;
Que las lágrimas sólo en copa de oro
Merecen compasión.

¡Vedlo! su pie la tierra triste pisa;
Todo en él nos revela el padecer:
Ojos sin luz, y labios sin sonrisa,
Y vida sin placer.

Y empero el pobre tiene una esperanza
Que vale más que el mundo y mundos dos;
¡Inmenso bien que el oro vil no alcanza!
—¡El pobre tiene á Dios!

1840.

II.

AÑO NUEVO.

Los montes
Ya dora
La aurora
Fugaz:
Yo lleno
De espanto
Levanto
La faz.

¡Otro año!
Del cielo
Ya el vuelo
Finó.
¡Más días
De carga
Tan larga,
No, no!

El hado
Piadoso
Reposo
Me da.
«Tu vida
(Me dice)
Felice
Será.»

¡Sí; que harto
Su ceño
Mi sueño
Turbó!
¡Su espada
Punzante
Bastante
Me hirió!

Ya es justo
Que un día

Sonría
Mi faz;
¡Ya es justo
Siquiera
Que muera
Yo en paz!

¿Mas tiembla
Mi seno?
¡El trueno!...
¿Lo oís?
¡Ah, triste!
¡Qué engaño!
¿Yo un año
Feliz?

III.

EN UNAS BODAS.

¡Vae soli!

¡Venturoso el que en sus penas
De una amante ve la mano
Que lo arrulle y lo consuele
Y enjugar sepa su llanto!
¡Ay del triste que la vida
Pasa solo, abandonado,
Sin cariños, sin consuelo!
¡Ay del pobre solitario!

¡Venturosos los que juntos
De la luna al quieto rayo
Mecen la cuna de un niño,
Himnos de amor murmurando!
¡Ay del triste que en los montes
Sin un viviente á su lado
Contempla al sol que se hunde!
¡Ay del pobre solitario!

¡Dichosos, sí, los que esperan
Que de un hijo el dedo blando
En el lecho de la muerte
Cierre sus ojos cansados!
¡Ay del que en la hora postrera,
Los brazos al cielo alzando,
Llame á un amigo... y espire!
¡Ay del pobre solitario!

¡Oh, venturosos aquellos
Que entre el eterno descanso
Sientan verter en su tumba
Lágrimas, flores y ramos!
¡Ay del triste que, durmiendo
En un túmulo ignorado,
Ni un solo suspiro escuche!
¡Ay del pobre solitario!

1835.

IV.

Á UN NIÑO.

¡Ay, mi cariño,
Mi amor es muerte!
¡Mi infausta suerte
Lo quiso así!
¡Oh pobre niño,
Huye! ¿estás ciego?
¿No ves el fuego?
¡Lejos de mí!

¿Paz me deseas,
Calma, ventura?
¡La tumba obscura
Me las dará!
¡Sí; cuando veas
Cerrarse flojos
Mis yertos ojos,
Feliz soy ya!

Y entonce, entonce,
Corre al sereno
Plácido seno
Que te crió,

Y allí del bronce
Fúnebre oyendo
El son tremendo,
Dí: ¡Ya espiró!

Luego en la opaca
Noche, en tu sueño,
Mi torvo ceño
Te asustará:
Y mi voz flaca
Con gran gemido
Luego en tu oído
Resonará.

Y si sombría
Triste fantasma
Te asombra y pasma,
¡Soy yo, soy yo!
Al otro día,
Todo temblando,
Dirás llorando:
«¿No se murió?»

«Anoche vino...
Yo le ví anoche...
Y con la noche
Raudo se fué.

¡Ay! que continuo
Sus manes gimen...
Mamá, qué crimen
El suyo fué?»

1835.

V.

CAPA ROTA.

Como no tengo siquiera un cuarto
Que al sacudirla suene en mi bolsa,
Y nadie presta sino al que paga,
Y nadie fía sino al que compra;
No hay una aguja, no hay una hebra,
Con que mi capa rota yo cosa;
Y capa nueva... ¡solo en el cielo!
—Así, sigamos con capa rota.

Desde el instante que el primer roto
Salió á las calles con mi persona,
Sólo los chicos á mí se acercan...
Á abrir con palos brecha más honda.
Con cada hora la brecha crece,
Y huye un amigo con cada hora.
¡Ah, el hombre todo es su vestido!
¡Y yo soy todo mi capa rota!

¡Ah, pobre capa! ¡cuánto despego
Inspira á todos tu vista odiosa!
Mas si con ceño todos la miran,
Aun con más ceño te miran todas.
¿Entre mi alma de qué me sirve
Que altas potencias de amar esconda?
Quien ame, ame con capa nueva...
¿Qué mujer ama á un capa rota?

Por tí yo triste, esquivado y solo,
Corro al sepulcro, que cerca asoma;
Y empero, si otra mejor me diesen,
¡Yo no querría darte por otra!
Tú de mi padre la capa eras
Y aun verle creo que en tí se emboza...
¡Oh, nunca odiarte podrá su hijo!
¡Sígueme siempre, pues, capa rota!

1838.







LIBRO TERCERO.

EL AMIGO.

I.

Á FRANCISCO JAVIER CARO.

Humilde peregrino,
Apenas con pie incierto
La senda del desierto
Yo comenzaba á hollar.
¡Seguirme es tu destino!
Gritó mi suerte fiera,
Yo dije: *¡Espera, espera!*
¡Déjame antes llorar!

Con ella la montaña
Subiendo de la vida,
Y el ánima rendida,
Ya *próximo* á exhalar;

Descubrí tu cabaña
Y á mi fiel compañera
Clamé entonces: *¡Espera!*
¡Déjame respirar!

Y tú, Javier, me oiste:
Bajo tu pobre techo
Me dejaste en tu lecho
La frente reclinar...
Y yo clamaba triste
Con voce lastimera
Á la Desgracia: *¡Espera!*
¡Déjame descansar!

De allí con dura mano
Por siempre la alejaste,
Por siempre le cerraste
La puerta del hogar;
Mas ella aún á su hermano
En su fuga ligera
Oyó exclamar: *¡Espera!*
¡Déjame ya espirar!

De entonces yo contigo
Á la Amistad levanto
El templo sacrosanto
Que hospedará su altar:
Hoy pongo, dulce amigo,
La piedra postrimera:
¡Oh muerte, espera, espera!
¡Déjame aquí ofrendar!

Delante de mí ahora
Miro tu noble diestra
Al fin de la palestra
De la niñez tocar:
Y mi lira sonora
Celebra tu carrera...
¡Oh sepultura, espera!
¡Déjamela cantar!

¡Ah! cuando ya sucumba
El pobre peregrino,
Y el cetro del destino
Nos haya de apartar;
Del fondo de mi tumba
Oirás clamar: *¡Espera,*
Oh eternidad! ¡Siquiera
Déjamele abrazar!

1834.

II.

Á ANTONIO JOSÉ CARO.

¡Antonio, dulce amigo,
En cuya cuna un tiempo
Hemos lanzado juntos
Nuestros ayes primeros;
Tú, cuyo acento blando
Ha serenado luego

De mi frente sombría
El ominoso ceño!
Oye: si cual yo lloras;
Si también en tu pecho
Imprimió la desgracia
Su penetrante sello,
Ven conmigo á los montes;
Y lejos de los pueblos,
Ignorados y solos,
Nuestra suerte lloremos.
Allí, cuando las sombras
Se tiendan por el suelo
Y de la tarde ahuyenten
Los últimos reflejos,
Tal vez á un tiempo heridos
Del brazo del Eterno,
Á buscar nuestros padres
Volaremos al cielo.

1835.

III.

Á JENNY...

De otro clima hermosa flor,
Brillas hoy en este suelo
Cual fugaz visión del cielo,
Cual fugaz sueño de amor.

Tu presencia inspira paz;
Del sol eres un destello,
Y el querub de Dios más bello
Retratado está en tu faz.

Son tus nombres, JENNY, dos:
Uno que es perecedero,
Y otro eterno y verdadero
Que secreto guarda Dios.

¡Oh! tu lánguido mirar
Y tu lánguida sonrisa
Son más dulces que la brisa
Que el azul pliega del mar.

Y esa mágica expresión,
Que da vida á tu hermosura,
Me recuerda una ventura
Que soñó mi corazón.

¡Ah! si tras tanto penar
En la dicha aún esperara,
¡Á tí fuera á quien yo amara,
Si otra vez pudiera amar!

1840.

IV.

EN EL CUMPLEAÑOS

DE LA SEÑORA DOÑA MERCEDES NARIÑO DE IBÁÑEZ.

¿Por qué, por qué afanosos
Deudos y amigos en tu hogar paterno,
En himnos sonorosos,
Piden con pecho tierno
Que prolongue tus años el Eterno?

¿Vienen ellos acaso
Á recordar tu juventud perdida,
Y el dilatado paso
Que lenta y no sentida,
Ha dado hacia su término tu vida?

¿Ó bien las amarguras
Que con furor cerráronte las vías
De todas tus venturas,
Y anublaron impías
La clara aurora de tus bellos días?

¡Ay! verdad fué: tú viste,
Bajo el disfraz de libertad, alzarse
Como fantasma triste
La maldad; ensalzarse
La ambición, y entre ruinas coronarse.

Y al que con noble frente
Atajó entonce el ímpetu y la saña
Del rápido torrente;
El que con tanta hazaña
Burló las iras y el poder de España;

El ínclito guerrero
Que arrostró siempre de la aciaga suerte
El ceño adusto y fiero;
El que con brazo fuerte
Salvó su patria, y despreció la muerte (1);

También ¡ay! en tus brazos
Lanzar le viste el postrimer aliento,
Y al soltarse los lazos
Culpar con triste acento
Á la tierra que vió su nacimiento.

Sí: por tí pasó tanto,
Tanto sufriste; mas el tiempo llega
En que enjugues el llanto
Ardiente que te anega,
Que no el Supremo su favor te niega.

Hoy en tu hogar tranquilo
Cercar te miras de tu prole amada,
Que á tí, su dulce asilo,
Acude alborozada,
Y en tu seno se duerme sosegada.

(1) D. Antonio *Nariño*.

Ellos, tus tiernos hijos,
Que en tí miran su sola protectora;
Y en tí los ojos fijos,
Por tí la bienhechora
Piedad del cielo su inocencia implora.

Día vendrá que rienda
Soltando al genio que bajó del cielo,
De virtud por la senda
Con incesante anhelo
Los pasos sigan de su heróico abuelo.

V.

Á LA MUERTE DE JOSÉ MIGUEL TOBAR.

¿Quién no te llorará, flor del desierto?
¡Olor fugaz que al mundo no llegó!
¡Alma de amor que á nadie odiar supiste!
¡Brisa del mar! ¡emanación de Dios!

Sólo una vez en instantáneo abrazo
Latir sentí tu joven corazón;
Mas tal latido reveló tu alma:
Y fuí tu amigo desde entonces yo.

Tan dulce fué, tan triste fué tu muerte,
Como el postrer reverberar del sol,

Cuando en el mar, la frente raudo alumbra
Del marinero que le dice adiós.

Si en otra forma existes todavía,
Y en esa forma al mundo vienes hoy;
Yo te he visto en la lágrima preciosa
Que tu hermana, al nombrarte, derramó.

1839.

VI.

EPITAFIO.

(PARA UN NIÑO.)

Un ángel era... Dios mostrólo un día
Al mundo, y luego lo volvió á ocultar;
Y nadie supo lo que sido habría,
Ni cuánto amor oculto en él cabía,
Ni cuánta luz era capaz de dar.

1839.

VII.

LA FLOR ARTIFICIAL.

Esa preciosa flor que trabajaste,
Y que imita las formas y el color
De las flores de Dios; mas que dejaste
Sin vida y sin olor,

Es de mi corazón un fiel remedo:
¡Mi corazón que, en triste soledad,
Es ya incapaz de fe, de amor, de miedo,
De placer, de amistad!

Mas este corazón inaccesible
A bien y mal, á crimen y virtud,
Aun es capaz del fuego inextinguible
Que llaman gratitud.

Su gratitud, que sola en él florece
Mi corazón por tí la va á sentir;
Es todo cuanto tiene y te la ofrece...
¿La quieres admitir?

1840.

VIII.

ALOCUCIÓN DE UNA ACTRIZ ESPAÑOLA.

Triste llorando el dulce, patrio suelo
Vine á vosotros al través del mar.
¡Ay! ¡vuestros montes, vuestro hermoso cielo
Casi la patria me hacen olvidar!

Luego en la escena al presentarme incierta
Vuestro desdén ó disfavor temí:
Mas ¿cuál de asombro no quedé cubierta
Cuando de amor alzarse un grito oí!

¡Ay! extranjera, joven, desvalida,
Yo necesito protección y amor:
Yo necesito amigos en la vida
Para seguir mi senda de dolor.

¡Oh noble pueblo! una palabra sola
Todo lo dice á un tiempo: soy actriz
¡Compadeced la joven española!
¡Un solo aplauso vuestro, y soy feliz!

1839.

IX.

DOLOR Y VIRTUD.

AL DOCTOR NINIANO RICARDO CHEYNE,

INSIGNE MÉDICO Y CIRUJANO ESCOCÉS.

I.

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
CHEYNE, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á tí?

—Cuando, en un día tropical de Enero,
Tendido el cielo de brillante azul,
Desde el cenit al universo entero
Derrama el sol calor, y vida, y luz;

Hacia ese cielo espléndido, encantado,
Levanta entonce alegre el corazón
Tanta víctima humana que has salvado,
Bendiciéndote á tí después de Dios.

¡Y tú la diestra, pálido, entre tanto,
Al pecho llevas con intenso afán,
Para contar, con gozo ó con espanto,
De tus arterias el latir mortal!

El rico no te paga, con el oro
Que con la vida le conservas tú:
Más rico aún el pobre, con el lloro
Te paga de su santa gratitud.

Mas ¡ah! ni la opulencia generosa,
Ni el poder, ni el amor, ni la amistad...
¡Ay, ni tu misma ciencia prodigiosa
De tu destino te podrán salvar!

Más que la griega, firme y atrevida,
Á los cielos pasmados arrancó
Tu inglesa mano el fuego de la vida...
¡Y un buitre te devora el corazón!

¡Oh! ¿quién no llorará sobre tu suerte,
CHEYNE, ángel de bondad, sabio infeliz,
Que sabes del dolor y de la muerte
Salvar á los demás, pero no á tí?

II.

¡Oh, no te enojes, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

Su misión, cual la tuya, es de consuelo;
Él sabe que en el valle del dolor,
Ni todo gozo es bendición del cielo,
Ni toda pena es maldición de Dios.

Tú sabio—simple yo—los dos cristianos,
Ambos sabemos que ante el Sumo Sér
Que pesa en su balanza á los humanos
Prueba es el mal y tentación el bien.

—Si todo cesa aquí, si noche eterna
Es de justo y malvado el porvenir,
Si de las tumbas en la yerba tierna
El hombre entero se ha de trasfundir;

¡Sabio entonce el malvado, y necio el justo!
¡Necio de tí que con tan loco afán,
De negra muerte en incesante susto,
Sufres, y haces el bien sin esperar!

—Pero si nunca tu escalpelo ha hallado,
Cuando un cadáver fétido rompió,
En la albumina del cerebro helado
La centella inmortal que la animó;

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
¡Oh! si ese pensamiento aquí no acaba...
¡Sufre y espera en tus dolores, CHEYN'!

¡Oh, no te enojes, no, con el poeta!
Si él no puede el decreto revocar,
Si él no puede arrancarte la saeta,
Tampoco viene á emponzoñarla más.

III.

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

Entre el justo y el malo hay un abismo.
El placer y el dolor, el bien y el mal,
Para el malo son fuentes de egoismo,
Para el justo son fuentes de bondad.

Sí: cuando el malo en su carrera corta
Halla salud, prosperidad, honor,
Triunfa y dice en sí mismo: *¡Qué me importa*
Que otros padezcan mientras gozo yo!

Y cuando al fin sobre su frente pesa
Con todo su rigor la adversidad,
Cae diciendo entre sí: *¡Qué me interesa,*
Si yo sufro, aliviar á los demás!

De Caledonia bajo el turbio cielo,
De esos montes románticos al pie
De do ha tomado libertad su vuelo,
Bello tu madre te admiró al nacer.

Con un germen de muerte allí naciste,
Y con un germen de bondad en tí:
Los tesoros de ciencia que adquiriste
Aquí te vemos prodigar sin fin.

Sabio, puedes vivir para tí mismo;
Justo, quieres servir á los demás:
La ciencia que degrada el egoismo,
La santifica en tí la caridad.

Y hoy vives pobre, enfermo... ¡y envidiado!
Mas bendito serás en tu dolor,
Que el don del desgraciado al desgraciado
Es el más aceptable para Dios.

En el gran día en que de Dios la gloria
Se te presente en su verdad y luz,
Hallará el ángel, al abrir tu historia,
Bajo cada dolor una virtud.

1845.

X.

Á LA SEÑORA
DOÑA PAULA FAJARDO DE CHEYNE.

Cuando á la luz de esplendorosa fiesta,
Al relucir de sedas y diamantes,
Tus grandes ojos, negros y brillantes,
En la sombra se ven reverberar;
Cuando al compás de deliciosa orquesta,
De un valse entre el confuso movimiento,
Veloz, cual un alegre pensamiento,
Se ve tu frente cándida girar;

Cuando descansas lánguida en seguida
En los cojines de un diván sentada,
Con la sien en la mano reclinada,
Los párpados dejando á medio abrir;
Raro conjunto de modestia y vida,
De pudor y de gracia voluptuosa...
¡Oh, sin duda que entonce eres hermosa,
Cual lo oirás en voz baja repetir!

Mas cuando de tu alcoba bajo el techo,
Con un niño dormido en tu regazo,
Oyes de media noche el campanazo
Velando junto á un lecho de dolor;
Y la vista volviendo hacia ese lecho,
Honda la fijas sobre Cheyn, doliente,
Y de tus ojos cae sobre su frente
La lágrima inefable del amor;

¡Oh! si entonces el paso suavizando
La amiga que en Payán vivió contigo
La que á la ciencia de tu noble amigo
Debe el que á Dios por él pidiendo esté,
Súbito entonces te sorprende entrando,
En medio de esas horas silenciosas...
¡Oh, más hermosa que las más hermosas!
¡Oh, más hermosa que jamás te ve!

1845.

XI.

EN EL ÁLBUM

DE MISS BOLIVIA O'LEARY.

¡Oh, quisiera tener para agradarte
La voz de mi primera juventud,
Y en estas ricas páginas dejarte
Un cántico de gloria y de virtud!

¡Ay, no es posible ya! mortal enfría
La tristeza mi ardiente corazón,
Que en mi patria la odiosa tiranía
Me condena al silencio y proscripción.

¡Adiós! ¡Recuerda el nombre de un amigo!
El está puro, el de un patriota es.
—Yo á donde quiera llevaré conmigo
Mi gratitud al grande nombre inglés.

1850.

XII.

EL VALSE DEL DOLOR.

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA MONTOVIO.)

¡Gracias, amable señora!—
Cuando vuestra hermosa mano
Hace gemir el piano
Con el valse del dolor,
La mujer que mi alma adora
Aparécese á mi mente,
¡Y vuelvo á tener presente
Su voz, su beldad, su amor!

Maracaibo, Julio 16 de 1850.

XIII.

CENIZA Y LLAMA.

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA CARMEN DEL RÍO.)

I.

En mí, señora, en otro tiempo había
Fuente vivaz de noble poesía;
Era en la edad, edad que huyó ligera,
En que ama el hombre, y canta porque espera;
Cuando una linda Fada, la Mentira,
Perfuma con sus flores nuestra lira,
Y puebla el alma, ansiosa de sus dones,
¡De gloria, amor, poder con las visiones!
Entonces...—hoy no veis más que una ruina
Que á su completa destrucción camina—
Entonces en mi espíritu fecundo
Hablaba un ángel, se encerraba un mundo.
Mi helada sangre, que hoy circula apenas,
Corría abrasadora por mis venas;
Mi vida se ensanchaba inmensa, pura;
Ante la blanda faz de la hermosura
Mi ronca voz, de altiva, se amansaba,
Y entre mi pecho el corazón temblaba,
Y en generosos cantos se espandía,

Cual trina el ave al asomar el día.
¡Oh dulce edad! ¡oh dulce amor primero,
De un vago sueño incomprensible agüero!
Hoy, ya despierto, viejo sin ser cano,
Joven el rostro, el corazón anciano,
De lo que fuí, de mi perdida gloria
Conservo sólo el eco en mi memoria.

II.

Y joven sois, y amante sois, señora,
Y hay otro sér que en vos rendido adora,
Que vive en vos, por vos, en cuya mente
Vos habitáis tiránica y presente.
Vos sois su lumbre, vos hacéis su día;
Vienen de vos su pena y su alegría.
Vos sois como su madre, él es un niño
Que vos podéis, con ceño ó con cariño,
Fácil llevar aquí y allí.—¿Se irrita?
Pasa un instante, y él se precipita
De nuevo á vuestros pies, de amor gimiendo,
Y haber bajado en vuestro amor temiendo.
¡Eso es amor! alegre en su delirio,
Él á la muerte fuera y al martirio,
Por evitaros un pesar. ¡Cantando
Viera venir sobre él el golpe infando!
¡Eso es amor! de amor el fanatismo,
Que lleva al hombre al cielo—¡ó al abismo!
¡Eso es amor! ¡y vos amáis! ¡Oh, nunca

Dejéis su vida y vuestra vida trunca,
Ceniza haciendo la divina llama
Que hoy á los dos vivificante inflama!
Alma del alma, vida de la vida,
Esa potente llama, dirigida
Á lo bueno, á lo grande y á lo bello,
Del Dios de la virtud es un destello.

Cartagena (Nueva Granada) Noviembre 10 de 1850.





LIBRO CUARTO.

EL GRANADINO.

I.

AL CHIMBORAZO.

¡Oh monte rey, que la divina frente
Ciñes con yelmo de lumbrosa plata,
Y en cuya mano al viento se dilata
De las tormentas el pendón potente!

¡Gran Chimborazo! tu mirada ardiente
Sobre nosotros hoy revuelve grata,
Hoy que del alma libertad acata
El sacro altar la americana gente.

Mas ¡ay! si acaso en ominoso día
Un trono alzare usurpación siniestra
Bajo las palmas de la patria mía,

¡Volcán tremendo! tu poder demuestra,
Y el suelo vil que holló la tiranía
Hunda en los mares tu invencible diestra.

1835.

II.

¡GUERRA AL INGLÉS!

¡Al campo, hijos de Bolívar!
¡Vamos á buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junín el estandarte!

Hoy el ladrón extranjero
Va á invadir nuestros hogares;
Ya del mar la espalda cubren
Sus huestes innumerables.

Quiere hacernos sus colonos,
Quiere hollar nuestras ciudades,
Incendiar nuestros sembrados,
Profanar nuestros altares;

Matar nuestra lengua hermosa,
Y hundirnos en luto y sangre,
Y gozarse en nuestros llantos,
Y en nuestro oprobio gozarse.

¡Oh, no, jamás!—¡Oh, primero
Pegar fuego á nuestros lares,
Y la casa do nacimos
Hacer volar por los aires!

¡Primero abrir el sepulcro
Do nuestros abuelos yacen,
Y con ellos en el polvo
Para siempre sepultarse!

¡Pensar subyugar al pueblo
Que con manos de gigante
Alzó al español un día
Y lo arrojó entre los mares!

¿Y quiénes?... Llegar los vimos
Hipócritas suplicantes,
Y llamar á nuestras puertas
Y pedirnos hospedaje:

Y albergue y pan encontraron,
Y abrazo y sonrisa afable,
Y ropas que los cubriesen,
Y hogar que los calentase [1]:

¡Y porque pobres nos vieron,
Y ricos ellos y grandes,
Contra sus nobles amigos
Hoy pretenden ensañarse!

(1) En el ms. del autor estas cuatro lineas aparecen tildadas, como que, á su juicio, *demandaban* corrección.

¡Al campo, hijos de Bolívar!
¡Vamos á buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junín el estandarte!

¡Infamia ó guerra! nos gritan;
Una de dos; ¡no hay examen!
—Pues bien: ¡guerra, guerra á muerte!
¡Y de ellos ninguno escape!

¡Y vengan cuando quisieren,
Y vengan cuantos gustaren,
Y llamen á sus amigos,
Y á Satanás también llamen!

¡Largas lanzas los esperen,
Y hachas y limpios puñales,
Y altas horcas, do de lejos
El mundo á verlos alcance!

¡Y veneno, y hierro, y llama,
Y peste, y calor, y hambre,
Y gente libre y sin miedo
Que jamás huyó de nadie!

¡Huir, los nietos de Sucre!
¡Los que en más de cien combates
De tres colonias formaron
Tres naciones formidables!

¡Huir... del vil extranjero
Más vil que los viles canes
Que cual signo de sus glorias,
Lleva en pos por nuestras calles!

¡Oh, no lo espere! ¡no espere
Que convertidos en pages,
De rodillas nuestros hijos
Los pies jamás le descalcen!

¡Ni que á la cruz que horna humilde
Las tumbas de nuestros padres
Atados pasten sus potros
La yerba que en ellas nace!

¡No; que aun de ser colombianos
Nos acordamos bastante,
Para tirar guerra al rostro,
Del pueblo que guerra trae!

Y el buen llanero á la cola
Aun de su caballo sabe
Llevarse arrastrando un toro...
¡Que mucho que á esos cobardes!

¡Al campo, hijos de Bolívar!
¡Vamos á buscar el sable;
Que otra vez al aire ondea
De Junín el estandarte!

1837.

III.

EN BOCA DEL ÚLTIMO INCA.

Ya de los Blancos el cañón huyendo,
Hoy á la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre.

¡Padre Sol, oye! por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas gimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
¡Solo, más libre!

¡Padre Sol, oye! sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
Á las naciones; á matarme vengo,
¡Á morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso á hundirte,
Sobre la cima del volcán tus himnos
Cantando libre:

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
¡Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor que en las cumbres vive
Pondrá sus huevos y armará su nido
Ignoto y libre.

1835.

IV.

HECTOR.

Al sol naciente los lejanos muros
De la divina Troya resplandecen;
Los Griegos á los Númenes ofrecen
Sobre las aras sacrificios puros.

Ábrese el circo: ya sobre los duros
Ejes los carros vuelan, desparecen;
Y al estrépito ronco se estremecen
De la tierra los quicios mal seguros.

Al vencedor el premio merecido
Otorga Aquiles: el Olimpo suena
Con el eco de triunfo conmovido.

¡Y Hector, Hector, la faz de polvo llena,
En brazos de la muerte adormecido,
Yace olvidado en la sangrienta arena!

V.

LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO.

ODA EN CONMEMORACIÓN DEL DÍA 7 DE MARZO DE 1849, EN QUE EL GENERAL JOSÉ HILARIO LÓPEZ FUÉ PROCLAMADO PRESIDENTE DE LA NUEVA GRANADA, Á VIRTUD DE LA VIOLENCIA QUE UNA TURBA ARMADA PRACTICÓ SOBRE EL CONGRESO; DEDICADA Á LA JUVENTUD REPUBLICANA DE LA NUEVA GRANADA.

What insanity was it to expect that such men were to work out the emancipation of their race! that in such hands the hopes and dearest rights of humanity were secure! Liberty was tainted by their touch, polluted by their breath, and yet we trusted that it was to rise in health and glory from their embrace!—DR. CHANNING.

¡O HOMINES AD SERVITUTEM NATI!

Exclamación que Tácito pone en boca de Tiberio, cansado ya de la abyección de los Senadores romanos.

I.

¡Oh, López, sal, pregunta por la tierra
¿Cuál es más vil y odioso de los dos:
El salteador que al monte se destierra
Y hace á los hombres sin disfraz la guerra,
Mofándose de Dios;

II.

Ó el fariseo infame que de hinojos
Ora contrito al pié del sacro altar
Y va, con dulce voz y dulces ojos,
Del huérfano y la viuda los despojos
Hipócrita á usurpar?

III.

¡Oh, siglos ha que el punto está juzgado!
Mas falta aún que aprenda el mundo á ver
Con menos odio al rey que, rey criado,
Mira á su especie cual servil ganado
Nacido á obedecer,

IV.

Que al demagogo que en traidor arcano
Celando su venganza y ambición,
Hace la corte al pueblo soberano,
Sube al poder, y ejerce á salva mano
Rapiña y proscripción.

V.

Que esa ambiciosa inquieta hipocresía
No es menos vil que la falaz piedad:
¡Ni hay opresión cual esa tiranía
Que usurpa con sacrílega ironía
Tu nombre, libertad!

VI.

¡Oh Libertad, tres veces santo nombre,
Del alma la más bella aspiración!
¡Tiempo vendrá que al porvenir asombre
Te haya insultado alguna vez el hombre
Con tal profanación!

VII.

¡Oh Libertad! yo puedo alzar la frente,
Y bendecirte al son de mi laud;
Que desde niño amaba en tí mi mente
El bien mayor que dió á la humana gente
El Dios de la Virtud.

VIII.

Con la Virtud en mí te confundías,
Con la Justicia, con la dulce Paz:
¡Jamás, cuando ante mí resplandecías,
Manchadas con el crimen me traías
Tus manos ni tu faz!

IX.

Á amarte pura me quedé enseñado;
Por tu pureza te conozco bien;
Mi corazón me anuncia tu reinado
Como la imagen del glorioso estado
Del hombre en el Edén.

X.

—Los hombres todos por su ser iguales
Ante una ley de universal amor,
Y solo por sus obras, desiguales,
Como lo son sus obras inmortales
Delante del Señor...

XI.

Todos seguros en los varios modos
Con que á su bien, sin daño ajeno, van;
Sí, todos libres, responsables todos,
Sin distinción de títulos ni apodos
Que orgullo y odio dan...

XII.

¡El justo, blanco ó negro, hermoso ó feo,
Estrecho ú opulento en su vivir,
Inglés ó chino, jesüita, hebreo...
Y aun el cegado inofensivo ateo,
Pudiendo en paz dormir!

XIII.

Y el malo, sólo por la ley herido,
Por lo que ha hecho—¡por lo que es, jamás!
¡Y herido sin rigor, y garantido
Contra su mismo juez; juez sometido
Á un juez mayor detrás!

XIV.

¡El hombre, nunca al hombre degradando,
Rey de sí mismo y de sus cosas rey!
¡El fin del hombre el fin de Dios llenando!
¡La ley del hombre santa reflejando
De Dios la santa ley!...

XV.

¡ESO es la Libertad: la que he previsto
Entre los raptos de mi ardiente edad;
La que en la tierra de Franklín he visto;
La que me ofrece en sus promesas Cristo;
Esa es la Libertad!

XVI.

Y esa la misma que en la Patria mía
Joven sus fuerzas ensayando vi...
Hasta que ¡oh López! en aciago día
La hirió con su puñal la turba impía
Que te aclamaba á tí.

XVII.

¿A tí?... ¡No solo á tí! No le bastaba
Tu indignidad á su nefando amor.
¡Ah, más que indignidad necesitaba:
Á tu infernal amigo proclamaba;
De Sucre al matador!

XVIII.

¡Yo los oí... cuando su puño armado
Del hierro vil salían en tropel,
Del templo, donde habían ya violado
La majestad inerme del Senado
En nombre tuyo y de él!

XIX.

¡Yo los oí... Su canto de victoria
Viene á amargar mi triste proscripción.
Cual eco del abismo, esa memoria,
Atravesando nuestra negra historia
Será nuestro baldón!

XX.

El nuestro... ¡Sí, de todos! ¡Cada uno
Á la obra de tinieblas ayudó:
Cuál débil—cuál traidor—digno ninguno!
Ni el Cuerpo que á la paz, sin fruto alguno,
Tu honor sacrificó!

XXI.

La esposa del romano Colatino,
Al verse impura, prefirió morir.
¡Los hombres del Congreso Granadino
Besáronle la mano al asesino
Á trueque de vivir!

XXII.

Hoy viven... ¿Cómo? Pudo su bajeza
Quizá esperar de gratitud el don...
Con negro insulto, vejación, pobreza,
Ya á demostrarles el tirano empieza
Cuál es su galardón...

XXIII.

Hoy viven... Como vive en el serrallo
El triste eunuco de africano Dey;
Cual vive en el corral lo que fué gallo,
Cual vive, el cuello al fin haciendo callo,
Bajo su yugo, el buey.

XXIV.

¡Son todo, menos hombres!—¡Han perdido
Lo que da al hombre ser—su dignidad;
Que á la víctima el crimen consentido
Mancilla más que al violador bandido
Su misma atroz maldad!

XXV.

¡Oh, más dichosos, harto más, aquellos
Que afrontaron, ya tarde, al Dictador:
Y hoy, de extranjero sol á los destellos
La Patria lloran y sus campos bellos,
Su hogar y dulce amor;

XXVI.

Ó amenazados en su propio suelo
Con el despojo, azotes y prisión,
Por todos vela su leal desvelo,
Por todos lucha con heróico anhelo
Su libre corazón!

XXVII.

¡Esfuerzo generoso—mas tardío!
Lo que en su origen era vil raudal,
Que pudo en tiempo haber cegado el brío
De la Virtud, hoy es inmenso río
De irreparable mal.

XXVIII.

¡Ah, sí, de mal irreparable! Nada
Tan hórrido se puede concebir;
¡Ver de la ley con la tremenda espada,
Que sólo contra el malo fué forjada,
El malo al justo herir!

XXIX.

Puedes contarlo tú, modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal...
Y hoy comes del destierro el pan conmigo...
Que, por reparación, ¡nuevo castigo
Te impuso un juez venal!

XXX.

Podéis hablar, vosotros, asímismo,
Humildes misioneros de la cruz,
Contra los cuales, del reabierto abismo,
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz.

XXXI.

¡El mismo espectro horrendo resucita!
¡La misma escena! ¡el mismo ardor feroz,
Que entre la noche á la inocencia excita
Del pobre lecho al ostracismo, y quita
Á la piedad su voz!

XXXII.

Y al son de libertad, que desde el foro
Vinoso eleva el proscriptor motín,
Los jefes corren al común tesoro
Do el pan del pobre, do del rico el oro
Les prepara el botín.

XXXIII.

Del oro así del rico, el pan del pobre,
No sólo pagan á la audaz maldad
El mal ya obrado, sino el mal que aun obre
Para impedir que en la nación recobre
Su imperio la Verdad.

XXXIV.

¡Del orden inversión abominable:
Por guardia de la Hacienda, el más ladrón;
Por juez de la inocencia el más culpable;
Por paz la esclavitud; por ley el sable;
La fuerza por razón!

XXXV.

¡ESO es el Socialismo! el Socialismo
Que, su fealdad queriendo disfrazar,
Él, hijo de Ambición y de Ateismo,
De Libertad se atreve y Cristianismo
La estirpe á reclamar!

XXXVI.

¡Ese es el Socialismo! Hoy atavía
Con falsos nombres su genial horror.
Su nombre Galia supo darle un día;
Su nombre dice más que Tiranía;
¡Su nombre es el TERROR!

XXXVII.

—¡Modelos de virtud y de hermosura
Madres cristianas, prez de Bogotá!
¡Llorad!—de vuestro llanto la amargura
Cuál es la libertad nos asegura
Que el Socialismo da.

XXXVIII.

¡Llorad! en vuestras lágrimas espera
Con fe mi desolado corazón:
¡Ellas, en esta degradada era,
De libertad futura y verdadera
La noble prenda son!

XXXIX.

Que la mirada húmida que lanza
Al cielo la virtud de una mujer,
Es tan sublime que á expiar alcanza
La paz del vil, del malo la venganza,
Ante el Supremo Sér.

XL.

Mas Dios es justo. La nación suicida
Podrá regenerarse y ser feliz...
¡Mas en las carnes de su nueva vida
Conservará de la salvaje herida
La eterna cicatriz!

Nueva York, 7 de Marzo de 1851, segundo aniversario del entronizamiento de la Dictadura socialista de la Nueva Granada.

VI.

Á UN TIRANO.

FRAGMENTO INÉDITO.

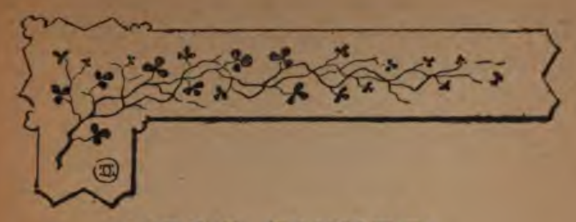
Te falta ¡desdichado! inteligencia;
Te falta el santo amor de la verdad;
Te falta serio estudio, noble ciencia;
Te falta al alma rígida conciencia,
Al corazón bondad.

Tienes las prendas todas de un tirano:
Venganza—envidia—vanidad—doblez.
Eres falso y cruel, porque eres vano.
Aun del orgullo, en su ilusión ufano,
Te falta la altivez.

No tienes ilusión sino despecho,
Despecho rencoroso y sin placer;
¡Y es tan brutal tu escarnio del derecho
Que por disculpa da del mal que ha hecho
El que dejó de hacer!

¡Oh! casi el vengador pincel me ataja
El rubor, al pintar tu indignidad.
Y á criatura como tú tan baja,
La libertad, su más próspera alhaja,
Fió la Humanidad!





LIBRO QUINTO.

EL DESTERRADO.

I.

Á OCAÑA.

Aquí nací: bajo este hermoso cielo
Por vez primera ví la luz del sol;
Aquí vivieron mis abuelos todos (1)...
¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña, adiós!

¡Ocaña! ¡Ocaña! ¡dulce, hermoso clima!
¡Tierra encantada de placer, de amor!
Ufano estoy de que mi patria seas...
¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña, adiós!

Mi padre aquí de boca de mi madre
El dulce sí por vez primera oyó;
Aquí de amor él á sus pies lloraba...
¡Adiós, Ocaña! ¡adiós, Ocaña, adiós!

(1) Sus abuelos *maternos* únicamente.

Y yo también aquí pensé... ¡silencio!
Olvidemos tan plácida ilusión;
Y aunque mi pecho deba desgarrarse,
¡Adiós, Ocaña; para siempre adiós!

1841.

II.

Á MARACAIBO.

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES MONTOVIO.)

Tu sol, tu mar, tu azul inmenso lago,
Tus mansas brisas, tu horizonte vago
Me entusiasmaron, Maracaibo, á mí,
Cuando bajando de mi Patria amada,
Tu ardiente faz, de palmas sombreada,
Desde mi barca en lontananza ví.

Pronto después pisó mi pie tu arena:
De gratitud á Dios mi mente llena,
Al verme salvo, en tierra me postré;
Y al Padre universal, omnipotente,
En tristes ecos, por mi amor ausente
Y por mis dulces hijos invoqué.

Luego en tu seno el infeliz proscrito
—Proscrito por verdad, no por delito—
Casi volvió la dicha á disfrutar:
¡La virtud de la virgen pudorosa,
La virtud de la madre y de la esposa,
Su corazón supieron consolar!

¡Noble ciudad de mi infortunio abrigo!
Recibe aquí de tu sincero amigo
El postrer voto y el postrer adiós.
Hoy pesa sobre tí la tiranía;
Mas la sangre de Salas algún día
Vendrá á obtener tu libertad de Dios (1).

Mas no al horrendo campo de batalla,
Á morir bajo el sable y la metralla,
Quieras lanzar tu bella juventud.
¡Sabe aguardar! ¡Para cobrar tu gloria
Más alcanza la paz que la victoria,
Más que el valor alcanza la virtud!

Maracaibo, Julio 16 de 1850.

(1) Alude el autor á D. José Antonio Salas, que siendo diputado por Maracaibo en el Congreso venezolano, fué una de las víctimas del 24 de Enero de 1848 en Caracas.

III.

DESPEDIDA DE LA PATRIA (1).

.....terraeque urbesque recedunt.
VIRGILIO, *Eneida*.

My native land, good night.
BYRON, *Childe Harold*.

Lejos ¡ay! del sacro techo
Que mecer mi cuna vió,
Yo, infeliz proscrito, arrastro
Mi miseria y mi dolor.

(1) Cantor de dolorosos presentimientos, el autor á quien podemos bien apellidar aquí *vate*, escribió esta y las cuatro siguientes poesías en época en que nada anunciaba la tempestad política que años después le llevó á morir

Lejos de aquellas prendas que amó, que le amaron.

Lo que había sido excursión fantástica, tornóse triste realidad; y al corregir el autor en 1851 esta *Despedida*, escrita en 1834, añadió como subtítulo, esta frase histórica: «*Á vista de las costas goajiras.*»

«El último gemído de Caro, en el puerto de los Cachos, al embarcarse para Maracaibo, revela en toda su plenitud la bondad del hombre y la previsión del genio.—*Este es el instante más cruel de mi vida*, dijo con acento conmovido; *en él voy á separarme de las tres cosas más caras á mi corazón: en este pedazo de tierra me separo de la Patria; en el señor* (mostrando á su hermano político), *me separo de mi familia*, *y en ustedes todos me separo de mis amigos:*—los abrazó y entró al bongo. Todos permanecieron mudos, con los ojos clavados en aquella embarcación que conducía al destierro una de las más puras glorias de la Nueva Granada...» —(*Arístides García Herreros.*)

Reclinado en la alta popa
Del bajel que huye veloz,
Nuestros montes irse miro
Alumbrados por el sol.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

Á tu manto, cual un niño,
Me agarraba en mi aflicción;
Mas colérica tu mano
De mis manos lo arrancó:
Y en tu saña desoyendo
Mi sollozo y mi clamor,
Más allá del mar tu brazo
De gigante me lanzó.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

De hoy ya más, vagando triste
Por antípoda región,
Con mi llanto al pasajero
Pediré el pan del dolor:
De una en otra puerta el golpe
Sonará de mi bastón,
¡Ay, en balde! ¿en tierra extraña
Quién conocerá mi voz?
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

¡Ah, de tí solo una tumba
Demandaba humilde yo!
Cada tarde la excavaba
Al postrer rayo del sol.
«¡Ve á pedirla al extranjero!»
Fué tu réplica feroz;
Y llenándola de piedras
Tu planta la destruyó.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

En un vaso un tierno ramo
Llevo de un naranjo en flor;
¡El perfume de la patria
Aún aspiro en su botón!
Él mi huesa con su sombra
Cubrirá; y entonces yo
Dormiré mi último sueño
De sus hojas al rumor.
¡Adiós, patria! ¡Patria mía,
Aun no puedo odiarte; adiós!

1834.

(Revisados en Nueva-York, 1851.)

IV.

EN ALTA MAR.

¡Céfiro rápido lánzate! ¡rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pon: del proscrito á los lados,
¡Haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren!
¡Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!

¡Mar eterno! ¡por fin te miro, te oigo, te tengo!
Antes de verte hoy, te había ya adivinado;
¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!
¡Cerco fatal, maravilla en que centro siempre yo hago!

¡Ah, que esta gran maravilla conmigo forma armonía!
¡Yo, proscrito, prófugo, pobre, infeliz, desterrado,
Lejos voy á morir del caro techo paterno,
Lejos ¡ay! de aquellas prendas que amé, que me amaron!

Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;
¡Quien de su amor arrancado, y de patria, y de hogar, y de hermanos
Solo en el mundo se mira,—debe, primero que muera,
Darte su adiós, y por última vez, contemplarte, Oceano!

—Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,
Alzo los ojos—¡miro!—¡sólo tú y el espacio!
Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,
Tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo.

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:
¡Pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo, y tan vasto,
Eres, con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,
Sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!

Luego, cuando en hosca noche, al son de la lluvia,
Poco á poco me voy durmiendo, en mi patria pensando,
Sueño correr en el campo en que niño corrí tantas veces,
Ver á mi madre que llora á su hijo, lanzarme á sus brazos...

¡Y oigo junto entonces bramar tu voz incesante!
¡Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio...
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela!
—Dejo entonces mis dulces sueños, y á morir me preparo.

¡Oh, morir en el mar! ¡morir terrible y solemne,
Digno del hombre!—¡Por tumba el abismo, el cielo por palio!
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!
¡Que echa encima el mar sus olas—y el tiempo sus años!

1838.

V.

LA HAMACA DEL DESTIERRO.

¡Vuela, vuela, hamaca mía:
Y al ruïdo de tus alas,
Adormece al desterrado
Que suspira por su patria!
Pronta vuela; y, cuando el sueño
Llene rápido la estancia
Y en los aires revolando
Nos remeza con su planta,
Que á mis labios baje, dile,
Y aspirar me dé la blanca
Amapola del olvido,
En aromas empapada.
Que del alma echar ya quiero
Las memorias despiadadas
De los sitios que sonaron
Con los pasos de mi infancia;
De la madre cariñosa
Que al bajar la noche parda,
Con dos besos mis dos ojos,
Bendiciéndome, cerraba;
Del nogal que levantando
Su verdor sobre mi casa,

En los fuegos de la siesta
Grata sombra me prestaba.
Suspendida de sus ramos,
De azucenas coronada,
Fresca y leve te mecía,
Al impulso de las auras.
Mas ¡ay Dios! partiendo el rayo
De entre lóbrega borrasca,
Abrasó el querido tronco,
Destrozó sus bellas ramas.
Y tú, hija de los aires,
Hoy pendiente á mis espaldas,
Fugitiva vas conmigo
Sin parar de playa en playa!
Sí: conmigo del desierto
Los torrentes roncos pasas,
Y en las calles silenciosas
De los bosques me acompañas.
Sin dejarme, de los hombres
Atraviesas las moradas,
Y conmigo de los mares
Ves las ondas solitarias!
Y después que en occidente
Hunde el sol su inmensa llama,
Y los últimos fulgores
Del crepúsculo se apagan,
Con su triste luz la luna
Nos alumbra:—tú, colgada
De algún árbol extranjero;

¡Yo, soñando con la patria!
¡Vuela, vuela, hamaca mía:
Y al ruïdo de tus alas,
Adormece al desterrado
Que ha perdido cuanto amaba!

1834.

(Refundidos en Nueva-York, Marzo 21 de 1851.)

VI.

EL HACHA DEL PROSCRITO.

Dieu! qu'un exilé doit souffrir.
BERANGER.

¡Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare!
En los bosques para siempre
Voy contigo á sepultarme,
Que los hombres ya me niegan
Una tumba en sus ciudades.
En mi patria me expulsaron
De la casa de mis padres;
¡Y hoy también el extranjero
Me ha cerrado sus hogares!

¡Vamos, pues, que ya estoy listo!...
¡Oh! salgamos de estas calles
Do el dolor del desterrado
Nadie entiende ni comparte:
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ven, sígueme en los días
De mi vejez!

Yo, durante nuestra fuga,
Tengo al hombro de llevarte,
Y un bordón en tí y apoyo
Hallaré cuando me canse.
De través sobre el torrente
Que mi planta en vano ataje,
Tú echarás del borde el árbol
Por el cual descalzo pase.
Si del norte al viento frío
Mis quijadas tiritaren,
Tú derribarás los ramos,
Y herirás los pedernales.
Tú prepararás mi lumbre,
Tú prepararás mi carne,
La caverna á que me acoja,
¡Y hasta el lecho en que descanse!
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Ayúdame en los días
De mi vejez!

Á mi alcance y á mi diestra
Muda, inmóvil, formidable,
Me harás guardia, cuando el sueño
En mis párpados pesare.
Si del tigre el sordo paso,
Si el clamor de los salvajes,
Acercándose en la noche,
Del peligro me avisaren;
En mi mano apercibida
Te alzarás para el combate;
Y del triunfo ó la derrota
Siempre llevarás tu parte.
¡Ay! la luz del nuevo día
Nos verá en otros lugares;
Débil yo, cansado, y triste;
Roja tú con fresca sangre.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Defiéndeme en los días
De mi vejez!

De camino veré á veces
Las lejanas capitales
Relumbrar al tibio rayo
De los soles de la tarde.
Y esos rayos vespertinos
Jugarán al reflejarse,
Cual relámpagos de oro,
En tu hierro centellante.

Ó, del mar á la alta orilla,
Los pies sueltos en el aire,
Cantaré yo al sol y al viento
De la Patria los romances,
Y á la roca tú de lomo
Sin cesar dando en la base,
El compás irás notando
Con tus golpes resonantes.
¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Consuélame en los días
De mi vejez!

¡Sí, consuelo del proscrito!
¡Oh, jamás aquí le faltes!
¡Ay! ¡de cuanto el triste llora
Si es posible veces hazle!
Patria, amigos, madre, hermanos,
Tiernos hijos, dulce amante;
¡Cuanto amé, cuanto me amaba
Vas tú sola á recordarme!
¡Nunca, nunca, pues, me dejes,
Sígueme á las soledades!
¡No abandones al proscrito
Sin que al fin su tumba excaves!
¡Por el mango hundida en tierra,
Tu hoja se alzará en los aires,
De los picos de los buitres
Defendiendo mi cadáver!

¡Ay! tú me entretenías
En mi niñez:
¡Sepúltame en los días
De mi vejez!

1838.

(Revisados en Nueva-York, Marzo 23 de 1850.)

VII.

LA IMAGEN DE LA PATRIA.

Cuando al fin, tras penoso camino,
En su patria se mira el viajero;
Y á acabar torna así su destino
Al sagrado lugar do nació...
Cuando frente á su nido primero,
Mueve rápido el pie peregrino...
Y al llegar, latir siente el ligero
Corazón, cual jamás le latió...

Y ya pisa su umbral... y la aldaba
Reconoce... y la tocan sus manos...
Y su golpe, cual antes lo usaba,
Vuelve trémulo á hacer suene fiel...
Y los gritos responden lejanos
De la esposa que ya le esperaba...
Y de madre, y amigos, y hermanos,
Que se agolpan y claman: ¡Es él!...

Al abrirse el portal de repente...
—¡Oh! en aquel soberano momento,
¿Quién dirá lo que el mísero siente?
¿Quién, si es gozo ó es pena, dirá?
¡Fulminante sin par sentimiento,
Del cual llevo el principio en mi mente,
Y que en sueños confuso presiento
Como gloria que nunca vendrá!

¡Ay; que huyendo en exótico suelo
De los malos los negros antojos (1),
Sin hogar, sin amor, sin consuelo,
Pronto ya dejaré vida y luz!
¡Y por llanto de huérfanos ojos,
En mi tumba las aguas del cielo
Regarán los silvestres abrojos
Cuyas flores adornen mi cruz!

¡Oh sol patrio! ¡oh verdor! ¡oh perfume!
¡De Granada inmortal primavera!
¡Aunque más la injusticia me abrume,
Vuestro hechizo por siempre amaré!
¡Ah! si al fin en mis cantos entera
La aflicción que mi vida consume
Desahogar cual la siento pudiera...
—Mas tal dicha negada nos fué.

(1) El furor de los déspotas rojos, se lee aquí en la refundición *que de esta* poesía hizo el autor en 1851.

Que si acaso al mortal miserable,
Cuya voz suena y calla en un día,
Expresar una vez fuera dable
El supremo pesar de un adiós,
Del retorno la inmensa alegría,
Del amor el misterio inefable,
Por entonces el hombre sería
¡Oh feliz!—¡tan feliz como Dios!

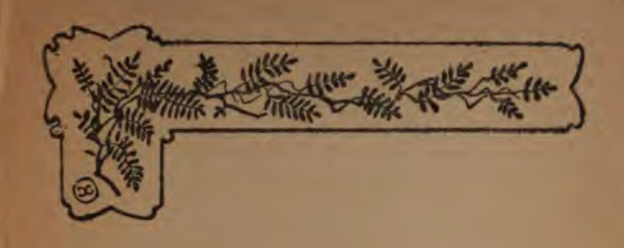
¡Dios que abarca de Dios el abismo;
Dios que en sí lo infinito contiene,
Y al mirarse, se cuenta á sí mismo
Cuanto encierra de glorias en sí!
¡Fuente y fin de do todo proviene,
Donde todo termina asimismo,
Do la eterna verdad se mantiene
Repetida completa en un Sí!

1839.

(Reformados en Nueva-York, Marzo de 1851.)







LIBRO SEXTO.

EL AMANTE.

I.

LA MAÑANA.

¡Dulce virgen, despierta, despierta!
Deja el lecho de plácidas rosas;
Abre ya de tu choza la puerta,
Abre, y ven á sentarte á su umbral.
¡Ven, y mira la fúlgida aurora
Que en la cima del monte de oriente,
Con fervor, de rodillas, adora
De los Incas al padre inmortal!

¡Ven, y escucha el suspiro profundo
Que al salir de las sombras del sueño,
Se levanta á lo lejos del mundo
Como el ¡ay! postrimero de amor!
¡Ven, y ve la argentada laguna
Que del aura al impulso süave,
Cual va y viene del niño la cuna,
Se remece con sordo rumor!

¡Goza, goza tu bella mañana,
El reir de tus jóvenes días!
¡Goza en paz de su brisa temprana
Semejante al aliento de Dios!
¡Oh! ¿por qué de mi fúnebre suerte
Nos separa la mano de hierro?
¿Por qué al menos decirte en mi muerte
No me deja ni el último adiós?

¡Ay! postrado, sintiendo en mi cuello
Imprimir el cruel infortunio
De su planta el gravísimo sello,
Bramar oigo debajo un volcán.
¡Huye de él! ¡En tu pobre cabaña
Encerrándote, escucha tan solo
Retumbar por la ardiente montaña
El zumbido del raudo huracán!

¡Lejos, lejos! en breve espantada
Con un trueno de muerte, una noche,
Del volcán en la cumbre apartada
Una llama verás relucir.
Y después que la estés contemplando,
«¡Ya murió! ¡Pobre amigo! ¡Él me amaba!»
Por ventura dirás suspirando,
Y á tu choza entrarás á dormir.

1835.

II.

LA VENIDA Á LA CIUDAD.

¡Y pisas ya de la ciudad el suelo!
¡Huyes del aura el amoroso arrullo!
¡Tú, blanda flor, cuyo primer capullo
Nació al besarse con la tierra el cielo!

¿Al árido volcán los azahares
Suben jamás? ¿El matinal rocío
Las siestas ven? ¿Ó por el bosque umbrío
Deja el coral los azulados mares?

Y tú, DORILA, cuya leve cuna,
Entre el silencio de las noches calmas,
Se remeció bajo las verdes palmas
Al rayo oblicuo de la corva luna...

Tú, que detrás de embovedadas yedras,
Sola y desnuda por las vegas hondas,
Los pies aun dentro de las tibias ondas,
El coco hendías sobre lisas piedras...

¡Tú, sonrisa de amor, tú, bajo el techo
Hoy de los hombres á sentarte vienes!
¡Á reclinar tus virginales sienes
Del infortunio en el pomposo lecho!

¡No! ¡lejos! ¡ay! que en él por cada pluma
Su leve punta asoman las espinas,
Y el sueño que se esconde en las cortinas
Con beso impuro el corazón abruma.

¡Lejos, DORILA, lejos! Torna cauta,
Torna del bosque al celestial perfume,
Torna al gemir de tu paloma implume,
Más blando, sí, que el son de sabia flauta.

Torna á mirar por el ceñudo monte
Rodar saltando el rollo de verdura,
Desplegado alfombrar la gran llanura
Y perderse en lo azul del horizonte.

Torna, y de noche entre las ondas flojas
De la hamaca que vió tu primer lloro,
De fina lluvia el murmurar sonoro,
Cayendo oirás del plátano en las hojas.

¡Torna á tus vegas, virgen inocente!
¡Ah! ¡no te asustarán en las cabañas,
Del pobre cazador de las montañas
La ronca voz y nebulosa frente!

¡No allí lo temas, no; que el soplo manso
Del llano nunca refrescó su seno;
Nunca bajó de la mansión del trueno,
Por donde vuela sin gozar descanso!

De lo que fué tan sólo la memoria
Resta, cual tronco de abatido sauce,
Como de gran torrente el seco cauce,
Ó como el eco de abismada gloria.

¡Torna á las vegas!... Él, grosero sayo
Vistiéndose, descalzo, con ceniza
Emblanqueciendo su melena riza
Irá á las cumbres do lo espera el rayo.

1835.

III.

MI LIRA.

¡Toma mi lira, DELINA (1),
Tómala ya, que profunda
Desde sus lóbregos senos
Llama á tu amigo la tumba!
Tómala, y cuando, á los rayos
De tu lámpara nocturna,
Junto á tu lecho la cuelgues,
Todo mullido de plumas,
Oirás sus cuerdas de oro
Que retemblando murmuran;
Oirás sus tristes suspiros
Que entre las sombras fluctúan.
Y si tus dedos de rosa
Sus cuerdas rápidos pulsan,
Si vagarosos en ellas
Lánguidos himnos modulan;

(1) Las poesías amatorias del autor se dividen, históricamente, en tres secciones: 1.ª, año de 1835; 2.ª, 1838; 3.ª (á DELINA), 1839-1845.—*Mi amor* y *¡Pobre amor tan bello!* señalan la transición de la 1.ª á la 2.ª época; y *La Huri*, de la 2.ª á la 3.ª

A la 1.ª pertenece, como la fecha lo indica, este delicadísimo romance; pero el autor, al revisarlo en 1851, cuidó, entre otras correcciones que hizo, de dedicarlo á DELINA.

Verás que bajo tu mano
Trémulas lágrimas suda,
Y sus marfiles se empapan
En menudísima lluvia.

¡Ah! cuando su luz de perla
Con que las vegas inunda
Desde los cielos derrame
La melancólica luna,
Con esa lira, DELINA,
¡Oh! ven á la sepultura
Que de tu amante por siempre
Los tristes huesos ya cubra.
Allí, del ciprés sentada
Bajo las ramas augustas,
Sólo oirás zumbar el viento
Por las lejanas llanuras.

Allí, del árbol sagrado
Desprenderse por ventura
Sientas alguna hoja seca
En tu melena profusa,
Y entonces... cuando tu mano
Con una guirnalda cubra
La humilde cruz de mi huesa,
Entre el verdor medio oculta...
¡DELINA, virgen del cielo,
Desde el fondo de mi tumba,
Oiga yo que al menos lloras

Mi amor y mi desventura!
¡Oiga yo en la noche eterna
Gemir mi lira vïuda,
Y consolados mis manes
Palpitarán de ternura!

1835.

IV.

MI AMOR.

Cual de noche lejano
Del canto marinero
Suena el eco postrero
Entre el vasto oceano;
Ó cual en templo umbroso
Del fondo de la tierra
Sale el grito medroso
Del vivo que ella encierra,
Ó en ocaso estampadas
Deja el sol sus pisadas:
¡Tal vive en mi dolor
Mi ya pasado amor!

Como tras las montañas
Hundiéndose la luna,
Se pinta en la laguna
Que cercan tristes cañas;
Como el dormido infante
El rápido embeleso
Aun de la madre amante
Recuerda el primer beso;
Como la voz del mundo
Que entorna al moribundo;
¡Tal con vivo fulgor
Brilló fugaz mi amor!

¡Ah! cual muerta la vieja
Águila, de su vuelo
Las plumas con que el cielo
Cruzó, tan sólo deja;
Como en edad ya tarda
América, en su olvido,
Grandes vestijios guarda
De un pueblo no sabido:
¡Tal las gentes remotas
Verán las cuerdas rotas
Del arpa en que cantor
Lloré mi ingrato amor!

1836.

V.

¡POBRE AMOR TAN BELLO!

Cual la golondrina huérfana y viuda
Una vez su nido puso junto al mar,
Y pasar la vieron fugitiva y muda
Playas, ondas, cielos, para no tornar;

Tal de amor la llama que encerró mi pecho,
Cuando ya me dijo para siempre adiós;
¡Y hora que yo mismo busco qué se ha hecho,
Sólo la supimos, yo, la ingrata y Dios!

¡Pobre amor tan bello! Fuese; y tan profundo
Tan fatal vacío me dejó tras sí,
Que ni mi alma tiene, ni me ofrece el mundo
Bien que en adelante ya lo supla en mí.

¡Pobre amor tan bello! Desde aquí mi alma
Vago, en lo pasado, mira lo que fué;
Tal el peregrino la alta, verde palma
Vaga, al horizonte del desierto ve.

¡Ay! el vano sueño de ese amor que existe,
Es del negro olvido cierto precursor:
Que después que baje yo á mi tumba triste
Ni en la ingrata misma vivirá mi amor.

1838.

(Revisados en Nueva-York, Marzo de 1851.)

VI.

EL VALSE.

¡Oh! graciosa, más graciosa
Que los sones del bolero,
Más airosa que las palmas
Remecidas por el viento;
Más serena, y linda, y pura
Que el azul del ancho cielo,
Cuando espléndido se pinta
En los lagos del desierto:
De placer su vista sola
Retemblar hace mi pecho,
¡Y perdido y ebrio caigo
Al perfume de su aliento!

¡Sí, la quiero! ¡sí, la adoro!
Con furor la adoro y quiero:
La idolatro cual si en ella
Dios mi suerte hubiese puesto.

¡Más la adoro que el mendigo
Al metal del avariento;
Más la adoro que á la patria
El proscrito en su destierro;
Más que adora el frigio gorro
El esclavo entre sus hierros;
Más que el réprobo la gloria
Desde el fondo de su infierno!

¡Ay de mí! la dulce madre
Que meció mi cuna un tiempo,
Y enjugó mi primer lloro,
Y aceptó mi primer beso;
El ciprés que noche y día
Melancólico y siniestro
Cubre el túmulo que guarda
De mi buen padre los huesos;
¡Oh, ya menos hoy los amo
Que ese vívido reflejo
Que relumbra al son del valse
En sus grandes ojos negros!

Que con ella yo he bailado,
Y he sentido unos momentos
Junto á mí su dulce rostro,
Junto á mí su blando seno:

Y en mi alma brilló entonces
Cual fugaz, lejano incendio
Yo no sé qué vaga imagen,
No sé qué falaz deseo.
Yo conmigo la veía
De mis padres bajo el techo,
Y sus manos infantiles
Enrizaban mi cabello
Y entre espesa lluvia, afuera
Con furor zumbaba el viento...
Y su voz trinó en mi oído,
Como el canto del jilguero,
Y un extraño calofrío
Transcurrióme por el cuerpo.

¡Ay! el valse se acababa,
Y sonó el compás postrero:
Y la ví tal como es ella:
Dulce, amable y sin afecto...

¡Oh momentos deliciosos!
¿Por qué así voláis tan presto?
¡Ay! ¿por qué del alma mía
No realiza Dios los sueños?

1838.

VII.

DECLARACIÓN.

Quieres te diga su nombre,
Quieres te cuente mi amor,
Te declare quién es ella
Y te abra mi corazón.
Y ¡ay! mi corazón herido,
Que ama hoy cual nunca amó,
Ā tu vista al ir á abrirse
Sangre llora de dolor;
¡Que al decirte quién es esa,
Esa que amo tanto yo,
Con duro enojo, con burlona risa
Acaso escuches mi doliente voz!

Cuando ya al cerrar la noche
En ocaso el sol se apaga,
Y la luna, en frente opuesta,
Alza su disco de plata;

Al balcón ella aparece
Que en lo alto de su casa
De nuestra ciudad nativa
Domina la gran sabana (1):
Yo de lejos la contemplo;
Mas ya con sus negras alas
La va envolviendo el ángel de la noche,
Que asoma obscuro en la oriental montaña.

¡Oh! como á tí la conoces:
Ella es tu mejor amiga;
Nacísteis á un mismo tiempo
Y os meció una cuna misma:
Juntas luego dísteis vela
En la barca de la vida;
Y ¡ah! una misma sepultura
Guardará vuestras cenizas.
Del bautismo el agua santa
Os bañó en la misma pila,
¡Y en vuestras frentes para siempre impreso
Dejó tu nombre celestial:—María!

¡Ese es, pues, el dulce nombre!
¡Dulce, sí, más que el perfume
Que se exhala de las rosas
Cuando el aura las sacude!

(1) El autor, aunque natural de Ocaña, se refiere aquí á la ciu-
d de Bogotá, en la cual vivió desde tierna edad.

¡Dulce más que son del agua
Que entre limpias guijas bulle;
¡Dulce más que el primer rayo
Que en oriente al mundo luce!
¡Oh, tu nombre me enloquece
Y me turba y me confunde!
¡Oh, plega á Dios que en mi postrer momento
No muera yo sin que otra vez lo escuche!

¡Oh, plega á Dios que derrames
Una lágrima en la huesa
Del amigo infortunado
Que también te amó en la tierra!
Otra vez de amor entonces
Mi alma acaso se estremezca,
É invisible á consolarte
Desde el cielo á tí descienda:
¡Quizá entonce en torno tuyo
Gemir mi espíritu sientas,
Y entre las hojas del ciprés medroso
Triste agitarse como blanca niebla!

1838.

VIII.

TUS OJOS Y TU AMOR.

¡María, oh María!
¡Para el corazón
Que sangre vertía,
Del cielo ambrosía,
De Dios bendición!

Tú fuiste á mi alma
Cual fresco raudal,
Que al pie de gran palma
La sed nuestra calma
En yermo arenal.

¡Y aun más, aun más fuiste,
Oh dulce mujer!—
¡Ah! ¿nunca me viste
En mis manos, triste,
Mi faz esconder?

¡Ay, llanto eso era,
Inmenso dolor!
¡Dolor que á cualquiera,
Sabiéndolo, diera
Piedad y estupor!

¡Dolor sin consuelo!
¡Dolor de orfandad!
¡Dolor con que el cielo
Colmó mi desvelo
Y mi soledad!

¡Y empero, María,
Tu ojo negro, sí,
Tu ojo negro un día
Calmó mi agonía
Al volverse á mí!

Si sólo el encanto
Que hay en su fulgor
En mí pudo tanto,
¡Oh! ¡piensa en mí cuanto
Pudiera tu amor!

1838.

IX.

MEMORIAS.

Dulces memorias,
Cual inefables glorias,
Hoy recibí que me has dejado.
¡Y hoy vuelvo humilde apenas un *quizá!*

Viejas historias,
Que son á tí notorias,
Esto en refrán han consagrado:
¡Quien recordó, quizá después querrá!

¡Oh! ya lo veo,
¡Oh! ya en tus ojos leo
Que á replicarme vas ceñuda:
¡Quien recordó, tal vez odiando está!

¡Ah! si el deseo
También orgullo feo
No te parece, cual la duda,
¡Deja que al menos vuelva un *ojalá!*

1838.

X.

¡TODO MI CORAZÓN!

I.

¡Estos los versos son, los dulces versos
Escritos de su letra y de su mano;
Los versos, sí, que á cada instante aplico
Ciego de amor á mis ardientes labios!

¡Oh! ella sabe gemir, y ella amar sabe:
Gemir y amar con el laúd sagrado
Con que, al eco de Léucade siniestro,
Cantó su amor la hermosa y triste Safo.

¡Oh, tú sabes gemir, y amar tú sabes!
¡Oh, tú cantas amor, y amor yo canto!
Mas ¡ay! ¡nunca tu amor y el amor mío
Un rayo harán su doble opuesto rayo!

¡Nunca, á tu lado, con el son del remo
Nuestro mutuo cantar acompasando,
Tu voz oiré sobre la pobre barca
Do bajo el río de mis turbios años!

¡Oh! cuando junto á tí, mudo y sombrío,
De amor me ves y de dolor llorando,
¿Por qué cual lloro yo también no lloras,
Y no me amas como yo te amo?

II.

Cual muelle son de música lejana,
Es el son de tu voz, dulce María;
Y tu mirar, como el del sol que muere,
Mi enamorado corazón alivia.

Cuando mi mano estrechas con tu mano,
Cuando mis ojos con tus ojos miras,
Y de mi alma al más profundo seno
Siento llegar tu penetrante vista;

Un ángel pienso ver de negros ojos
Que con sus alas manso me acaricia,
Y que fugaz á revelarme baja
El fin oculto á donde va mi vida.

Y si tu voz, sonando en mis oidos,
Mi ser ensancha y de placer lo agita,
Pienso escuchar la voz que entre los cielos
Modula al son de las eternas liras.

¡Ah! cuando llegue ya mi postrer hora,
Y sudor tibio bañe mis mejillas,
Y, ángel de amor, por tu divino nombre,
Congojoso te llame en mi agonía;

¡Sobre mi frente moribunda entonces
Una lágrima vierte compasiva;
Vuelve á cubrirme con tus blancas alas
Y hermosa alumbra de mi muerte el día!

III.

¡Oh! ¡si me amaras tú!—¡Yo, si me amaras
Mi corazón te abandonara todo;
Mi corazón maravilloso, inmenso,
Sin límite en su amor, sin fin, sin fondo!

¡Ay! ¡de mi amor las comprimidas llamas
Vieras salir en manantial furioso,
Cebar en tí sus insaciables fuegos,
Y al cielo alzarse en grande lengua de oro!

¡Oh! ¡si me amaras tú! ¡Tú sí podrías
Mi alma alegrar y serenar mis ojos,
Y con tu amor suplir en mi existencia
Al tierno padre que incesante lloro!

Unidos y cantando, de la vida
Surcáramos el mar, del tiempo al soplo;
Y unidos y cantando, Dios nos viera
Salir del mundo y dar el vuelo al otro.

¡Oh! ¿nunca me amarás? ¿querrás dejarme
Siempre gemir, adolorido y solo?
¿Querrás dejarme triste entre los hombres
Siempre vagar con abatido rostro?

¿Y al amigo infeliz que te amó tanto,
Que te amó con amor tan prodigioso,
Le dejarás que llore sin consuelo
De su orfandad el hórrido abandono?

IV.

¡Ay! yo huérfano soy: mi noble padre
Huyó por siempre de la faz del mundo;
Que, de la mano asido con la muerte,
Bajar le ví las gradas del sepulcro.

Yo llorando le dí mi último abrazo,
Y él su postrera bendición me impuso,
¡Y el tiempo huyó dejando entre hoy y entonce
Inmenso espacio que hacia atrás descubro!

¡Y hoy... todavía... mi tenaz memoria
Me pinta al vivo aquel semblante augusto...
Y hoy... todavía... cuando así lo miro,
Mi triste faz de lágrimas inundo!

¡Oh padre mío! cuando en honda noche
Del Monserrate á la alta cumbre subo;
Y allí, de pie, me miro en torno envuelto
Del vacuo mar del horizonte obscuro,

Y rodar oigo en el confín remoto
La sorda voz del huracán nocturno;
Y á mi lado, siniestro y repentino,
Con su agrio grito me sorprende el buho;

¡Yo entonces pienso en tí: yo entonces pienso
Que por mí vienes impalpable y mudo,
Para conmigo hundirte en el abismo
Del Ente Primo, Inmenso, Solo y Uno!

1838.

XI.

EL ROBO.

Esos versos que has leído
Y que hablándote de amor,
Te pintaban el dolor
Que alguno por tí ha sentido...
De esos versos soy autor:
Y si te han enternecido,
Sólo á mí te has dirigido,
No al crüel usurpador.

Él mis versos ha usurpado:
Él con ajeno atavío
Revistió su amor impío,
Tu ternura me ha robado.
Á los dos ha defraudado,
Y un corazón flojo y frío
Como suyo, te ha expresado
El amor que sólo es mío.

¡Oh! mi amor sí es verdadero,
Ese amor, que hoy gime triste,
¿No es el mismo amor sincero
Que en mis versos aún subsiste?

La voz de mi desespero,
¿No es la misma voz que oíste?
Y mi llanto lastimero,
¿No es el mismo, dí, que viste?

¡Oh, mi corazón te ama!
Al amor por tí nació,
Arde en él por tí la llama
Que por nadie en él ardió;
Por tí mi sér todo clama,
¡Ay! mi sér mismo murió,
Que en el tuyo así se trama,
Que es en tí do existo yo.

1838.

XII.

LOS JUEGOS DE NIÑOS.

Cuando, de noche, amada mía,
En derredor de aquel hogar
Que al son del materno cantar
Tu cuna vió mecer un día;

Tu madre, hermanos, y otro y yo,
Y tú en cerco nos sentamos,
Y á los juegos—niños jugamos
Que nuestra infancia tanto amó,

Y que aun amo en la edad que llevo,
Y que olvidar jamás podré,
Y que en mi vejez lloraré
Ansiando jugarlos de nuevo;

Entonce, al verte, al verte á tí,
Con la sonrisa del contento
Á todos dando movimiento,
Tal vez fugaz mirarme á mí...

Y entonce, al pensar que sin ira,
Sin odio sí... mas sin amor,
Con tan süave resplandor
Tu ojo fugaz así me mira;

Y tan distintas luego al ver
Esas miradas, en tu amante
Que allí risueño está y triunfante,
Largas y estáticas caer;

Entonces más me persüado
Que de tí amado no soy;
Y que después, así cual hoy,
Nunca de tí yo seré amado...

Y entonces en la soledad
Pienso en que ya por siempre vivo;
Y un dardo siento herirme vivo
Extraño en mi joven edad...

Y entonces mis ojos de llanto
Siento llenarse, y mi alma ve
Á aquel amigo que se fué,
Y que me amaba en vida tanto...

Y entonces mi íntima aflicción
Disimular ya no pudiendo,
Doy buenas noches; y gimiendo
Late, al salir, mi corazón.

Y no teniendo ni un amigo
Con quien me pueda desahogar,
Me voy á mi casa á llorar,
Encerrado sólo conmigo.

¡Y á mi rival con tu reir
Sigues alegrando en tu casa,
Sin que el dolor que en mí se pasa
Hayas podido presumir!

1838.

XIII.

CONTRASTE.

Tus ojos á mis ojos no responden,
Cuando á tu lado lloro tú no lloras;
¡Ah! las borrascas hórridas ignoras
Que en mi profundo corazón se esconden.

Sordas en él revuélvense y sombrías
Voces de amor, imágenes de muerte,
Lágrimas de dolor abrasadoras,
Risas y estrepitosas alegrías.

¡Y en tanto, al par de mis funestos días
Rápidas huyen tus brillantes horas;
Y tú que me enajenas y enamoras,
Miras en paz mis crudas agonías!

1838.

XIV.

EL MAYOR PESAR.

¡Oh, quién versos escribiera!
¡Oh, quién otra vez pudiera
Arrojar el alma entera
Hecha llama en el papel!
Mas aquél que en otros días
Risas, lloros, y alegrías,
Y hórridas melancolías
Pintó con vivo pincel;

Y en líneas de luz y fuego
Vació, frenético y ciego,
De amor su desasosiego,
De su amor de juventud;
Hoy cansado, envejecido,
Su corazón desabrido,
Ni alcanza á dar un latido,
Que ha perdido su virtud.

Sí; mi corazón no ama:
Por ningún objeto clama;
Sólo siente que lo inflama
Su necesidad de amor.
Y una vida que fastidia
Lleva, floja y con desidia,
Sin afecto y sin envidia,
Sin placer y sin dolor.

De amor tal vez el halago,
Cual obra falaz de un mago,
Miro en horizonte vago,
Como en mi primera edad;
Mas pronto el cuadro se cubre
De niebla que á mí lo encubre,
Y el ojo al fin no descubre
Ni ilusión, ni realidad.

En los días de mi infancia
De candor y de ignorancia,
Armonía, luz, fragancia
Para mí la vida fué:
¡Fué mi sueño de inocencia!
Después en mi adolescencia
Penetré de amor la ciencia:
No me amaron; mas yo amé.

Con amor amé violento,
Con amor siempre en aumento;
De mi propio sentimiento,
De mi amor no más viví.
¡Y en alto, lejos del suelo,
Lanzado en inmenso vuelo,
Un nuevo universo, un cielo
Revelóse dentro en mí!

Y en sus fúlgidas regiones
Corrí, ebrio de pasiones,
Y de extrañas sensaciones
Rebosó mi corazón.
¡Ah, rüina irreparable!
¡Mi corazón miserable
Que infinito, inagotable
Yo creí, me hizo traición!

Y hoy... lloro, sí, lloro en vano...
¡Ah! no es mi cabello cano,
Ni mis arrugas de anciano
Lo que lloro sin cesar:
¡Es el fuego de la vida!
¡Es la llama ya extinguida!
¡Es mi facultad perdida,
Mi gran facultad de amar!

1838.

XV.

LA GLORIA Y LA POESÍA (1).

¡Oh, no deseches, mujer, al hombre que Dios te destina!
El grande amor que el corazón me enciende,
Ese grande amor que á tí misterioso me inclina
Dios en el fondo de mi ser lo prende.
Tú su poder terrible no sabes á cuanto se extiende,
¡Y tu desdén indócil no adivina
Que tu destino, que de mí depende,
Hacia su fin, en mi amor para siempre encerrado, camina!

¿No has pensado jamás de la muerte en la rápida espada
Que hombre por hombre al fin á todos hiere?
¿No has pensado jamás en aquella existencia que muere
Del que quedó tan fácil olvidada?
¿No has pensado jamás que de nuestra existencia ignorada
Ni una noción la especie humana adquiere,
Y que doquier que nuestra planta fuere
Siempre envuelta va de Olvido, de Noche, y de Nada?

(1) Véase el Apéndice.

¡Ah! ¡qué le importa al corcel del pesebre el círculo inmundo
Si más allá de su hórrido recinto,
Abrense campos y campos sin fin, y el cielo profundo
Se aleja azul en un inmenso cinto!
¡Qué me importa á mí, de nadie en mi vida distinto,
La sociedad do obscuro me confundo,
Si en ella siento hablarme el sordo instinto
De otra gran sociedad que puebla los siglos y el mundo!

Esto pensaba yo paseándome solo una tarde:
Su disco el sol en occidente hundía;
Yo me detuve á ver cómo poco á poco moría
Esa alta llama que en los cielos arde.
¡Fuése! y díjeme: Huyó sin que nada lo impida ó retarde,
Cual otros mil, incógnito este día
Y huirá lo mismo la existencia mía,
Cual mil más, sin que de ella en la tierra un rastro se guarde!

Y esta triste imagen turbóme y quitóme la calma.
Pensé en mi padre... ¡todos le olvidaron!
—¡Sólo algunos hombres, trayendo del canto la palma,
Salvos de olvido el tiempo atravesaron!
—¿No podré yo, pues, cantar cual ellos cantaron?
—Mas recordé que inmóvil, muda, calma,
Aunque mis ansias más la provocaron,
Siempre á dar melodías hallé resistida mi alma.

* * * *

XVI.

¡ETERNO ADIÓS! (1).

¡Tú cuya voz celestial llenó de divina armonía
El seno obscuro do mi sér se encierra,
Tal como suele de pronto llenar la noche sombría
El canto patrio allá en extraña tierra!
¡Tú cuya sola voz mil voces en mí desencierra
Con mil memorias de la infancia mía!
¡Adiós, que ya mi porvenir se cierra!
¡Sí; para siempre adiós; adiós, sí, para siempre, María!

¡Oh, comprender tú no quieres mi amor verdadero y profundo!
¡Entrar no quieres en el grande encanto
Do solitaria mi lira suena incesante en su canto,
Que sube á tí con eco gemebundo!
Un horizonte me envuelve en que yo mi existencia difundo:
Y, al verme solo en él, con vago espanto
¡A veces tiemblo, á veces rompo en llanto!
¡De él yo no salgo, y en él no penetra nadie en el mundo!

(1) Esta poesía no se registra en la edición de 1857.

¡Oh, y este horizonte encantado es mi sér, soy yo mismo!
¡Y fuera de él, tras su confin postrero,
Oigo gemir sin cesar de la humana miseria el abismo,
Como en su torre el mar el prisionero!
Oigo á los hombres, sin Dios, no entendiéndose en gran desespero,
¡Nada! gritar, y ¡Acaso! y ¡Ateismo!
Y oigo otra voz que desde el ser primero
Baja á aliviarnos, ¡la voz del viejo, inmortal Cristianismo!

Dentro del cerco tan solo miro mi propia Existencia:
¡De mi memoria miro el negro arcano,
El libro á medio abrir, do, yo no sé de quién, una mano
De lo que fué me pinta una apariencia!
Miro allí como un sueño aéreo mi edad de inocencia;
El padre ido por quien lloro en vano;
Mi huerto aquel, mi hogar, mi abuelo anciano,
¡Todo fué, todo!—¡y todo guardado quedó en mi conciencia!

¡Oh misterio del hombre! ¡Oh gran soledad de la vida!
¡Mar que me envuelve en sueños y despierto!
Huyo—y me sigue, y me envuelve al través del tiempo en mi huida;
¡Y siempre á mí su cóncavo está abierto!
Dentro, á par de eremita que gime en ignoto desierto,
Mi lira gime en voz adolorida;
Y ¡ay! ¡esa voz que sólo en eco incierto
Al mundo llega lejana, por mí no más es oida!

¡Ah! y esa voz interna que así de continuo suspira,
Al tú asomar, de pronto acalla el lloro,
¡Y un espontáneo canto, puro cual lumbre, cual oro,
Dulce se exhala de mi negra lira!
¡Y sube á ti, como al cielo sube la llama en la pira,
A ti, mujer, cuya piedad imploro,
A ti, mujer, que por destino adoro,
Porque tu nombre no más mis potencias todas inspira!

¡Oh María, sí! Ese gran poder de paz y consuelo,
Ese poder que en mí tu nombre tiene,
No lo sabes tú, ni nadie saberlo puede en el suelo:
¡Lo sé yo solo, y Dios, de quien te viene!
¡Ah! ¡ya que á mí la dicha de hacerte feliz no conviene,
Que Dios por siempre la negó á mi anhelo,
Sepa yo al menos que tu faz mantiene
Siempre plácida, lejos de mí, la sonrisa del Cielo!

¡Ah! ¡no será, no: que sólo el amor nos da la ventura!
Y escucha atenta lo que hoy te digo:
Tú no me amas, y un día vendrá en que dejando el abrigo
Del sacro hogar do huyó tu infancia pura
Sola con otro te irás; y entonces mi amor te lo augura
Un nuevo día al fin vendrá enemigo,
En que dirás: «¡Oh pobre y viejo amigo!
¡Ay! ¡él me amaba más; con más verdad y ternura!»

Díme, pues, dime: ¿querrás unir con mi amor inaudito
El amor tuyo en una misma suerte?
¡Oh! resuelve: resuelve pronto; ¡que el último grito
Pronto dará mi lira al ver la muerte!
Este horizonte, do yo te convido conmigo á meterte,
Sin fin no es, mi amor es circunscrito:
¡De él hay en torno un Sér mayor, más fuerte,
Do sumergido todo se encuentra; su nombre: Infinito!

Hoy, ya de aquel de los montes patrios más alto en la cima
Vuelvo de mí los ojos en redondo,
Miro,—nuevos montes lejos, la tierra miro en lo hondo,
—¡Y el cielo azul, en derredor y encima!
¡Algo siempre me ataja: mañana tal vez no reprima
Nada el impulso que en mi seno escondo:
Sin fin la tierra abajará su fondo!
¡Idos los montes, abierta del cielo inmensa la sima!

¡Es que á un tiempo las vallas todas de mi hórrido encierro,
Sin saber cómo, al suelo habrán caido!
¡Es que por siempre se habrá terminado ya mi destierro!
¡Es que habré visto al Gran Desconocido!
¡Es que habré ya muerto! ¡Es que estaré ya con Dios confundido!
Cogiendo el *todo*, en que hoy finito yerro;
¡Veré, del mundo en un rincón perdido,
Sola, seguir una tarde mi madre mi cuerpo á su entierro!

Un instante vendrá, yo no sé si de horror ó alegría,
Cuando la humana innumerable gente
Toda á entrar así volverá de Dios en la mente
De do salió; y entonce, amada mía,
Como dioses seremos los hombres sin noche ni día;
Y absortos en el Sér indeficiente,
Huirá por siempre en él de mí tu frente...
¡Ay, adiós para entonces; adiós para siempre, María!

1838.

XVII.

LA HURÍ.

I.

Murió mi amor; mi corazón me resta,
Mi corazón sin límite ni fin,
Capaz de dar aún más de lo que ha dado
Al ser que Dios le guarda en porvenir.

Yo te presiento, Hurí que aun no conozco,
Por la inquietud que ya comienza en mí,
Cual se presiente por el són la lira,
Ó por su olor presiéntese el jazmín.

¡Oh! ¿quién serás y cuál será tu nombre?
¿Cuáles serán tu raza y tu país?
¿Te bañarás del Ganges en las aguas?
¿Ó correrán tus años junto al Rin?

¿Tendrá tu faz el negro de la uva,
Ó la brillante candidez del lis?
¿Caminarás viajera por el mundo
Con la nación proscrita de David?

Quizá á los dos nos cubre un mismo cielo,
Y hablas mi lengua, y paso junto á tí;
Quizá te he visto y aun quizá te he amado,
¡Y aspiro solo ser lo que antes fuí!

II.

Cierto germano, como yo poeta (1),
Y como yo de corazón augur,
La hermosa Hurí que Dios le reservaba
Así cantó sin conocerla aún:

«¡Oh tú, mujer que habrás de amarme un día!
¡Si donde habitas hoy, supieras tú
El largo amor que en mí te voy juntando,
Y el canto que te guarda mi laúd!...

(1) Schiller.

»Mientras el mar te ve quizá mecerte
En tu hamaca pendiente del bambú,
Ó corres los desiertos de Zahara
Sobre el ala fugaz del avestruz;

»Yo tu mitad de sombra siempre guardo
Cuando, sentado al pie del abedul,
Mi vista, recorriendo el horizonte,
Te busca por el norte y por el sur.

»¡Ah, sólo sé de tí que habré de hallarte
Tan pura en tu beldad y juventud,
Como la flor del Alpe oculta en nieves
Jamás holladas por viajero algún!...» (1).

(1) Esta composición quedó inconclusa. En un borrador que hemos examinado, continuaba con estos versos escritos y borrados en seguida por el autor mismo.

III.

Cantaba así: la muerte sobrevino,
Su Hurí soñando al cielo á buscar fué,
Mas en su libro, sin cesar clamando,
Dejó de amor su inextinguible sed.

Y doquiera llegó su canto alado,
Y hoy, en él al pensar, cada mujer,
Entre dudosa y vana se pregunta:
«¿Si acaso yo la hermosa Hurí seré?»

* * * *

XVIII.

SOCIEDAD Y SOLEDAD.

... poetica tempestas.

¿Sabes quién soy, oh dulce amiga mía?
¿Quieres saber lo que otro tiempo fuí,
Y lo que soy, y lo que ser podría,
Y cuanto duerme oculto dentro en mí?

¿Quieres sondar los senos de mi alma,
Sacar á luz y conocer mi amor,
Y de la mar que has visto sólo en calma,
Ver la tormenta en todo su esplendor?

¡Oh! cada noche, haciendo larga rueda,
Con doce más, en tu oriental sofá,
Antes que hurtar mi puesto nadie pueda,
Cerca de tí me ves sentado ya.

Mas, mientras gira en torno y á mi lado
El dulce hablar y el dulce sonreir,
Yo permanezco estúpido y callado
Como el que nada tiene que decir.

¡Es que á otro mundo entonces tú me llevas;
Es que mi alma siento engrandecer;
Es que de pronto en mí potencias nuevas
Siento agitarse y completar mi sér!

¡Si entonces yo, sin más rubor, gritara;
Si reventar dejara el corazón;
De inolvidable asombro os penetrara
Ese grande rugido de león!

—Es de noche; á la luz de las estrellas,
Cuando el matiz de fuego y arrebol
Ya está borrado, de las vivas huellas
Que, al irse, estampa en occidente el sol;

En un peñasco de escampada altura,
De donde puedo libre contemplar
Los verdes campos, la montaña obscura,
El cielo azul, la inmensidad del mar;

Allí y entonces, pues, oh amada mía,
Cuando conmigo y Dios no más estoy,
Brilla mi sér en pleno mediodía,
Y me aparezco á mí tal cual yo soy.

¡Nadie me ha visto así transfigurado!
Mi propia forma yo no más la sé:
Que torno á entrar apenas en poblado
Y nada resta de lo que antes fué.

Sólo en mis cantos vive algún diseño
De esa gloria de noche y soledad,
Como del niño en el primer ensueño
Aun luce la reciente eternidad.

¡Guarda mis cantos, dulce amiga mía!
Esa es mi herencia que te lego á tí;
Cuando en el mundo no me mire el día,
Quede á lo menos ese son de mí.

1839.

XIX.

¡ESTAR CONTIGO!

¡Oh! ya de orgullo estoy cansado,
Ya estoy cansado de razón;
¡Déjame, en fin, que hable á tu lado
Cual habla sólo el corazón!
No te hablaré de grandes cosas,
Quiero más bien verte y callar,
No contar las horas odiosas,
Y reir oyéndote hablar.

Quiero una vez estar contigo,
Contigo, cual Dios te formó;
Tratarte cual á un viejo amigo
Que en nuestra infancia nos amó;
Volver á mi vida pasada,
Olvidar todo cuanto sé,
Extasiarme en una nada,
Y llorar sin saber por qué.

¡Ah! ¡para amar Dios hizo al hombre!
¿Quién un hado no da feliz,
Por esos instantes sin nombre
De la vida del infeliz,
Cuando con la larga desgracia
De amar doblado su poder,
Toda su alma ardiendo vacía
En el alma de una mujer?

¡Oh padre Adán! ¡qué error tan triste
Cometió en tí la humanidad,
Cuando á la dicha preferiste
De la ciencia la vanidad!
¿Qué es lo que dicha aquí se llama
Sino no conocer temor,
Y con la Eva que se ama,
Vivir de ignorancia y de amor!

¡Ay! mas con todo así nos pasa:
Con la patria y la juventud,
Con nuestro hogar y antigua casa,
Con la inocencia y la virtud.
Mientras tenemos despreciamos,
Sentimos después de perder;
¡Y entonces aquel bien lloramos
Que se fué para no volver!

1839.

XX.

LA SONRISA DE LA MUJER

Y EL ALMA DEL POETA.

Hay en mi sér potencias adormidas,
Hay en mi mente ocultos pensamientos,
Hay en mi corazón presentimientos
Cuyo poder y cuyo fin no sé:
Como á la madre son desconocidas
Las formas de ese sér misterïoso
Que entre su seno bulle tembloroso,
Y es algo ya, mas nadie sabe qué.

Mas cuando estoy contigo y á tu lado
Y oigo tu voz y miro tu sonrisa,
Siento pasar por mí de Dios la brisa,
Siento nacer un hombre nuevo en mí.
¡Y entonces, dominando lo pasado,
Y el vago porvenir y lo presente,
En cerco inmenso ensánchase mi mente,
Cuyo foco de vida irradia en tí!

Entonces las potencias que en mí callan,
Una tras otra, á mi presencia llegan,
Y juntas ya radiantes se despliegan
Cual aurëola en torno de mi faz:
Fuerzas de amor ignotas en mí estallan,
Y soy capaz de cosas buenas, grandes,
¡Capaz de todo cuando entonces mandes,
Y de martirio y de virtud capaz!

¡Oh, cuando al fin mi alma desprendida
Del barro vil á Dios levanta el vuelo,
No dará tanta luz allá en el cielo
Cual la luz que á tu lado esparce aquí!
¡Y el serafín, custodio de mi vida,
Al presentarse á mí por vez primera,
Sonrisa no traerá tan hechicera
Cual la sonrisa que hoy adoro en tí!

1839.

XXI.

UN SUEÑO.

Junto contigo caminar la vida;
Una tras otra ver volar las horas;
Al mundo y á sus dichas impostoras
Volver la espalda y dar la despedida;

Entrar de amor en la región profunda
Solos tú y yo; de amor no más viviendo,
La luz gozar que hoy lejos estoy viendo,
¡Ultima luz de amor que al hombre inunda!

¡Esto contigo, unido yo contigo!...
¡Rabia y dolor! ¿es esto sólo un sueño?
—Recio su puerta Amor cerró con ceño,
Á tí y á mí negándonos abrigo.

1839.

XXII.

ÉL Y YO.

Pude un tiempo esperar que tú me amaras,
Mas mi dulce esperanza ya acabó;
Que, vivo aún más que en los pasados días
Arde en tu pecho tu primer amor.

Siempre la imagen del ausente amigo
Vive interpuesta entre nosotros dos:
Su hermosa faz mi obscura faz eclipsa,
Su voz contrasta con mi ronca voz.

Ingenio, orgullo, gracias, hermosura...
¡Ah! ¡todo él tiene; nada tengo yo!
Sólo una cosa tengo que él no tiene:
¡Mi enemigo mortal, mi corazón!

¡Mi corazón, que me dictó te amara;
Mi corazón, que para tí nació;
Mi corazón, que al verte se estremece,
Cual se estremece el ángel ante Dios!

1839.

XXIII.

TU NOMBRE.

¡Oh! ¡deja que te llame por tu nombre!
¡Nombre de luz, de aroma, de armonía!
¡Tu nombre! ¡sin los títulos insulsos
Que odia el amor y que inventó la envidia!
¡Tu nombre! ¡que en mis labios no te ofenda!
Mas ¿qué dije? jamás te ofendería:
Que á Dios tú misma Dios también lo llamas;
Déjame, pues, á mí decir: ¡Delina!

Delina... ¡ese es el nombre misterioso
Que en mis primeros sueños entreoía;
Ese el nombre que en vano tantas veces
Quiso en sus ayes encontrar mi lira!
¡Tu nombre! ¿qué me importa la desgracia?
Él sabrá consolarme en mis desdichas;
Y, si en el crimen por acaso entrare,
Á la virtud me hará volver, ¡Delina!

¡Oh! cuando, al fin, tras años y sucesos,
En mí muera la llama de la vida,
Y me presente al Juez inexorable
La cuenta á dar de mis terrenos días

Cualesquiera hayan sido mis errores,
Cualquier fallo que dicte en su justicia,
Podré su diestra desarmar del rayo,
Si le antepongo que te amé ¡DELINA!

1839.

XXIV.

HISTÓRICO.

Me quieres asegurar
Que yo poeta nací.
Sí, nací para cantar...
Mas para cantarte á tí.

La voz que exhaló mi lira,
Y en tinta el papel guardó,
Esa voz por tí suspira
Y para tí se exhaló.

Sin conocerte te amaba,
Adivino te canté;
Lo que en la vida buscaba
En tu sonrisa lo hallé.

Por primera vez al verte,
Un misterio en mí pasó:
Yo pensé reconocerte,
Y ver lo que nadie vió.

¡Un recuerdo misterioso
De otro mundo y de otra edad!
¡Del cielo un viso glorioso,
Un trasluz de eternidad!

Y mi sér sintióse lleno
De una existencia mayor,
Y en el fondo de mi seno
Una voz trinó de amor;

Y en mi corazón convulso
Voraces llamas sentí,
Y un irresistible impulso
Que me arrebataba á tí.

—¡Ah! si entonces la barrera
No hubieras puesto que hallé,
Nunca yo bajado hubiera
Al abismo á que bajé.

Que, afligido, despechado,
Ardiendo en celos y amor,
Y sangriento y desgarrado
El corazón de dolor,

¡Dejé á aquella que pudiera
Mi existencia ennoblecer,
Y á buscar fuí quien me diera
De degradarme el placer!

¡Ay! y de mi lira el canto
Que por tí debió sonar,
Y de mis ojos el llanto
Que por tí debió brotar...

Todo ante un ídolo horrendo,
Todo profanado fué:
¡Amar á Dios no pudiendo
¡Ay! á Satanás amé!

Hoy... hoy vuelvo á tí de nuevo:
Mas el mismo ya no soy;
¡Borrar la mancha que llevo
Ni tú misma puedes hoy!

¿Ni tú? ¿qué dije? ¡Tú puedes
Volverme mi juventud,
Y cual Jove á Ganimédes,
Exaltarme á la virtud!

En tí la voz, *Yo te amo*,
Sí, te lo digo en verdad,
Me dará cuanto reclamo:
¡Vida, honor, felicidad!

1840.

XXV.

DESALIENTO.

Acabaron mis sueños de gloria,
Acabaron mis sueños de amor:
¡Resta sólo su triste memoria,
Y mi mente perdió su esplendor!

Al salir de mi tímida infancia
Á encontrar mi primer juventud,
¡Cuál corría con tierna ignorancia
Á embriagarme de amor y virtud!

¡Y ese amor que buscaba es mentira!
¡La virtud, una amarga irrisión!
¡Los suspiros que daba mi lira
No movieron ningún corazón!

Dulces sueños de amor y de gloria,
Si es posible olvidar cuanto fué,
¡Ah, cerrad de mi vida la historia
Cual se abrió, con virtud y con fe!

1840.

(Revisados en Nueva-York, Marzo de 1851.)

XXVI.

¡ADIÓS!

¡Oh! mil veces, pensando en este instante
De precisa y final separación,
En lágrimas bañóse mi semblante
Y asustado tembló mi corazón.

Hoy llega al fin,—¡al fin nos separamos!
Del mundo abierto que me llama á sí,
Bajo la puerta juntos aún estamos:
¡Por vez postrera te contemplo á tí!

¿Nunca á vernos ni á hablarnos volveremos?
¡Otra vez! ¡un instante y nada más!
¡Ah! en el seno de Dios nos uniremos,
¡Y para siempre!—¡mas aquí, jamás!

¡Dulces horas pasadas á tu lado
En que tu sér mi alma fecundó,
En que fuí comprendido, adivinado,
Amado casi!... ¡Todo se acabó!

¿Quién me podrá volver lo que en tí pierdo?
¿En mí tu falta quién suplir podrá?
¡Cuando ni sé si tu fatal recuerdo
De hoy más mi alivio ó torcedor será!

¡Ah! ¡sólo sé que el bien por que yo clamo
Bajo mi mano nunca yo tendré;
Que no amé nunca como á tí te amo,
Y que nunca sufrí cual sufriré!

Diez años ha... cuando mi solo amigo
Dejó sobre la tierra de existir,
La esperanza llevándose consigo,
Dejándome la nada en porvenir.

Yo, pequeñuelo entonces aún me hallaba,
Sin cicatrices nuevo el corazón,
Y entre mi alma apenas clareaba
La odiosa luz de mi fatal razón.

Y aquel precioso amigo que perdía,
Su virtud, su talento, su bondad,
Ni en todo su valor yo conocía,
Ni la inmensa extensión de mi orfandad.

Y mi dolor, empero, fué locura
Que en su grandeza á mí me sorpendió:
¡Aun hoy del golpe la impresión me dura,
É irá conmigo mientras viva yo!

Y hora que no soy niño y que soy hombre,
Hora que sé lo que es el mal y el bien,
Cuando de amor entiendo el dulce nombre...
Es fuerza darte adiós á tí también!

¡Á tí que amo, á tí que sé quién eres,
Que entera te has comunicado á mí,
Excepción entre todas las mujeres!...
¡Á tí, Delina, adiós también á tí!

¡Adiós á tí! Cuando esta negra idea
Esté cumplida en su indecible horror;
Cuando en el cielo oscurecerse vea
El luminar de mi postrer amor,

Y en su lugar escrito quede—*¡Nunca!*
Y me envuelva la noche y soledad;
Y sienta mi alma su existencia trunca
Sin tí, Delina, su mejor mitad...

—¿Cuál será de esa vida el solo día
Que ya pueda alegrar mi corazón,
Sino aquel en que cese mi agonía,
Y á Dios devuelva su funesto dón?

Y cuando tú, quizás en otros brazos,
Sin dolor, sin pesar, sin inquietud,
Amante, amada, envuelta en róseos lazos,
Y en pleno sol y en plena juventud;

Oigas de muerte un caso desdichado,
Y una campana fúnebre gemir,
Y oigas un nombre, ¡el nombre ya olvidado
Que dabas al que acabe de morir!...

¡Oh, dame entonces un recuerdo amigo!
¡El que se otorga á todo el que no es más,
El que se otorga á extraño y á enemigo,
Y que negara sólo Satanás!

Los años volarán sobre mi huesa,
Y en ella por centurias dormiré;
Y al fin se cumplirá la gran promesa,
Y ante mi Juez con los demás vendré.

Mas yo la humana inmensa muchedumbre
Cortando aprisa, sólo iré á buscar
La faz mejor, los ojos de más lumbre,
El sér más bello y más capaz de amar.

Y cuando ya la hubiere al fin hallado,
Juntos saldremos hacia el Juez los dos;
Y ante el concurso mudo y asombrado
Así diré resueltamente á Dios:

«¡Esta mujer á mí me pertenece!
¡Es la mujer que amó mi juventud!
¡Ya estoy juzgado: todo lo merece
Quien tanto amó;—mi amor es mi virtud!

»No pido más ¡mi cielo sólo es ella!
¡El que se atreva, véngala á pedir!
Delina es ésta... ¡sí, la sola estrella
Que alumbrará mi eterno porvenir!»

Así diré; y oirás lo que has oído
Ante los hombres, y ángeles, y Dios.
Ahora mi amor, si puedes, da al olvido:
¡Guárdame el tuyo para entonce! ¡Adiós!

1840.

XXVII.

EN UN BAILE.

Cuando, en mi capa envuelto á la española,
Á media noche, el baile concurrido,
Del inmenso tropel desatendido,
Me escondo en un rincón;
Y miro allí pasar ola tras ola
El valse en su redondo movimiento;
Y con la mano sobre el pecho, siento
Latir mi corazón...

Y los perfumes mil de miles flores,
Y los reflejos mil de mil bugías,
Con ecos mil de miles armonías,
Siento de lejos hasta mí llegar...
Y las voces de damas y señores,
Y coloquios, y cánticos, y risas,
Todo zumbando cual las vagas brisas
Que juegan con las olas de la mar...

Pienso entonces que allí como extranjero
Me encuentro solo faz á faz conmigo;
Que no hay un solo corazón amigo
Que me conozca allí.
¡Oh, pienso entonces en mi amor primero!
¡En tí, mujer, que tanto amé, que adoro;
En tí, mujer, perdido bien que lloro!...
¡DELINA, pienso en tí!

1840.

XXVIII.

¡LA HE VUELTO Á VER!

¡Sin verla un año entero
Corrido, pues, había:
Un año de agonía,
Año de maldición!
¡Y su imagen, empero,
Doquier me perseguía;
Y al verla así, sentía
Temblar mi corazón!

¡Recuerdo dulce y triste
Del tiempo que ha volado!
¡Del tiempo fortunado
Que nunca volverá!
Despreciar lo que existe,
Tal es la ley del hado...
¡Y llorar lo pasado
Y ansiar lo que será!

Si el hombre miserable
Lo que pinta en su mente,
Cual lo llora ó presiente,
Pudiera conseguir...
Mas tanto bien no es dable:
¡El mal siempre presente!
¡La dicha siempre ausente,
Pasada ó porvenir!

Y el hombre... ¡oh desconsuelo!
Va andando de contino,
Y á todo peregrino
Saluda y dice adiós.
Por eso inmoble el cielo
—¡Magnífico destino!—
Al fin de su camino
Le puso al hombre Dios.

Así pensaba yo pensando en ella:
Y de mis ojos lágrimas corrían,
Y mil recuerdos entre mí nacían
De luz, de vida, de placer, de amor.
Como de noche alguna aislada estrella
Luce remota, en cielo inmenso y vago,
Y empero, abajo, acá la pinta un lago...
¡Tal ella, ausente, estaba mi dolor!

Sobre su faz cual una leve gasa,
Pálido el tiempo echaba su tiniebla,
Cual la indecisa, rala y dulce niebla
Que en las mañanas cubre cielo y mar:
¡Ya en los altos balcones de su casa;
Ya en su sofá, tendiéndome la mano;
Ya junto á mí, sentada á su pïano
Un mundo haciendo del desencerrar!

¡Y todo ausente y para mí perdido!
¡Y cual los nombres quedan en la historia,
Todo existente sólo en mi memoria,
Y no pensar volver á verla más!
¡Ella que amor, virtud, beldad ha sido!
¡Ella, que inspira amor, virtud, ternura!
¡Ella, de Dios imagen viva y pura!...
¡Entre ella y yo la odiosa voz, *jamás!*

¿Jamás?... ¡Oh, no! ¡La habré de ver hoy mism
¡Oh, la veré, mi amor diréle intenso,
Aquel amor fogoso, extraño, inmenso,
Que hace bullir mi sangre de español!
De despecho en un largo parasismo,
Hoy tal pensé; y hoy mismo hacia su puerta
Me dirigí; llegué; la hallé entreabierta;
Y entré por ella al irse á ocaso el sol.

¡Cómo expresar pudiera
Las hondas sensaciones
Que mis viejas pasiones
Despertaron en mí,
Al ver, cual antes viera,
Los patios, los balcones,
Los mismos barandones
Que en otro tiempo ví!

Desierto todo estaba...
Y todo silencioso...
Y tan solo, medroso,
De mis pies el rumor
Confuso resonaba,
Al yo cruzar ansioso
El giro tortuoso
Del largo corredor.

Del corredor en frente
Su estancia se veía...
Llegué al umbral... ¡un día
Allí la conocí!
Y sudaba mi frente,
Y mi seno latía...
—¡Allí verla debía!—
Entré... ¡la ví! ¡la ví!

¡La misma, sí, que antes,
La misma que amé tanto;
La misma... el mismo encanto
Pintándose en su faz!
¡De amor dulces instantes!
¡De amor ardiente llanto!
¡Casi me causa espanto
De dicha el ser capaz!

Es media noche: la ciudad dormida
Lejos de mí y á mi derecha yace;
Y el aura fría de los montes hace
Mis miembros y mis dientes tiritar...
La gran sabana lóbrega, extendida,
Miro á mis pies, arriba las estrellas;
Y en occidente algunas vagas huellas
Que ha dejado la luna al trasmontar...

¡La he vuelto á ver! ¡hoy otra vez la he visto!
Mas esta vez no ya por vez postrera;
Que hasta el instante mismo en que yo muera,
Todos los días volveré á sus pies.
Cual vive el eremita al pie del Cristo,
Mi vida entera pasará á su lado:
¡Ella, presente, porvenir, pasado,
Ella en el mundo mi ángel guardián es!

¡No hay objeción, ni estorbo, ni reparo!
¡Ah, nada importa mi tenaz desdicha!
¡Ella es mi fin, ella es la misma dicha!
¡Y ya la he visto, y quiero ser feliz!
¡Mas yo feliz!... ¡Feliz, feliz un Caro!
¡Hay una maldición contra mi raza,
Que en su anatema á todos nos abraza,
Y escribe en nuestras frentes: Infeliz!

Y es cierto... y no por eso desespero...
Mi padre sólo amarme supo en vida:
¡Después acá, jamás correspondida
Hallé de amor mi gran necesidad!
¡Y nada importa, y siempre en Dios espero!
¡Ella por fin será por siempre mía!
Mi amor y el suyo habrán de unirse un día;
—¡Si el tiempo no, será la eternidad!

1840.

XXIX.

PROPOSICIÓN DE MATRIMONIO.

I.

Después de tantos negros desengaños
Que ya sufrí, de tanto amargo lloro,
De tantos males, cuya cuenta ignoro,
Que desde niño me han envuelto á mí;
Cual la esperanza al fin de nuestros años,
Cual el consuelo al fin de la desdicha,
¡Astro de amor! ¡imagen de la dicha!
¡Hurí del cielo! te he encontrado á tí.

¡Y tú no sabes cómo yo te amo!
¡Oh, más que Patria, amigos, deudos, madre!
¡Más que la sombra misma de mi padre!
¡Más que la gloria, el mando y el saber!
¡Por tí daría de laurel mi ramo,
Por tí daría nombre y apellido,
Por tí daría cuanto soy y he sido,
Por tí daría cuanto puedo ser!

¡Ay! y ese amor tan vasto y noble, empero,
No llena más de mi alma el gran vacío,
Que el cauce seco de un inmenso río
Puede llenar del campo un vil raudal.
¡Amarte más, amándote, yo quiero;
Que siento en mí que amarte más podría:
Mas dicho está que al esplendor del día
Jamás aquí saldrá mi amor total!

¡Es que finito y flaco el hombre nace,
Y del fastidio nada lo preserva;
Es que sin duda al hombre Dios reserva
Para otro mundo y otro sér mejor!
¡Es que en la tierra nada satisface,
Ni cosa alguna aquí se ve completa;
Ni el ruego á Dios, ni el canto del poeta,
Ni el mal ni el bien, ni el odio ni el amor!

II.

El hombre es una lámpara apagada,
Toda su luz se la dará la muerte,
Y un nuevo nombre, y una nueva suerte,
Y un nuevo sér—¡demonio ó serafín!
Al alma el tiempo tiene aquí tapada:
La eternidad del tiempo rompe el velo...
¡La eternidad!—¡Oh Dios! ¡infierno y gloria!
¡Odio y amor, completos y sin fin!

¡Odio y amor! Del gran linaje humano,
Que viejo cubre desde Adán la tierra,
Cada individuo el signo oculto encierra
Del mal ó el bien, de Satanás ó Dios.
De eternidad al lóbrego oceano
Llega el instante en que las velas tiende:
¡Lo que es entonces súbito comprende,
Y al barro vil por siempre dice adiós!

Tanta verdad que hoy duda, teme, espera:
Tantos obscuros, hondos pensamientos
Tantos inquietos, vagos sentimientos,
El hombre entonces faz á faz va á ver!
Sin nube ya ni incómoda barrera,
El justo entonces se verá á sí mismo;
¡De Dios entonce el grande, eterno abismo
Su corazón podrá satisfacer!

¡Oh! tú de Dios impreso el signo llevas
En tu voz, tu mirada, tu sonrisa;
Y en lo que hoy eres, débil, se divisa
Toda la luz que entonce habrás de dar.
¡Entonce! ¡En mí de amor potencias nuevas!
¡En tí perfecta tu beldad hoy trunca!
¡Hermosa tú, y hermosa más que nunca!
¡Amante yo, cual hoy quisiera amar!

III.

¡Oh! ¡qué me importa, pues, que aquí y ahora
El centro del destino nos aparte,
Si en otro tiempo, al fin, y en otra parte
Me darás tanto y más que puedes hoy!
¡Ni qué me importa que por una hora
Hayas de ser de algún rival más listo,
Si él no tendrá lo que él en tí no ha visto,
Lo que yo ví, lo que esperando estoy!

¿Qué le darás?... No más que lo que tienes:
¡Todo tu amor, amor perecedero!
¡Tu rostro hermoso, angélico, hechicero...
Pero que al fin habrá de envejecer!
¡Y nada más! ¡y más no son sus bienes!
Eres mujer, después serás arcángel:
¡Oh! ¡que yo tenga para siempre el ángel,
Y él tenga aquí cien años la mujer!

¡Dale aquí, pues, tu amor, tu fe, tu nombre;
Únete aquí con él en firme lazo;
Tu primer beso, tu primer abrazo!...
Dáselo todo—¡la esperanza á mí!

¡Oh, la esperanza, el solo bien del hombre!
¡Del pobre, el triste, el viejo, sola amiga;
Que á lo presente lo futuro liga,
Y hace bajar el cielo al mundo así!

¡Ah! ¡no me robes este dulce sueño,
Que hoy mi orfandad consuela y mi abandono!
¡Díme que allá, y al pie del santo trono,
Tendremos juntos un lugar los dos!
¡Díme que allá seré exclusivo dueño
De cuanto el Padre á tí te predestina!
¡Que allá, por siempre, para tí, DELINA,
Seré el primero yo, después de Dios!

1840.

¡Si esta es mi hora postrera, tuya sea!
¡Todo el amor de que capaz soy yo,
Todo en mi pecho concentrado y junto
Te lo ofrezco, DELINA, y te lo doy!

¿Lo aceptarás?... ¿Qué se oye?... ¡El enemigo!
¡Alarma suena ronco el atambor!
Truena el bronce... ¡mis armas! ¡mi caballo!
¡Oh, dame algunas lágrimas!—¡Adiós!

(La Cruz, Setiembre 4 de 1841.)

XXXII.

¡PERDÓN! ¡PERDÓN!

¡Y es posible que yo te haya ofendido!
¡Que tan brutal, tan bárbaro haya sido!
Que á tí, DELINA, á tí,
Cobarde, ingrato y vil haya ultrajado
Y á un tiempo cuanto debo haya olvidado
Tanto á tí como á mí!

¿Dónde el respeto á tu virtud estaba?
¿Dónde mi admiración por tu hermosura?
¿Dónde mi estima, dónde mi ternura?
¿Dónde mi inmensa, mi inmortal pasión?
¡Ay! ¡y en aquel momento yo te amaba
Con el amor más puro y más sincero!
¡Sí; de amor en las llamas, todo entero,
Se abrasaba por tí mi corazón!

¿Cómo, pues, pude amarte y ofenderte?
Amor y ofensa—como vida y muerte,
Como verdad y error,
Como inocencia y crimen—¿no se excluyen?
¿Cosas no son que mutuas se destruyen
La ofensa y el amor?

¡Ay! en el hombre débil y finito
Nada malo ni absurdo es imposible:
Ya, por mí propio, he visto que es posible
Á lo mismo que amamos agraviar:
¡Sólo Dios, que es eterno é infinito;
Dios, que pasión alguna nunca asalta;
Dios, incapaz de mal, de error, de falta...
Sólo Dios, que es perfecto, sabe amar!

¡Sí; yo te amo, te amaba, y te he ofendido!
¡Sin saber cómo al mismo tiempo he sido
Tu amante y tu ofensor!

¡Ah! vivir pude y esperar tranquilo
Cuando en tí contemplaba el serafín;
Mas hoy que adoro en tí mi dulce amante,
¡No puedo ya, no puedo en paz vivir!

Tus miradas de fuego me anonadan,
Me hacen temblar tus labios de carmín;
La imagen de tus gracias virginales
Donde quiera me viene á perseguir.

¿Será la dicha, pues, un don funesto,
Y tu amor un castigo para mí?
¿Será infalible, pues, que acá en la tierra
No podré, mientras viva, ser feliz?

¡Ah! ni hay ya para mí más que dos muertes:
—¡Ó espirar de dolor lejos de tí;
Ó en tu seno adorado y palpitante,
De dicha inmensa y sin igual morir!

1842.

XXXIV.

ENVIANDO UNA MANZANA.

Esta diforme, colosal manzana,
Tan bella hoy, marchita ya mañana,
Emblema mudo de nosotros es.
Gústala pronto, el tiempo se apresura...
¡Ay! la fealdad sucede á la hermosura,
Y á la edad de las risas la vejez.

XXXV.

LA BENDICIÓN NUPCIAL.

I.

¡Oh! mira la selva de viejos, altísimos robles
De do Tequendama levanta su eterno clamor;
Clamor que de lejos remeda los roncos redobles
Que un Genio sacara de algún estupendo atambor!

Medita esa selva, su fin y su origen medita;
¿En ese desierto quién pudo quererla sembrar?
¿Quién, dime, quién pudo tener la paciencia infinita
De uno por uno sus árboles todos plantar?

¡No! ¡nadie, sin duda! ¡La selva por sí se ha formado;
De un árbol primero los otros vinieron en pos,
Que á aquel primer árbol el germen fecundo fué dado
De miles de robles, de miles de selvas por Dios!

Después, de los cabos del ancho y redondo horizonte
Vinieron los vientos, el alto prodigio á cumplir;
Cargados del germen, lo largo corrieron el monte
Y el bosque sembraron donde hoy se les oye gemir.

¡Lo mismo los peces que esconde el inmenso Oceano!
¡Lo mismo esas aves que hendiendo la atmósfera ves!
¡Y plantas, é insectos, y brutos, y el género humano,
Señor de esta tierra que pisan soberbios sus pies!

II.

¡Sí! ¡cuanto goza aquí de aliento y vida,
Cuantas especies fueron y serán,
Cual cadena jamás interrumpida
Todas proceden de un primer Adán!

Mas, ¡después de ese Adán único y fijo,
Cada cual torna á ser principio y fin,
Causa y efecto á un tiempo, padre é hijo,
Abuelo y nieto, Isaac y Benjamín!

Cada cual, cuanto fué representando,
También prepara todo el porvenir,
Y, al que nació primero continuando,
Guarda al que debe el último morir!

¡Si algún rebelde anillo se separa,
Formando al lado estéril excepción,
La cadena le olvida y no se pára,
Y de eslabón prosigue en eslabón!

¡Oh! ¡en uno de sus raptos, un profeta
Pudiera así, con vista celestial,
De un golpe ver la humanidad completa
En la persona de cualquier mortal!

III.

Sin ese socorro del cielo bajado,
¿Quién toda su especie pudiera abarcar?
¿Quién, dí, lo presente, futuro y pasado,
En una mirada pudiera juntar?

Aquel solamente que inmóvil existe,
Que ve el Universo rodar á sus pies,
Que sólo sin tiempo ni espacio subsiste,
Que sólo el primero y el último es!

Aquel que al principio del caos el abismo,
Con una palabra, fecundo tornó,
Reunida en un punto contempla en sí mismo
La innúmera raza que Adán comenzó!

¡Visión soberana, de Dios viva gloria,
Que eterna ilumina su eterna unidad,
Do escrita completa fulgura la historia
De toda existencia, de toda verdad!

¡Luzbel, no me tientes!... ¡tu orgullo estupendo
No venga á asociarnos jamás á los dos...
Aparta, maldito! ¡que á veces comprendo
Tu inmenso pecado, tu envidia de Dios!

IV.

Con esa cadena que seres á seres anuda,
Corre otra cadena do el mal eslabónase al bien;
Nosotros, en sombras envueltos y en mísera duda,
De fuerza ó de grado, seguimos su curso y vaivén.

¿De dónde venimos? ¿qué somos? ¿á do caminamos?
¡Quién sabe qué suerte mañana la nuestra será!...
¡Quién sabe que traiga mañana lo que ora pensamos!
¡Mi lira que hoy llora, mañana tal vez callará!

¡Oh tiempo! ¡Dios sólo conoce tu obscuro secreto;
Nosotros sembramos, el fruto madúralo Él;
De súbito al hombre presenta ese fruto repleto
Á veces de néctar, á veces de acíbar y hiel!

Y nada aprovechan desvelos, afanes, fatigas;
Romperse la frente con cálculo y cálculos mil;
Buscar los consejos preciados de gentes amigas...
Granizo imprevisto de pronto destruye el pensil.

Del justo en la tierra la cuenta resulta fallida,
Á Dios invocando y haciendo á su prójimo el bien;
Llamando al Demonio, de crimen tejiendo su vida,
¡Al malo su cuenta fallida le sale también!

V.

¿Quién puede responder del resultado
Que sus obras habrán de producir?
Á medias recordando lo pasado
¿Quién puede responder del porvenir?

De lo imposible el insondable abismo
Ningún ojo mortal midió jamás...
Sin poder responder ni aun de sí mismo,
¿Quién podrá responder de los demás?

Pudo Edipo existir, y de su padre
El homicida ser sin intención;
Cual lloró de placer al verse madre
La madre de Calígula ó Nerón.

Un mundo, y tras su mundo una cadena
Halló Colón, más sabio que feliz:
¿Pudo soñar, decid, con Santa Elena
Napoleón la noche de Austerliz?

¡Sabios! ¡héroes! ¡monarcas! estos nombres
Solo de orgullo un privilegio os dan;
Que para el porvenir los grandes hombres
Tan ciegos todos como el vulgo van.

VI.

Mujer hermosa de tu rostro vana,
Sí, la ciencia de Jénner soberana
        Deja brillar tu tez;
Mas ¡ay! la muerte sola con su ciencia
Librará tu beldad de esa dolencia
        Peor ¡de la vejez!

Y antes de muerte y de vejez la mano
De sabio, inexorable cirujano
Vendrá tal vez, brutal,
Sin admirarlas ya, casi sin verlas
A despojar de sus brillantes perlas
Tu boca de coral.

La base del poder no es más segura
Que el triste porvenir de la hermosura:
¡Oh! dílo tú, París,
Que al grande Enrique y al imbécil Carlos
De vida ó trono has visto despojarlos
Como al Santo Luís!

También el genio... En vano se le mira,
Orgulloso abrazándome á su lira,
En su lira creer:
Decir: «¡Yo propio formo mi destino;
Mendigo, prisionero, peregrino,
Genio siempre he de ser!

»¡Y hasta que el golpe sufra de la muerte,
Venceré los rigores de mi suerte
Con mi canto inmortal!»
¡Ay! que el genio también puede extinguirse;
Y el poeta, ya mudo, consumirse
Loco en un hospital!

VII.

¿Dónde, pues, la regla eterna
De nuestras obras buscar,
La luz que de nuestra vida
Disipe la obscuridad;

Dó la ley que nos disponga
Para el bien y contra el mal,
Si ante el hombre no se aclara
Ese porvenir jamás;

Si beldad, riqueza, gloria,
Ciencia, genio, autoridad,
Tantas vanas garantías
Que envidia con necio afán,

Puede perderlas mañana
Cual las pudo ayer ganar,
De alta fortuna cayendo
Á indecible adversidad?

¡Oh! ¿dó la ley de la vida,
La ley del bien y del mal,
Si para el hombre impotente
El porvenir es azar?

VIII.

¡Oye! la regla existe, yo la tengo.
No sé quién soy, no sé de dónde vengo,
Ni qué será de mí;
¡Y oye! mañana una mujer querida
Y yo, por siempre nuestra doble vida
Unimos con un sí.

¿Y qué resultará? ¡Todo es posible!
El porvenir inmenso, inaccesible,
¿Qué no puede encerrar?
¡Lágrimas... crimen... infortunio... muerte...
Como también una tranquila suerte
Sin nubes ni pesar!

Al arrancarla del solar paterno,
Voy á exponer acaso á crudo invierno
Esa indefensa flor:
Hoy nos sonríe mi mejor estrella;
¡Acaso el pan mañana para ella
Mendigue del dolor!

Hoy su radiante, juvenil figura
Imagen es de vida y de ventura,
De candor y placer.
¡Ay! nueve lunas más... ¡y acaso el fruto
De nuestro amor al darme, dé en tributo
Á Dios también su sér!

Y, ese riesgo salvado, todavía
¿Quién me dirá si en mi vejez, un día
De duelo y aflicción,
Sobre mi raza, padre infortunado,
Á descargar no me veré obligado
Mi justa maldición?

IX.

¡Juntos, pues, ella y yo, sin piloto, los ojos vendados,
De un barquillo al vaivén, y del soplo del tiempo al azar,
En el pecho el amor, dulcemente uno en otro apoyados,
Vamos, pues, ella y yo, de la vida el abismo á surcar!

¡Ay, tal vez cuando ya cielo y agua no más contemplemos,
Brame ronco huracán, silbe el rayo, y abriéndose en dos
Contra oculto peñón, estrellada la barca, entreguemos
Nuestros cuerpos al mar, nuestras almas amantes á Dios!

Un ministro de Aquel que en la cruz espiró por nosotros
Á la playa, es verdad, nuestro viaje vendrá á bendecir...
Pero no á asegurar... ¿Con igual condición cuántos otros
No se hundieron al fin tras odioso remar y sufrir?

¿Cuál es, pues, esa ley en que yo ciegamente confío?
¿Esa brújula, sí, con que el rumbo no puedo perder,
Con la cual sin terror las tormentas del mar desafío,
Y del lóbrego azar en la noche me voy á meter?

X.

Oye: Dios es: aun más allá del mundo,
Y antes que el mundo fuese, ÉL existía;
Al resplandor del sempiterno día,
Goza feliz de su inmortal beldad.
Sabio y fuerte, benévolo y fecundo,
Quiso manifestar su omnipotencia,
¡Y aun más que su poder y vasta ciencia
Quiso fuese alabada su bondad!

Él era Dios—de Padre quiso el nombre:
Y creó cuanto envuelve el ancho cielo,
Cuanto lleva la tierra en su gran vuelo
Cuanto esconde el abismo mugidor.
Del mundo rey formó por fin al hombre,
Libre, feliz, inteligente y bello,
Y en lo hondo de su sér, con vivo sello,
La imagen estampó de su Creador.

Mas el perfecto, el Infinito es uno:
Él, do todo principia y se termina,
Él sólo al vago porvenir domina
Del centro de su inmoble Eternidad.
Ni al hombre, hijo de Dios, ni á sér alguno
Dar pudo Dios lo que es de Dios tan sólo:
¡En la mano abarcar, de polo á polo
Del tiempo y la creación la inmensidad!

¡Sí, sólo Dios es Dios! mas, en su ciencia,
Sin igualar á sí su criatura,
Dióle la libertad y ley segura
Para regir su propio corazón.
¡Oh sumos bienes, libertad, conciencia,
Por los cuales al hombre limitado,
No lo salva ó condena el resultado,
Más lo salva ó condena la intención!

Esta la regla, la alta ley es esta:
No conseguir el bien, sino buscarlo;
Que en buscarlo de veras, no en hallarlo,
El mérito consiste y la salud.
¡Oh! ¡gloria á AQUÉL por quien la ley fué impues
Que en esa ley que todo lo reparte
Cada cual se llevó la mejor parte:
¡Dios el poder, el hombre la virtud!

XI.

¡La virtud! ¡la virtud! ¡la fuerza santa
Que el alma embriaga de inefable gloria,
Cuando al vicio que aleve se levanta,
Callada arruina en interior victoria!

¡Ah! ¿qué importa el azar de lo futuro,
Que irrevocable sea lo pasado,
Si el corazón aún se siente puro,
Ó está ya limpio el corazón manchado?

¡No, no mintáis, no blasfeméis, doctores,
Al Padre universal representando
Nuestras obras, por gozos y dolores,
En balanzas finísimas pesando!

¡Mentís! no hay tal balanza en que se cuente
Momento por momento en nuestra vida:
Dios toma, cual existe, lo presente,
Y lo pasado y lo posible olvida.

La justicia de Dios es la de Cristo;
Cristo, que á la llorosa Magdalena
Sin hacer cuentas, perdonar fué visto
La larga vida de torpezas llena.

Cristo inocente, que á un ladrón infame,
Por sus delitos en la cruz colgado,
Excita á que perdón al Padre clame
Y al clamar por perdón es perdonado.

¡Cómo! ¿diréis que al niño moribundo,
Que del afecto maternal vivía,
Mas que si fuese conservado al mundo
Hubiera sido criminal un día,

Á ese niño, diréis, Dios va á contarle
Cuantos delitos cometer pudiera,
Para con sus horrores compensarle
El candor de una infancia pasajera?

¿Ó pensáis que al guerrero generoso
Que muere por su Patria en la pelea,
Y gana con morir que más gravoso
Para su Patria el despotismo sea;

Á ese mártir, el Ente Soberano
Pensáis le enrostrará su dura suerte,
El mal suceso de su esfuerzo vano,
Y las muertes venidas con su muerte?

Sólo el hombre, al juzgar, usa balanza:
Porque, desde el inglés al samoyedo,
La justicia del hombre es su venganza,
Ó su interés, ó su flaqueza y miedo.

La sociedad, cuando á premiar se obliga,
Por cálculo tan solo recompensa,
Y cuando en nombre de la ley castiga,
Por prevención castiga y por defensa.

Sus esfuerzos no paga al ignorante,
Ni agradece del pobre el sacrificio;
Que no pide su amor al más amante,
Sino al más hábil su mejor servicio.

Del hombre juez ante el mirar severo
En vano llora el criminal su crimen;
Su llanto, su pesar hondo y sincero
Del suplicio fatal no le redimen.

Mas el Señor que de los hombres nada
Teme ni espera, y nada necesita,
Ni puede recelar ver asaltada
La roca inexpugnable donde habita;

Dios juzga al hombre en sí; y acoge al bueno
Sin interés, por solo amor benigno;
Y al malvado rechaza de su seno,
No por perjudicial, mas por indigno.

Si Dios nos pesa en eternal balanza,
¡Balanza singular es la del cielo,
Que al malhechor rendido abre esperanza,
Y al bueno deja en su dolor consuelo!

Y en vano acusa el resultado injusto,
Ó la vida anterior infunde espanto:
¡Siempre le vale su inocencia al justo,
Y al pecador arrepentido el llanto!

XII.

¡Ven ya, pues, de Cristo Apóstol,
Y bendice nuestra unión;
Nuestra unión á que preside
Un ardiente y puro amor!

Hoy son puras nuestras almas,
¡Ay! quizá mañana no:
Mas el día que bendices
No es mañana, sino hoy.

Hoy felices nos sentimos:
Quizá al fin entre su horror
Nos sorprenda el infortunio
Con su paso de ladrón;

Con los años quizá vengan
La frialdad y el desamor;
Quizá falta sobre falta
Nos lacere el corazón.

¡Quizá estos lazos tan dulces,
Tan dulces para los dos,
De escorpiones den al mundo
Infernal generación!

¡Llega, bendícenos siempre;
Que tú, ministro de Dios,
No el resultado bendices
Sino la actual intención!

Solamente te pedimos
Que á nuestro Juez y Hacedor
Por nosotros cada día
Alces también tu oración:

Que ruegues al Santo, al Fuerte,
Que débiles nos formó,
Nos socorra con su fuerza
Al venir la tentación;

¡Y si por fin luchando sucumbimos,
Que por Cristo de todos Redentor,
Su amor devuelva á sus llorosos hijos
Cuando clamen al Padre por perdón!

1843-1846.

XXXVI.

UNA LÁGRIMA DE FELICIDAD.

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circulando con abrazo estrecho,
    Tu talle encantador;

Tranquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín,
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
    De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el remoto ocaso do se hundía:
¡Inmenso, en torno de él, resplandecía
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban, con luz trémula y bella,
Hacia el oriente alguna ú otra estrella,
Sobre un fondo turquí.

Ningún rumor, ó voz, ó movimiento
Turbaba aquella dulce soledad;
¡Sólo se oía susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, su aliento
Con plácida igualdad!

¡Oh! ¡yo me estremecí!... ¡sí; de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna, fúlgida natura!
¡En mis brazos vencida tu hermosura!
¡En mi pecho el amor!

Y cual sï alas súbito adquiriera,
Ó en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo, de una en otra esfera,
¡Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo
Para tí, para mí, para los dos,
Del tiempo y de la carne tras el velo,
Ese misterio que llamamos cielo—
¡La eternidad de Dios!

Para fijar allí, seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaivén,
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte
¡De nuestro amor el bien!

Y en un rapto de gloria, de improviso,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del paraiso
Dentro de mí gritóme: Dios lo quiso;
¡Sea tuya allá y aquí!

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo que el amor formó
Traje contra mi pecho palpitante...
Y en tu faz una lágrima quemante
¡De mis ojos cayó!

¡Ay! despertaste... Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
¡Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambióse al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar!

¡De entonce acá... ¡oh amante idolatrada,
Más sobrado celosa! huyes de mí;
Si á persuadirte voy, no escuchas nada,
Ó de sollozos clamas sofocada:
«¡Soy suya!... y llora así!»

¡Oh! ¡no, dulce mitad del alma mía!
No injuries de tu amigo el corazón;
¡Ay! ¡ese corazón en la alegría
Sólo sabe llorar, cual lloraría
El de otro en la aflicción!

El mundo, para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar mi sien;
Hoy, de la dicha en mi primer estreno,
El lloro que vertí sobre tu seno
¡Encerraba un edén!

—¡Oh!... ¡La esposa que joven y lozana
Diez hijos á su esposo regaló,
Y que después vïuda, enferma, anciana,
Á sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió!...

¡Esa mujer, que penas ha sufrido
Cuantas puede sufrir una mujer;
Esa madre infeliz, que ha padecido
Lo que tan sólo la que madre ha sido
Alcanza á comprender!...

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados
Llame á juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver á tenerlos abrazados...
¡Oh! ¡de amor llorará!

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
Á la diestra de Dios la hará subir;
¡Y tal será su suavidad y encanto,
Que en su alta gloria al serafín más santo
De envidia hará gemir!

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno,
No, no será más dulce ni más tierno
¡Que el llanto de mi amor!

1843.

XXXVII.

LA BUENA VIEJA.

TRADUCCIÓN DE BERANGER.

Al fin vieja serás, amada mía,
Y yo no aliviaré tu soledad;
Que el raudo tiempo á mí por cada día
Me cuenta dos de mi pasada edad.
Sobrevíveme, pues; mas invencible
Nunca al olvido mis lecciones des;
Y tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

Cuando la vista por tu faz rugosa
Busque la hermosa faz que me inspiró,
La juventud preguntará curiosa:
¿Quién, pues, fué aquel que amaste y que te amó?
De mi amor pinta entonces, si es posible,
El ardor, las sospechas, la embriaguez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

Diránte acaso: ¿Supo ser amable?
—¡Yo lo amé! sin rubor responderás.
—¿De alguna infamia se mostro culpable?
Con orgullo respóndeles: ¡Jamás!
¡Ah! dí que fiel, de corazón sensible,
Con ternura un laúd pulsó tal vez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

¡Tú, que la Patria á amar tengo enseñada,
Dí á los hijos entonces del honor,
Que en mi tierra invadida y desgraciada
Yo canté la esperanza y el amor!
Recuérdales que el ábrego terrible
Secó de lauros nuestra inmensa mies;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

¡Oh amada mía! cuando el nombre vano
Que deje yo consuele tu dolor,
Y en mi retrato tu temblosa mano
Las primaveras ponga alguna flor;
Los ojos alza al círculo invisible
Donde habremos de unirnos otra vez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.

1839

XXXVIII.

ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE DELINA Y DE NUESTRO MATRIMONIO.

¿Qué es vivir, qué es vivir sin ser dichoso?
¡Vale más un instante venturoso
Que siglos de dolor!
Sí; para un corazón sensible, amante
Más que una vida pesa un solo instante
De ardiente, mutuo amor.

De mutuo amor ¡oh! de ese don del cielo
Que, pobre, en la orfandad y desconsuelo
Llorando te pedí.
¡Y hoy... ¿lo recuerdas? ese sello ardiente
Que estampara el dolor sobre mi frente
Borrado fué por tí!

Hoy me hiciste feliz; ¡Dios te bendiga!
No; Dios que es justo, oh dulce y tierna amiga,
Te ha bendecido ya.
¡Ah! no esperes por hoy del vate el canto;
Que hoy solamente de su amor el llanto
Mi corazón te da.

1845.



LIBRO SÉTIMO.

EL PADRE.

I.

Á MI PRIMOGÉNITO.

¿Quién eres tú que habitas ese seno,
¡Oh criatura! á quien yo de pasmo lleno,
Bajo mi mano siento remover?
¡Tú, que en una mujer ya tienes madre,
Tú, de quien ya, feliz, me llamo padre,
Sin poderte siquiera conocer!

¿De dónde vienes? ¿sales de la nada?...
¿Hay *nada*, pues? ¿hay *cosa* así llamada?
La Nada es el no-ser; ¿puede existir?
¿Puede ser fecundada? ¿y un vacío
Inerte, mudo, tenebroso, frío,
Luz, mente, vida puede producir?

¿De dónde vienes? ¿Cómo tu progreso
Maravilloso comenzó? ¿qué es eso
Que no era ayer y es hoy? ¿qué eras ayer?
¿Qué es empezar?—¡Crepúsculo sin nombre,
En que su débil vista cansa el hombre
Buscando el paso de la nada al sér!

¿Y á dónde vas? ¿qué te reserva el mundo?
¿Ángel de luz tu espíritu fecundo
Explicará los cielos cual Newtón?
¿Ó demonio sangriento, por la tierra
El azote agitando de la guerra,
De América serás Napoleón?

¿Virgen de un ciego voto arrepentida,
Triste en el claustro pasarás tu vida
Llorando sin cesar ante la cruz?
¿Ó por la libertad de un pueblo heróico
Á un calabozo irás, mártir estóico,
Para morir sin sociedad ni luz?

¿Ó en una linda y patriarcal cabaña,
Construida á los pies de una montaña,
Al borde de un torrente bramador,
Con tus manos labrando un ancho huerto,
Solo con tu familia y el desierto,
Te hará feliz un inocente amor?

¡Oh, todo puede ser; sin duda, todo!
—¡Todo! diamante puro, sucio lodo,
Una persona, dos, varón, mujer:
Á tu madre ó á mí más parecido...
¡Ay! aún acaso sin haber vivido,
Informe monstruo, mueras al nacer.

¡Oh, todo puede ser!—Débil simiente,
En tu existencia actual, de Dios la mente
Prepara tu ignorado porvenir;
Tal como en ese vientre de antemano
La oscura cárcel preparó su mano
Do ignorado comienza tu existir.

Si de tu ser conciencia y voz tuvieras,
Yo te rogara, sí, que nos dijeras
Qué vida llevas encerrado ahí:
Tus lágrimas, tus risas, tus intentos
De escaparte, tus vagos pensamientos...
¡El hombre entero que germina en tí!

¿Tienes un alma ya?—¿Ó ese destello,
Que hace del hombre el sér aquí más bello,
Aun en su mano te lo guarda Dios?
Ó así cual una sangre os alimenta
Á tu madre y á tí, ¿su alma os alienta
Y divide su luz entre los dos?

—Así también en la paterna tumba,
Que al golpe de mi pie sorda retumba,
De mi amigo infeliz que tanto amé,
Al sagrado cadáver misterioso,
Mil veces yo, con grito doloroso,
Cuál es hoy su existencia pregunté.

Le pregunté si querubín alado,
De los más puros ángeles al lado,
Una lira pulsaba celestial;
Si de la nada estaba en el abismo;
Ó estúpido, ignorándose á sí mismo,
Cual un ojo del Sér universal.

Mas ¡ay! ¡ni de mi padre el esqueleto,
Ni de mi hijo el invisible feto,
Otra respuesta dan á mi clamor,
Debajo de mi planta ó de mi mano,
Que de la tumba el eco sordo y vano,
Ó de este seno el místico temblor!

¡No! lo que un vientre ó una tumba esconde
Á la voz de los vivos no responde;
Á otra cosa debemos preguntar:
¡De un corazón amante á la esperanza!
Que sólo un corazón que espera, alcanza
El tremendo misterio á penetrar.

—¡Oh, yo que vives, padre, espero y creo!
¡Con mi esperanza y con mi fe te veo
Ensalzando la gloria del que ES!
No aniquilado en sueño eterno y vano,
No gota absorta en lóbrego ocëano,
Sino distinto en éxtasi á sus pies.

¡Oh! ¡padre mío, de mi infancia amigo!
Que al fin también me reuniré contigo
Espero en la clemencia divinal;
Si alguna culpa expías entretanto,
Hoy, de rodillas, de mi lira al canto,
Por tí se eleva mi oración filial.

¡Y tú, pequeño sér desconocido,
Tú, dulce primogénito querido,
Tú, dulce prenda de mi dulce amor!
¡Oh! cualquiera que aquí fuere tu suerte,
Que hayas de padecer hasta tu muerte,
Ó que te aguarde el porvenir mejor;

Que hayas de ser de tu nación la gloria,
Ó que muera contigo tu memoria,
Cual muere en el desierto el aquilón...
¡De tu madre en el vientre, desde ahora,
En el nombre del Dios que mi alma adora,
Recibe mi paterna bendición!

1843.

II.

EL BAUTISMO.

Á MI SEGUNDO HIJO RECIÉN NACIDO.

I.

¡Ven, y en las vivas fuentes del bautismo
Recibe, oh niño, de cristiano el nombre;
Nombre de amor, de ciencia, de heroismo,
Que hace en la tierra un semidiós del hombre!

Los hombres que esas aguas recibieron
Con su espíritu y brazo subyugaron
La inmensa mar que audaces recorrieron,
Los mundos que tras ella adivinaron.

Potentes más que el genitor de Palas,
Al rayo señalaron su camino;
Y á los vientos alzándose sin alas,
Siguieron sin temblar su torbellino.

Ellos al Leviatán entre cadenas
Sacan de los abismos con su mano,
Y pisan con sus plantas las arenas
Del fondo de coral del Oceano.

Cristianos son los que esas formas bellas
Con que el Creador engalanó á Natura,
Obligan á vaciar sus blandas huellas
En instantánea, nítida pintura.

De un hilo con la curva retorcida
Los cabos junta de un inerte leño...
¡Y el secreto perturban de la vida,
Y agitan al cadáver en su sueño!

Y tú también, eras también cristiano,
Tú que dijiste, contemplando el cielo:
«¡Ya mis ojos no alcanzan, pobre anciano;
Yo rasgaré del firmamento el velo!»

Y en el aire elevando dos cristales,
Vuelta á Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos.

Y era cristiano aquel que meditando
En el retiro de modesta estanza,
Sin afán, sin error, pesó, jugando,
Los planetas y el sol en su balanza.

II.

¡Oh prenda de mi amor, dulce hijo mío!
Cuando en edad y para bien crecieres,
(Y en el gran Padre Universal confío
Vivirás para el bien lo que vivieres);

Serio entonces quizá, meditabundo,
De ardor, de ciencia y juventud llevado,
Quieras curioso, visitando el mundo,
Juzgar lo que los hombres han fundado.

Conocerás entonces por tí mismo,
Verán tus ojos, palparán tus manos,
Lo que puede el milagro del bautismo
En los que el nombre llevan de cristianos.

Sí; do naciones prósperas hallares,
Sujetas sólo á moderadas leyes
Que formaron Senados populares,
Y que obligan á súbditos y á reyes:

Do al hombre vieres respetar al hombre,
Y á la mujer como á su igual tratada,
Modesta y libre, sin que al pueblo asombre
Viva fiel sin vivir esclavizada:

Do vieres generosos misioneros,
Sin temor de peligros ni de ultrajes,
Abandonar la Patria placenteros
Para llevar la luz á los salvajes:

Do vislumbrares púdicas doncellas,
De obscuro hospicio entre las sombras vagas,
Curando activas con sus manos bellas
De los leprosos las hediondas llagas:

Do puedas admirar instituciones
Que abrigan al inválido, al desnudo,
Que amansan al demente sin prisiones,
Que hacen al ciego ver, y hablar al mudo:

Do vieres protegido al inocente,
Castigado al perverso con cariño,
Respetado al anciano inteligente,
Asegurado el porvenir del niño:

Allí do hallares libertad y ciencia,
Misericordia, caridad, justicia,
Dominando del pueblo la conciencia,
De la industria calmando la codicia:

Allí do respetándose á sí mismo
Vieres al hombre amar á sus hermanos,
Podrás clamar: «¡Honor al cristianismo,
Que estos no pueden ser sino cristianos!»

III.

¡Esos serán cristianos! herederos
De la virtud y del antiguo nombre
De aquellos doce pobres, compañeros
Del que se hizo llamar Hijo del Hombre;

De Aquél que en un establo fué nacido,
De un artesano en el taller criado,
De los grandes del mundo perseguido,
Y al fin cual un ladrón crucificado;

Que nada de su mano que se lea
Nos dejó, ni viajó por las naciones;
Y adolescente al pueblo de Judea
Dió tres años no más sus instruc ciones;

Y cuyo Verbo empero más fecundo
Fué que el cetro y la espada de los Reyes:
¡Con los siglos creció, renovó el mundo,
Cambió costumbres, religiones, leyes!

1845.





APÉNDICES.

(la primera que se hace en España de las composiciones métricas del ilustre *Granadino*) sale ampliada y enriquecida.

A los afectuosos homenajes dedicados á la memoria del poeta por el finado Sr. Madrid, austero repúblico y estadista eminente, y por el Sr. Ortiz, insigne poeta y apologista católico; á tales páginas elocuentes, elegidas como lo más apropiado que hallarse pudiera, para servir de introducción á este tomo de poesías, parece que no debiera mezclarse ninguna advertencia, dado que ellas dicen cuanto pide la justicia y dicta la admiración.—La necesidad, empero, de enterar á los lectores de algunos antecedentes, ha hecho preciso que se inserten algunas breves líneas al frente de este suplemento.

***

Escribió Caro el poema Lara en los años de 1834-1835. Tan poco aprecio debió de hacer de este trabajo suyo, que ni de coleccionarlo cuidó, ni siquiera de conservarlo. Por este motivo no faltará acaso quien juzgue que más valiera no publicar los fragmentos que de él han podido recogerse; pero habiendo visto ya la

luz el canto I en 1857, lo mejor ahora será indicar el argumento, hasta hoy ignorado, de este ensayo juvenil, apuntando juntamente las circunstancias que han de granjearle indulgente acogida.

Véase, en resumen, el plan de esta composición, trazado en 1834:

I.

EL JURAMENTO.

Lara, fiero y sombrío pirata, revela á su hermano Alonso, tierno y generoso mancebo, el nombre del matador de su padre. Oblígale á conjurarse en los proyectos que medita para tomar venganza de Mendoza (ó Laso), Gobernador de la isla de **.

II.

EL ASALTO.

Lara y Alonso se dan á la vela. Lara asalta la plaza fuerte que guarecía al Gobernador. Huye éste, ó finge huir. Síguele Lara por falsas señas, y le busca en un vasto subterráneo. Rehace el Gobernador sus fuerzas, y destroza á los filibusteros.

III.

LA TEMPESTAD.

Alonso había desembarcado en la isla por otra parte. Padece recia tormenta que dispersa sus tropas. Tratando de hallar abrigo confíase á un pastor viejo, que buscaba á un hijo suyo arrebatado por la tempestad.—Episodio sobre la vida campestre.—Entra por una selva, y penetrando en una cueva llega á los mismos secretos ámbitos á donde se encaminó Lara.—Descripción de aquel subterráneo.

IV.

LA VENGANZA.

Lara siente por allí pisadas; persigue, hiere al que parece huir, á tiempo que el Gobernador que viene en demanda del pirata, entra en la inmensa gruta con hombres armados y provistos de antorchas.—Fígurase Lara haber oído en el estertor de un moribundo la voz de Alonso; reconoce el cadáver de su infeliz hermano. Desesperado revuélvese contra el Gobernador, y acierta á darle la muerte. Cercado de enemigos, cae de rodi-

llas, saca una daga y traspásase el corazón, clamando:

Muero dichoso, pues vengado muero.

Fuera de los personajes dichos, figuraban otros secundarios en el poema.

Las expediciones y aventuras de los Bucaneros, no tan desaprovechadas para las letras que no hayan dado materia, en los últimos años, á algunas obras de ficción (1), á nuestro joven estudiante de diez y siete años sugirieron meramente un simulacro de argumento, un pretexto para ejercitarse en el arte de narrar y describir en verso.

Poco más adelante dedicábase CARO á serios estudios de matemáticas, de filosofía y jurisprudencia; el romanticismo, por entonces avasallador, le envolvió también en sus corrientes; de los poetas ingleses llegó á decir que habían sido para él revelación feliz de nuevas fuentes de poesía. Con este variado alimento robustecióse la inteligencia del poeta, el cual, renunciando á prestadas galas, formóse luego aquel estilo enteramente suyo que con tanta seguridad y tanto brío campea en *La Bendición Nup-*

(1) PAUL DUPLESSIS, *Les Boucaniers;* EMMANUEL GONZALEZ, *Les Frères de la Côte;* DE LA LANDELLE, *Les Flibustiers.*—Sobre el origen de los Bucaneros, véase la *Historia de Santo Domingo* por el P. CHARLEVOIX, libro VII.

cial, *La lágrima de felicidad*, *Á mi primogénito*, *La Libertad y el Socialismo*.

Mas en 1834 (fecha de las más antiguas poesías de esta colección), CARO, con entusiasmo de estudiante que confunde en un mismo objeto de adoración las primeras lecturas poéticas y la poesía misma, deleitábase con los versos de los escritores neo-clásicos que florecieron desde Meléndez hasta la introducción del romanticismo en España. Repetía de coro las odas de Moratín y de Quintana, la *Inocencia perdida* de Reinoso. Su autor predilecto era Martínez de la Rosa: ¡con qué placer recitaba (según lo recuerdan sus amigos) escenas enteras de *Edipo*, y especialmente aquel pasaje:

¿Quién me dijera á mí cuando su muerte
Con lágrimas de sangre lamentaba,
Y una y mil veces por salvar su vida
Mi vida con placer sacrificara;
Quién me dijera á mí (1)...

En *El Ciprés y Desesperación*, en una traducción que también por entonces hizo nuestro

(1) Véanse, en *Lara*, reminiscencias de este giro de expresión:

¡Cuándo pensara, al trasponer los mares
Al arrostrar por él la misma suerte,
Y por unir la suya con mi suerte
Abandonaba los paternos lares!
¡Cuándo pensara...

poeta del *Tancredo* de Voltaire, y en *Lara*, se advierte la influencia del estilo y dialecto del autor de los poemas *Zaragoza* y la *Poética*, y de la ya mencionada, y otras tragedias clásicas [1]. Bajo esta forma literaria imitada palpitan ya en las primeras poesías líricas de CARO, y sacan á salvo su mérito original, sentimientos personales y verdaderos, que no cuadran con el argumento fantástico de *Lara*, y que sólo por accidente asoman alguna vez en este poema [2], y eso merced al exceso de lirismo que se nota en el desempeño del asunto.

Por manera que los fragmentos de *Lara ó los Bucaneros* han de recibirse y juzgarse cuales son ni más ni menos: como ejercicios de versificación, muy felices ciertamente, por la sonoridad y pompa de dicción y de rima, y en todo acomodados al ideal rítmico de los más insignes poetas españoles de fines del anterior siglo y de principios del nuestro.

(1) En *La nueva Babel*, oda excesivamente declamatoria, y en *La Tempestad* (*Lara*, canto II), hay también imitaciones de Olmedo.

(2) «Tal suele el árbol funeral, alzando
Entre las tumbas la verdosa frente
Indicar del sepulcro venerando
La obscura senda al huérfano inocente...»

***

Muy pocas palabras debemos añadir aquí relativamente á las otras piezas que han entrado en los *Apéndices*.

CARO algunas veces bosquejaba primero en prosa los argumentos que se proponía tratar en verso: sus poesías eran en esos casos obra reflexiva, fieles traducciones de pensamientos meditados y escogidos (1). En uno de estos esbozos, que ahora por primera vez sale á luz, hallarán los lectores el plan completo de la composición *La Gloria y la Poesía*, que en la colección de versos quedó truncada; y cotejando las estrofas 3.ª, 4.ª y 5.ª con la primitiva redacción prosáica, advertirán la forma exacta y concisa de la refundición poética.

La carta sobre *la frivolidad* pudo haberse llevado á otro tomo de las obras de CARO; pero ha parecido conveniente anticiparla al lector de esta sección poética, y aun al frente de ella po-

(1) De la valiente oda *La Libertad y el Socialismo* decía el autor en carta á su esposa: «Ahora te los incluyo (aquellos versos). Yo creo que es la mejor composición que he hecho en toda mi vida. *Es el artículo que publiqué en «La República» puesto en verso, con muchas de las ideas que había expresado en La Civilización.*»

dría sin impropiedad haberse estampado, puesto caso que en este valioso documento literario (amén de estar dirigido á otro poeta célebre) consignó el autor sus opiniones sobre poesía lírica. Con tal energía se pronuncia CARO en esta carta contra la ficción literaria, que parece á primera vista abogar contra el gremio de los poetas, negándoles el decantado privilegio *quidlibet audendi;* y no faltarán quienes gradúen de exagerada é injusta su teoría por la severidad que excluye toda ficción. Para fijar el punto debiérase determinar el sentido algo vago é incierto del término *ficción*. Si bajo esta denominación se comprende el poder de salir del cerco individual, de identificarnos con los demás hombres, de sentir y hablar con ellos en circunstancias diferentes, esta especie de ficción (ó para decirlo con más propiedad, esta poderosa facultad transmigrativa) es altamente poética, y no dramática únicamente. Los soliloquios shakesperianos, *La Cautiva* de Chénier, *El Pirata* de Espronceda, *El último Inca* de nuestro poeta, son legítimos rasgos de poesía lírica. Pero si por ficción se entiende artificio, falsedad y mentira, CARO está en lo firme, y en sus poesías practicó lo que en su carta *sobre la frivolidad* le vemos profesar. Nadie ha sido más fiel á la verdad de los sentimientos; nadie ha trazado su propia íntima historia con más fuer-

za y vehemencia; nadie ha arrancado de la raíz del alma voces más vivas y enérgicas, que este gran poeta de nuestra lengua y de nuestra raza, por él con ufanía reconocida cuando dijo:

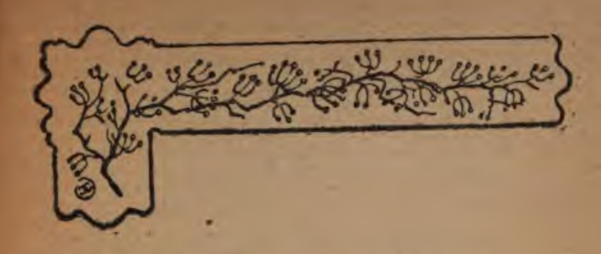
¡Oh, la veré; mi amor diréle intenso!
¡Aquel amor fogoso, extraño, inmenso,
Que hace bullir mi sangre de español!



I.

LARA.

[illegible]



LARA Ó LOS BUCANEROS.

CANTO I.

EL JURAMENTO.

Ya en ocio vil, en blanda paz yacían
Los piratas de América afamados;
Y allá en Tortuga reforzar hacían
Los duros miembros de vencer cansados;
Y el hispano orgulloso
Creyóse salvo; y de soberbia lleno,
Del piélago espacioso
Surcó triunfante el solitario seno...
¡Calma mentida, pérfido reposo,
Como el silencio precursor del trueno!

¡Sí, sí! rugiendo de furor temblando,
La tierra con las garras escarbando,
El ibero león, desde su gruta,
Pronto del mar á los feroces hijos

Levantarse verá: verá de escombros
Y de humosas cenizas circundado
Á Lara: lo verá terrible y fiero,
Fulminando en la diestra el crudo acero,
Á su patria mover horrible guerra,
Llevar la muerte á sus paternos lares,
De tibia sangre enrojecer los mares,
Ruinar los pueblos, espantar la tierra.

Lo verá; y entre tanto
Que las locas ciudades
La risa truequen en acerbo llanto,
La muchedumbre bárbara se entrega
Á belicosos juegos y ejercicios
Con profundo clamor que al cielo llega;
Y de la tierra, al imprimir la planta,
Hacen temblar los inmortales quicios.
¿Los veis? Los unos á la ardiente arena
En inmenso tropel se precipitan;
El ronco estruendo con que el aire agitan
Del horizonte en el confín resuena:
Lanzan al mar las nítidas piraguas;
Suben en ellas con veloce salto;
Y discurriendo por el ponto alto,
Las redes sueltan á las turbias aguas.
Ved de fusil armados á los otros,
Por el llano vagar y bosque umbrío;
Salvar el hondo río,
El rápido torrente;

Y á la corza inocente
Dar cruda muerte con placer impío.
Cuál la espalda oprimiendo
Del bridón impaciente,
Empuña la azagaya;
Y rápida vibrándola en los aires,
Persigue al jabalí por monte y playa:
Cuál al blanco lejano
Lanza saetas con segura mano:
Cuál con tenaz porfía
Aguza el hierro insano
Aún tinto en sangre del valiente hispano.

¿Mas quién aquél que en el semblante bello,
Bajo un toldo de frescos naranjales,
Muestra esculpido en rasgos celestiales
De vida, amor y juventud el sello?
¿Quién es? ¿quién es? El Angel de la risa
Mora en sus labios: en su seno blando
La sacra antorcha sumergió natura;
Y en fúlgido destello
Desde el cielo bajando,
Cual amorosa madre,
En la frente lo besa la hermosura.

¡Mísero Alonso! La fatal cuchilla,
Pendiente de un cabello,
¿No miras, no, que con agudo filo
Amenaza segar tu tierno cuello?

¿La ves, la ves que por los aires brilla?
¡Ay! sereno, tranquilo,
No el fiero amago esquiva, y se abandona
Á su inocencia, cual seguro asilo.
Vedlo, vedlo á las cándidas palomas
Tender ocultas ligas: arrastradas
Por el cebo engañoso,
Incautas de una en una van cayendo
En el lazo nudoso;
Mientras burlón, con juego malicioso,
Alonso ríe su desgracia viendo.

En tanto el sol en los inmensos mares
Lentamente su disco sepultaba;
Y de las altas palmas y olivares
Sobre las verdes frentes
Su prolongado rayo reclinaba.
Los gruesos torreones,
Las cúpulas, y almenas
Del castillo lejano, al esconderse,
Con apagada luz doraba apenas.
Húndese al fin tras las remotas aguas;
Callan los vientos; fúnebres alfombras
Cubren el suelo; y ya de las piraguas
El canto, que á lo lejos se retira,
No se oye casi, y piérdese en las sombras.
Tras los opuestos montes su diadema
La luna paso á paso descubría,
Y su fulgor por los callados bosques

Melancólica y pálida extendía:
Así se ve tal vez en las tinieblas
Lámpara sepulcral, iluminando
De los difuntos la mansión sombría.
Auméntase el horror: de cuando en cuando
Brilla fugaz relámpago á lo lejos;
Crece el silencio; y de las roncas ondas
Sólo el rumor Alonso está escuchando.
Del seno de las selvas despedido
De improviso su oído
Un alto grito, un grito horrible hiere:
Alonso se estremece; pavorosas
Fíjanse sus miradas vagarosas;
Y entre sus labios todo acento muere.
Detiene el respirar... atento escucha...
Mas nada se oye: el lóbrego silencio
Su horror de nuevo extiende tremebundo;
Todo en letargo está; todo en reposo;
Y la mano del sueño ponderoso
Pesa ya sobre el mundo.

No de otra suerte, en tempestad nocturna,
Cuando á los hombres turba en sus hogares
Del ronco bronce el lúgubre retumbo,
Que se prolonga en medio de los mares,
Un pueblo entero á la desierta playa
Despavorido agólpase á torrentes;
Oyense entre las sombras sus pisadas
Ir y venir, cruzarse y confundirse;

Todos hablan, y míranse bullirse,
Meciéndose en inmensas oleadas.
Mudo el cañón está... ya de la nave
Ni aun las trémulas lámparas relumbran...
El trueno sólo por las nubes rueda,
Los rayos sólo el Oceano alumbran...
Súbito un grito encima de las ondas
Levántase á lo lejos, y en las aguas
Á sepultarse torna... La tormenta
Las alas pliega; de la blanda aurora
La luz de rosa ya los cielos dora;
Y del viejo Oceano
Ya apenas zumba en el confín profundo
La sorda voz del huracán lejano.

Así, cual ese grito postrimero
Del náufrago, aquel grito
Que Alonso oyó, con son tremendo y fiero
Vaga de circuíto en circuíto:
Y calla, calla el eco; triste el bosque
Sobre su frente las espesas ramas
De horror eriza; y con obscura mano
La noche oculta sus celestes llamas.

Trémulo de pavor, desatentado,
Mueve Alonso por fin la planta incierta;
La espalda vuelve á la ribera muerta;
Y aléjase del mar alborotado.
Por la usada vereda, que en el bosque

Penetra serpeando, raudo y suelto
Corre el mancebo; de terror envuelto
Se precipita hacia el castillo; el rostro
Contino vuelve atrás: del viento manso
El sesgo son; sus silbos, sus suspiros,
Que huyendo van, ó con pacibles giros
Por la profunda selva se adelantan,
Del tierno mozo el corazón espantan.

De improviso en su rápida carrera
Suspéndese, vacila, y al fin cae;
Cae... y la luna descorriendo el velo
De opacas nubes que su faz cubría,
Entre la ciega noche
Descúbrese en el cielo;
Y pálida, sangrienta
Reluce apenas por la tierra fría.
Ve Alonso por el suelo
Yacer tendido un cuerpo inanimado;
Y al tremendo espectáculo horroroso,
Tiembla, pierde el color el rostro hermoso,
Y por las venas siente un mortal hielo.
Lara... su hermano... su querido hermano...
¡Él es, él es!... el mismo rostro fiero,
Amenazante... la robusta mano
Empuña aún el formidable acero...
Herido el pecho de dolor insano,
«¡Lara, querido Lara!» Alonso exclama,
«¿Callas? ¿No me respondes?...

¡Es tu hermano, es Alonso quien te llama!»
Así llorando clama;
Y solamente los lejanos ecos,
De los cóncavos montes
Repiten *¡Lara!* en los profundos huecos.
¿Qué hará en tan duro caso?
¿Dejará el cuerpo fraternal tendido
En la desnuda arena?...
¿Demandará favor? ¿Y á quién?... El bosque
Ya confuso resuena
Del inhumano tigre al sordo paso...
Resuélvese por último: vertiendo
Largo llanto, reclina
Sobre los flacos hombros
El grave peso que su cuello inclina:
Parte al fin paso á paso; y el castillo,
Que como negro punto se levanta
Del monte en la alta cumbre,
De Alonso guía la agobiada planta.

Tal suele el árbol funeral, alzando
Entre las tumbas la verdosa frente,
Indicar del sepulcro venerando
La oscura senda al huérfano inocente,
Que en desamparo y triste desconsuelo,
Desechado de todos en la tierra,
Viene á llorar sobre el humilde suelo
Que la ceniza paternal encierra.

Así subiendo con la inmensa carga
Alonso va por el sendero ardüo;
Con recio nudo la mortal congoja
Dentro del pecho el respirar le embarga:
De sudor frío hasta los pies bañado,
Del suelo apenas alza las rodillas;
Y ya rendido al peso, estenüado,
Los ojos cierra, de agonía gime,
Abre los brazos, por la tierra cae;
Y de Alonso ¡ay! el rostro delicado
Contra las piedras un hermano oprime.

Así el divino Ganges ve en su orilla
Á la gran fiera semejante á un monte
Luchar con el feroz rinoceronte:
El animal del asta retorcida
Arrójase furioso á su enemigo,
Bajo él se pone, la cerviz abaja,
Y alzándose con ímpetu del suelo,
Abre su vientre, arráncale la vida,
Y ufano ya de la victoria habida,
Sobre su frente lo levanta al cielo.
Tremendo muge el monstruo traspasado,
En los aires suspenso: en breve, en breve
Lanza el postrer bramido prolongado,
Con que el eco á lo lejos se conmueve:
La sangre á mares llueve,
Con las ondas se mezcla, el suelo riega;
Y al matador, que en vano se remueve,

Inunda la cerviz, los ojos ciega.
La luz súbito escápasele de ellos,
Cual ráfaga vivísima: la carga
Aun sobre el cuello pertinaz sustenta;
Mas ya la muerte, silenciosa y lenta,
Adelántase, llega, extiende el brazo,
Tócalo; y confundido,
Rodando se derrumba
El vencedor debajo del vencido.
Al golpe el monte cóncavo retumba;
Gime el valle profundo, el bosque umbrío;
Y lejos de su orilla profanada,
Huye veloz el espantado río.

Así Lara y Alonso se desploman:
Y la luna su carro arrebatando
Del cielo en las inmensas soledades
Íbase en occidente sepultando;
Cuando el Arcángel que la lumbre guía,
Con la diestra de rosas salpicada,
Sobre el monte de oriente levantada,
El estandarte tremoló del día;
Y la siniestra en el abismo hundiendo
De él al sol arrancaba,
Que de luz entre un piélago saliendo,
Al gran ojo de Dios se asemejaba.
El astro, padre de los nobles Incas,
Torrentes de esplendor ya al mundo lanza;
Contino va subiendo,

Contino va su disco reduciendo,
Y á la mitad del firmamento alcanza.
Allí el gigante el ímpetu suspende
Con que discurre su triunfal carrera;
Allí los brazos por el cielo extiende,
Cual si el espacio mensurar quisiera;
Allí, los pies de oro separados,
Sumerge el uno entre las ondas bellas;
Las selvas y los montes apartados
Sienten del otro las ardientes huellas.
Las siente Alonso en su estupor profundo;
Su almo influjo recibe;
Y de nuevo á la luz, de nuevo al mundo
Poco á poco revive.
Abre el cansado párpado, y en torno
Los tristes ojos rueda,
Sin que los sitios donde está tendido
Reconocer aún pueda.
Álzase en pie, contempla el sol, los cielos;
Y cual un sueño pérfido y mentido,
Recuerda al fin el espantoso caso;
Mas aun el cuello siente dolorido,
Aun de fatiga está cansado y laso:
No es sueño, no; que apenas mover puede
El vacilante, mal seguro paso.

Lanzando entonces del sensible pecho
Un profundo gemido,
¿Es cierto? exclama: y vuélvese á su hermano,

Á su hermano querido,
Creyendo que á su lado le encontrara;
Mas el tremendo Lara
Ha desaparecido...

Atónito, pasmado
El mísero mancebo
Siéntase sobre el tronco
De un árbol, bajo el hacha derribado;
Y en su angustiada mente
Mil confusos presagios entreviendo,
Con la sien en la mano reclinada,
La faz mostraba en lágrimas bañada.
Mas indignado alzándose de pronto:
«Es cierto, es cierto, sí; lo dudo en vano.
¡Cuándo pensara al trasponer los mares;
Al arrostrar por él la misma muerte;
Y por unir la suya con mi suerte,
Abandonaba los paternos lares!
¡Cuándo pensara que en la noche expuesto
Á las fieras aquí me dejaría;
Y que un hermano... él... Lara... pudiera
Así mi amor recompensar un día!
¡Mas no escucharlo de mi boca esperes;
Yo el labio sellaré; yo de tu injusta
Ingratitud me quejaré tan solo
Cuando la vida despedir me vieres!»

Dice, y con ademán triste, abatido,

De la montaña á la cimera sube.
Del lóbrego castillo
Halla las anchas puertas
De par en par abiertas;
Silencio, soledad majestüosa
Reinan en la morada pavorosa;
Y las oscuras, cóncavas techumbres,
De maderos fortísimos trabadas,
Sordas retumban con rumor confuso
Al escuhar de Alonso las pisadas.

Mas al cruzar las salas dilatadas,
Un débil resplandor, allá en lö hondo
Del tenebroso fondo,
Divisa apenas; duda, se detiene;
Lo mira otra vez y otra; se adelanta
Al fin con lento paso y quieta planta,
Á la cerrada misteriosa puerta
Do brillar ve la claridad incierta;
Y contra las angostas aberturas
Los inmóviles ojos allegando,
De asombro y terror lleno,
Alcanza á ver al formidable Lara
De aquella estancia en el profundo seno.
Una pálida lámpara ilumina
Con luz de sangre los opacos muros;
Sobre un ara enlutada
Con un fúnebre velo,
Unä urna de plata está asentada;

Y encima, atravesada,
Del hermano de Alonso
Brillar se mira la fulgente espada.

Y sobre aquel acero,
Ante el cual tantas veces se postraron
Las largas crines del león ibero,
Extendida la diestra formidable,
Lara así grita con acento fiero:
«¡Lo juro, caro padre, sí, lo juro!
Y si tu sombra cárdena se lanza
Desde los senos del sepulcro obscuro
Al triste mundo á demandar venganza;
Si del horror armado de la noche,
Al hijo espantas que por tí suspira,
Y vienes á ordenarme tremebundo
Blandir el hierro, y descargar lä ira;
No en vano será, no: yo el crudo brazo,
Cubierto con tu amparo y patrocinio,
Fulminaré; yo al matador infame
¡Juro llevar la muerte y exterminio!»

Clamaba insano; y al fulgor de muerte
Que la lámpara triste despedía,
La negra sombra del feroz pirata
Escondida en el muro se veía;
Cual si viniese al lúgubre aposento,
Evocada del hondo del abismo,
Á escuchar el tremendo juramento.

Mas calla el adalid; súbito apaga
La antorcha funeral; lóbregas nieblas
El ara aprietan; y la gran fantasma
Huye de pronto al reino de tinieblas.

¿Y Alonso, Alonso?... De pavor cubierto,
Lejos también huyó: confuso, incierto,
Patios, salas, desiertas galerías,
Cruzó veloz; y de fatiga lleno
Divisó al fin la puerta de su estancia;
Lanzóse á ella, y se encerró en su seno:
Allí, ya más tranquilo respirando,
Volver sentía el fatigado aliento;
Y de un recuerdo en otro repasando,
Correr dejaba el ágil pensamiento:
Aún á su hermano exánime creía
Ante sus ojos ver; aún en su mente,
Cual un continuo retintín, de Lara
El hondo acento resonando oía.

Mas si adelante penetrar osaba
En aquel laberinto de misterios,
Confusa su razón se extraviaba.
¿Por qué yacer en medio de las selvas
Inanimado Lara? ¿Y el acero
Por qué en su fuerte mano? ¿Por ventura
Un cobarde enemigo?... ¡No! Sin sangre
Su espada se encontraba y vestidura.
¿Y aquel negro aposento?

¿Y aquella tristë ara?
¿Y aquel gran juramento,
Que cual la hórrida voz del terremoto,
Tronó en los labios del insano Lara?

Todo es misterio y confusión: de Alonso
En esa estancia pavorosa, nunca
La planta penetró; jamás los goznes
De sus fuertes quiciales
Oyó sonar: el polvo de los años
Cumulábase intacto en sus umbrales...
¡Borrarlo sólo por jurar venganza!...
¡Venganza!... ¿Mas de quién?... El parricida
Que de Alonso y su hermano
Hizo por siempre huérfana la vida;
El que en profundo, impenetrable arcano
Sepultando su nombre de delito,
Supo escapar de la terrible mano
Del fiero Lara; ¿por acaso ahora
Se habrá dejado conocer? ¿Y cómo
Lara podido descubrir había
El nombre vil?... Alonso lo ignoraba;
Y mientras más en ello meditaba
Más y más su razón se obscurecía.
Tormentábale aún, cuando improviso
La cerviz alza, el respirar detiene,
Quédase inmóvil... Un rumor confuso
Oye de lejos, á su estancia viene;
Ya de instante en instante

Creciendo va; como el fatal rüido
Que hace temblar al indio pavorido,
Cuando en el fondo de las selvas hoscas,
La horrísona serpiente
Por tierra arrastra sus horrendas roscas.

Tal se oye por la larga galería
Que de la estancia con el muro corre
Aproximarse aquel rumor... son pasos...
Sordos se acercan... con violento empuje
De súbito la puerta sacudida,
Triste rechina, y estridente cruje.
Lánzase Alonso, y ábrela... Por ella
El pie de un hombre arrójase adelante:
¡Lara!... En el quicio al estampar su huella,
Sube al dintel su frente de jigante.

¿Callas, Alonso, callas? ¿Te suspendes?
¿Ves acaso un espectro? ¿No es tu hermano?
¿No es Lara?... ¡No! con espantoso brillo,
Entre los ojos del feroz caudillo
De los hijos del mar, pálida llama
Relumbra sin parar, cual las inquietas
Lenguas de fuego, que en la ciega noche
La eternidad sobre el sepulcro inflama:
De su ancha frente contra el punto mismo
Sus borrascosas cejas
Bajan rodando y ciérranse, cual suelen
Las tenebrosas puertas del abismo:

Cual la comba del lóbrego oceano,
Hínchase y mengua su espacioso seno,
Dentro rodando con rumor de trueno
En remolino un borbollar lejano;
Tal en los pueblos sublevados brama
El eco sordo; tal, entre los troncos
De los espesos árboles, retumba
El estruendo del ronco Tequendama.

«¡Lara!... ¡Cielos, qué horror!» Alonso grita,
Fijos en él los ojos espantados,
Trémulo ya, y en palidez marchita
Los bellos labios y la faz bañados.
«¡Tiemblas!...» esclama con feroz acento
Y sonrisa de muerte el fiero hermano;
«¡No tiembles! ¡Mira!»—Y la cabeza alzaba
De un esqueleto su tremenda mano.
Y Alonso inmóvil, mudo continuaba...
—«Entiendo... ¿Y qué, no la conoces hora!
¡No la conoces! ¡Á esta misma hora
Tu boca en ella un tiempo se estampaba!

ALONSO.

—¡Yo!...

LARA.

—Tú.

ALONSO.

—¿Pues quién?...

LARA.

—Sabráslo.

ALONSO.

—¿Cuándo?

LARA.

—Al punto.

¡En este instante!

ALONSO.

Dí: ya te oigo.

LARA.

Espera;

No mucho aguardarás.»

—Y el grave hierro

Desnudando, con ímpetu lo clava
De punta en tierra; y en la cruz de oro
La amarilla cerviz enreda y traba.
Vióse un instante el hórrido trofeo,
Vibrando, estremeciéndose, en el aire
Destemplado sonar cual roto casco,
Con estrépito y tétrico traqueo.
Al triste són, su cabellera Alonso
Erizarse sintió... turbión obscuro
Sus ojos ofuscar... tendió las manos,
Y andando á tientas se apoyó en el muro.

Como entre un sueño, lejos escuchaba
La voz de Lara:—«¿No lo ves? Alonso,
¿No lo ves? ¿No lo ves? ¡Míralo, y jura,
Jura vengarlo!»
—Y por el brazo asiendo
Al atónito hermano, hacia la espada
Lo arrastra, y grita con bramar tremendo:—
«¡Júralo!

ALONSO.

—¿Qué?

LARA.

—¡Vengarlo!

ALONSO.

—¿Á quién?...

LARA.

—¿Acaso
No lo escuchaste ya?... Jura á tu padre
Vengar...

ALONSO.

—¡Mi padre!...

LARA.

—Sí.

ALONSO.

—¿De quién?

LARA.

—De Laso.

ALONSO.

—¡Laso! ¿Y Laso quién es?...

LARA.

—Su parricida.

ALONSO.

—¿Y cómo, do supiste?...

LARA.

—¡Ten el labio!...
—¡Tú!... ¡saberlo!... ¡jamás!...

ALONSO.

—¿No?

LARA.

—¡Nunca! ¡nadie!...

ALONSO.

—¿Y puedo?...

LARA.

—¡Jura!

ALONSO.

—No: si yo venganza,
Y sangre, y odio eterno, y muerte juro
Á un inocente acaso; si mi lanza
Debe su pecho abrir; antes seguro
Yo de tí quiero estar; antes...

LARA.

—¡No, nunca
Lo sabrás! Jura... ¿Qué aprovecha?... Vano
Todo, todo será... Jura...»
—Y Alonso
Aún se negaba al juramento insano...
Su disco el sol en occidente hundía;
Y por la reja que á los mares daba
Su tibio soplo entraba
Y en el opuesto muro se encendía:
Á su sangrienta lumbre, las heladas
Cuencas profundas de la muerte Alonso
Ve que se animan; y hórridas ardiendo,
Clavan en él sus pálidas miradas.

Temblando, inquieto, acongojado, el joven
Llamar quisiera á Lara,
Apretarse con él, salir huyendo...
Empero nada del prodigio horrendo
Osa decirle, y calla...
Mas la ira
Sobre el feroz pirata
Ya en los aires estira
Su grave azote; agítalo; y de pronto
Con ímpetu furioso lo desata.
Al duro golpe que su espalda hiere,
Tremendo brama el hórrido gigante;
Muerde sus labios; y con voz tonante
«¡Jura ya!» grita: ¡jura!... «¡El sol ya muere!

ALONSO.

—No; yo no juro...
—¡Jurarás!» retumba
Tras el mancebo con profundo acento
Una voz sorda, cual nocturno viento,
Ó como el eco de la opaca tumba.
Vuelve la vista Alonso; y con espanto
A lo largo del muro
Alcanza á ver pasar el negro manto
De un hombre que perdióse entre lo obscuro...
Trémulo el joven corre impetüoso
Á Lara; dél se prende,

Con él se abraza; estréchalo, y ni un punto
Del brazo de su hermano se desprende.

Mas ya detrás el ¡jura! pavoroso
Otra vez se oye...

ALONSO.

—«Lara... sí lo juro...

LARA.

—Aquí... sí; de su espada
Sobre la cruz... aquí... sobre los huesos
De su propia cabeza... ¡qué vengada
Será su muerte!

ALONSO.

—Júrolo.

LARA.

—¡Y eterna
Venganza... yo contigo!»
—Dice; envuelve
En un mortuorio velo
La espantosa cerviz; del duro suelo
La espada arranca; y con pausada mano
Hundiéndola en la vaina,
Grave se aleja del confuso hermano.

1834.

LA TEMPESTAD.

FRAGMENTO DEL CANTO SEGUNDO (1).

(INÉDITO.)

¿Por qué del sol radiante
De súbito entre nubes tenebrosas
Ocúltase el semblante?
Así al astro yo he visto en occidente
Su disco de oro rápido volteando
Por el espacio vago y reluciente
Y su faz sepultando
En el confín remoto lentamente;
Hasta que al fin á un punto reducido
Se hunde veloz tras la gloriosa cima
Que á lo lejos, de nieve circuido,
En el diáfano azul yergue el Tolima.
Y la tersa laguna
Que con las nubes confundida casi,
Del horizonte el límite cerraba
Y los haces de luz reverberaba,

(1) El ms. que hemos tenido á la vista es un borrador de primera mano con enmiendas confusas. Van de cursiva dos ó tres versos que hemos introducido para llenar algunas líneas que faltaban y aun dar el sentido. Ponemos entre asteriscos los pasajes que aparecían tildados por el autor.

De pronto se obscurece
Y entre el silencio de la sombra obscura
El último fulgor desaparece (1).

¿Mas en el alto cielo,
Cuando aún no completó su combo vuelo,
Por qué sorprende al sol noche importuna?
Con alas pavorosas
La horrible obscuridad se extiende, crece,
Y el mundo entre tinieblas espantosas
Al primitivo horror volver parece.

¡Oh, cuál silbando por el bosque umbroso
El huracán con ímpetu tremendo
Hojas y troncos recio sacudiendo
La tierra barre rápido y ruidoso!
Gigante de las selvas que los golpes
De cortante segur burlado había,
Y en cuya altiva frente
La rueda de los años impotente,
Su giro igual eterna revolvía,
Hoy de los furibundos aquilones
Al rudo choque, al renovado empuje

(1) De esta perspectiva (incluso el nevado pico de Tolima) se disfruta desde *El Agua Nueva*, en la parte oriental y superior de la ciudad de Bogotá: paseo frecuentado por el autor y sus amigos en sus juveniles años. A ese punto de vista, desde el cual domina el espectador amplio y diáfano horizonte, alude el autor en *La Gloria y la Poesía* y en otros pasajes de sus composiciones en verso.

Derrumbándose bronco
Triste rechina y estridente cruje.
Rompidas sus prisiones
El cierzo frío por los montes ruge:
Ya con largos silbidos
Entre las ramas desatado muge;
Ya con sordos zumbidos
Arrastra impetüoso
Cuanto á su esfuerzo y rápida carrera
Oponerse quisiera.

*¡Ved! Mísero pastor lejos oyendo
Allá en el centro obscuro
El azotar horrendo,
Trémulo y mal seguro
Busca salud, los ojos revolviendo.
¡Ay! no es tiempo de huir; que despedido
El sañudo huracán desciende al llano,
Persíguele en su fuga, y él en vano
Precipita los pies despavorido.
Á su medrosa planta
El soplo aterrador ya se adelanta;
Cual fugitiva arista álzale al cielo;
Tórnale á despeñar al duro suelo.*

Como cóncava bomba
Que muerte y destrucción pérfida encierra,
Y reventando en enemiga tierra
Con estrago terrífico rimbomba,

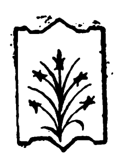
De cumbre á cumbre en eco tremebundo
Retumba el fuego con fragor profundo
Y el espanto derrama
Por los inmensos ámbitos del mundo.

*De lástima y piedad el pecho lleno
Alonso vió al pastor, salvarle anhela,
Y desalado vuela,
Y al vendaval y al trueno desafía.
¡Noble inútil porfía! *
De la preñada nube
Con horrísono estruendo
Dispárase el granizo; y resurtiendo
De nuevo al cielo estrepitoso sube.
No con mayor violencia *en otros climas*
Desátanse torrentes
Que al hondo valle ruedan agitados
De la cumbre de altísimos collados
Que en torno ciñen hielos inclementes.
¡Piedad, buen Dios, piedad! *El trueno ronc
Torna á bramar, y el rayo amenazante
Que en su lívido curso alumbra al monte,
Cruza el ancho horizonte
En giro tortuoso y ondeante.*

Cual en un terremoto
El suelo entristecido
Desigual bambolea,
Así, al sonar la voz del cielo airada,

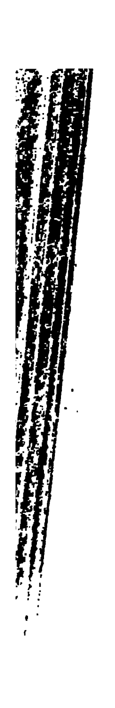
En sus quicios el orbe sacudido
Retiembla y titubea...
Y Alonso confundido
Presencia el espectáculo sublime
Que anuncia al Dios que en el empíreo mora,
Su nada reconoce, cae de hinojos,
Y elevando los ojos,
Al Sér Eterno reverente adora.

1834.



II.

LA GLORIA Y LA POESÍA.





LA GLORIA Y LA POESÍA (1).

I.

¡Oh, no deseches, mujer, al hombre que Dios te destina!
El grande amor que el corazón me enciende,
Ese grande amor que á tí misterioso me inclina,
Dios en el fondo de mi sér lo prende.
Tú, su poder terrible no sabes á cuánto se extiende,
Y tu desdén indócil no adivina
Que tu destino que de mí depende
Hacia su fin, que ignoras, envuelto en mi amor se encamina.

II.

¿No has pensado jamás de la muerte en la rápida espada
Que, hombre por hombre, al fin á todos hiere?
¿No has pensado jamás en aquella existencia que muere
Del que quedó tan fácil ignorada?

(1) Primitivo argumento íntegro de esta composición (15.ª del libro IV), que en verso quedó trunca.

¿No has pensado jamás que de nuestra existencia ignorada
Ni una noción la especie humana adquiere,
Y que do quier que nuestra planta fuere
Siempre envuelta va de Olvido, de Noche y de Nada?

III.

¡Ah! ¿Qué le importa á aquél que con alma grande ha nacido
Vivir la vida que los hombres viven?
. . . .

«Voy por primera vez—dice aquí el MS.,—á ensayar escribir en prosa lo que después de todas suertes he de poner en verso.»

¡Ah! ¿Qué le importa al hombre que ha nacido con alma grande, que ha sentido dentro de su pecho latirle el corazón con deseos de una sociedad inmensa, la sociedad del género humano,—¿qué le importa esa sociedad vulgar que los demás hombres tanto anhelan, si en ella no podrá difundir su sér como él difundirlo quisiera? ¡Ah! ¿qué le importa alcanzar durante su vida aquello que los hombres llaman felicidad, si no podrá dilatar su sér más allá del sepulcro, enloquecer con sus ideas á los hombres venideros, vivir entero en la posteridad?...

IV.

¡Oh! yo he pensado muchas veces en esto.—Una tarde, ya el sol se ponía, yo me paseaba por los montes que rodean la ciudad en que nací y de la cual nunca he salido, y pensé en la gran desgracia de pasar desconocido en vida y en muerte. Y entonces pensé en tantos esfuerzos inútiles que había hecho para engrandecer y perpetuar mi existencia...

V.

Y me acordé de mi padre, y pensé que sola su memoria existía en mí, y mi alma se entristeció... Y ví al mismo tiempo el sol que ya se ocultaba, y reflexioné que así como aquel día iba á perderse y á quedar olvidado en el transcurso infinito de los tiempos, así mi existencia, siguiendo yo la muda huella de los que me precedieron, iba pronto á morir y á confundirse, sin que nadie lo echase de ver, en el cúmulo innumerable de existencias que han sido, son y serán.

VI.

Y luego pensé que algunos hombres lograron salvarse de este abismo de olvido; que Homero, Dante, Byron, por el inmenso desenvolvimiento de sus facultades mentales, se han sobrevivido á sí mismos perpetuándose en sus ideas.—Y yo me dije: ¡Oh! ¿por qué no he de poder yo lo que ellos pudieron?—Mas luego recordé que yo había tratado muchas veces de cantar como ellos cantaron, y que siempre se resistió mi alma á sacar armonías de sí.

VII.

Era de noche. Entré á un baile y te ví. Allí te conocí entre el aroma de las flores, á la ardiente luz de las lámparas, al son de la música. Y lleneme de asombro, porque me figuré tener una idea de tí, haberte ya conocido, siendo la primera vez que te veía. Y sentí despertarse en mí facultades dormidas, y nacer en mí facultades nuevas, y oí una voz interior que me decía:—*¡Canta!*

VIII.

Y yo desperté hombre nuevo, más grande, más poderoso que nunca lo hubiera sido; capaz de cantar mis pasiones, mis sueños, mis ideas, mis desvaríos. Tu imagen entró en mi espíritu, y en él vive, le calienta, le anima. Y del fondo de mi sér brotó un canto, no sé si infernal ó celeste; —y dije enajenado entonces: *¡Ya soy poeta!*

IX.

Mas ¡ay! yo me acerqué á tí, á tí que me habías inspirado, y tus ojos me miraron con frialdad y desdén. Yo vivo á tus pies, y tú me has rechazado, me has preferido uno de esos hombres elegantes, amables... y vulgares. ¡A mí, que soy uno de esos hombres singulares que pueden preocupar su siglo;—mientras él á pocos pasos, dentro de breves días, yacerá envuelto en sombra!... ¡A mí, que ahora, en este momento,—á tí, tan hermosa, tan deificada de los que te rodean, puedo hacer vivir para siempre, echando tu nombre en el papel!...

X.

¡Oye mi último ruego! No quieras destruir tu propia obra... impulsa las facultades que ya despertaste... ¡ámame!—¡Oh, si me amaras tú! yo, genio alado, te alzaría sobre mis hombros, y te llevaría, temblando, pero salva, por cima del abismo que devora las generaciones humanas, y que en vano rugiría reclamando su presa.

XI.

¡Ah! no será. Tu desamor es invencible;—tú no quieres cumplir la misión que recibiste del cielo.... ¡Y yo debo cumplir el nuevo destino que tu desamor me impone: me alejaré de tí, y mis facultades se extinguirán, y mi lira callará para siempre!...



III.

RETOZOS DEL LEÓN.





RETOZOS DEL LEÓN.

Como nada es indiferente en los grandes hombres, y como á José Eusebio Caro —honor de Colombia, de América y de las letras castellanas, tipo nobilísimo de hidalguía y de levantado carácter—podemos dar aquel título sin escrúpulo, creo que los lectores de *La Voz de Antioquía* recibirán con mucho placer la carta siguiente que me ha dirigido mi bondadoso y respetable amigo, Doctor D. Pedro Antonio Restrepo.

Los versos de ocasión escritos por Caro, y á los que esta carta sirve de prólogo necesario, fueron hechos, por supuesto, sólo por broma, y sin la menor intención de publicarlos.

Pedro Brabo.

Mi amigo D. Pedro:

Cumplo mi promesa de darle copia de los lindos versos que mi nunca bien llorado amigo José Eusebio Caro dirigió en 1845 á nuestro paisano Juan Nepomuceno X***.

En el Congreso de 1845 solíamos perder el tiempo haciendo versos. Un día pasó X. á Caro un epitafio en versos mal zurcidos, y Caro puso debajo:

Un epitafio tuyo vi, Sempronio;
A quién se dirigiera, no me acuerdo;
Lo que sí te aconsejo es que hagas uno
Para tus propios versos.

X. se impacientó mucho con esto, y enderezó unos versos agresivos á Caro, el cual por toda respuesta puso al pie:—*¡Me doy por muerto!*

X. se ensimismó mucho con esto, y salió refiriendo el caso á cuantos encontraba, envaneciéndose porque diz que había vencido á Caro en una polémica poética.

X. llamaba á Caro *trovista*, y á él le apellidaban *Sempronio* porque en una discusión dijo una vez: «Si Ticio vende á Sempronio,» etc.

El día anterior al de los versos se desafiaron en plena sesión Julio Arboleda y Ricardo Olaechea. No paró en nada el duelo, y al otro día entraron sanos y salvos.

El día de los versos estuve con fiebre, por lo cual no pude ir á la sesión. Pregunté á Pedro Pablo Restrepo, con quien yo vivía, qué había ocurrido, y él me contestó: «Unos versos muy bonitos de CARO á X.»

Llegué á la sala al siguiente día, y dije á CARO: «¿Diz que hiciste ayer unos versos muy bonitos?» Me contestó: «Aquí en tu cajón los puse.» Los buscamos, no los encontramos y añadió: «Esos se los ha llevado *aquél*...» (señalando á X.) «¿Cómo le llaman?» — *Sempronio*, le apunté yo.

Pedro Pablo nos daba siempre un cigarro al salir de las sesiones.

A todo esto aluden los versos de Caro, que dicen así:

Nepomuceno ayer con fin dañado
Mis pobres versos quiso destruir;
¡Pero terrible chasco se ha llevado!
En mi memoria fijos han quedado,
Y cabales los voy á repetir.

Helos aquí, querido Pedro Antonio,
Idénticos, los mismos que hice ayer:
Sé que con ellos rabiará Sempronio;
Pero aunque rabie, aunque se dé al demonio,
Hoy la camorra volverá á tener.

———

Cédote el campo, ríndote las armas,
Te dije ayer y te repito hoy;
Mas hoy, Nepomuceno, al repetirlo
Te explicaré gustoso la razón.

La lucha es desigual, amigo mío:
Tú libre lidias, amarrado yo:
Haciendo prosa tú, yo haciendo versos,
Por cada golpe me devuelves dos.

Tu lenguaje lastima mis oídos;
No es turco, ni latino, ni español.
¿Quién te pudo enseñar, desventurado,
Quién *trovista* á decir por *trovador?*

Tú tocas atambor, yo toco flauta;
Redoblas tú mientras modulo yo:
¿Qué extraño, pues, que el de la flauta calle
Al ronco redoblar del atambor?

Dejemos esta lid, yo te lo ruego,
No vaya á ser que de esta discusión
Resulte un duelo tan sangriento y duro
Como el que ayer de pronto resultó

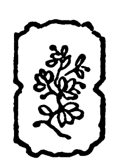
Entre dos furibundos oradores
De grande brío y quisquilloso amor,
Y que hoy vemos entrar sanos y salvos
No obstante el duelo aquel; ¡gracias á Dios!

Dejemos esta lid, yo te lo ruego;
De la lucha apaguemos el ardor
Al humo de narcóticos cigarros
Que Pedro Pablo nos dará á los dos.—J. E. C.

. . . .

PEDRO ANTONIO RESTREPO.

(*La Voz de Antioquia*, de Medellín, 16 de Noviembre de 1883.)



IV.

LA FRIVOLIDAD.





LA FRIVOLIDAD.

CARTA AL SEÑOR DON JULIO ARBOLEDA.

Nueva-York 5 de Julio de 1852.

Mi querido y pensado Julio: Varias ocasiones he tenido deseos de escribirte, pero he temido siempre confiar mis cartas á los correos de la Nueva Granada; pues acaso sabrás que tres cartas mías en el año pasado, escritas á tres personas diferentes, fueron no sólo interceptadas, sino publicadas. Aprovecho ahora la oportunidad que me ofrece el Sr. Larrañaga, que sigue para Lima el 10 del corriente.

No tengo necesidad de decirte cuáles son los sentimientos que en mi corazón han levantado tu proscripción y las persecuciones de que tú y tu digna familia habéis sido víctimas. Mi amis-

tad por tí es siempre la misma, ó más bien ha variado, porque mi estimación se ha exaltado al doble nivel de tu patriotismo y tu desgracia. Por otra parte, mi posición es muy semejante á la tuya, y mis propios sufrimientos me han ayudado á comprender mejor los tuyos (1).

En la *Revista de Ambos Mundos*, de París, se ha publicado el 15 de Mayo, por Carlos de Mazade, un artículo titulado «El socialismo en la América del Sur,» contraído especialmente á la posición de Chile y al Gobierno de la Nueva Granada. El artículo es bastante bueno; el escritor parece bien informado, y sus juicios son en general sanos y exactos, aunque de cuando en cuando se resienten de la incurable superficialidad francesa. El artículo es posterior al del Anuario, que tú has visto, según se me dice. Lo que es muy curioso en esos artículos, es el tono de escándalo con que hablan de nuestro socialismo, y el de indulgencia con que hablan del suyo, peor que el nuestro porque ha sido padre del nuestro.

Hace tiempo que tengo formada mi opinión respecto del carácter francés, y cada día me confirmo más en ella. En el carácter francés entran dos elementos preponderantes y funes-

(1) Suprimimos aqui dos párrafos que contienen apreciaciones políticas.

tísimos: frivolidad y vanidad. El francés puede ser amable, puede ser industrioso, puede ser *savant*, pero nunca llega á ser *sage*, porque siempre es frívolo, siempre está dispuesto á jugar con las cosas más serias de la vida: jamás ve la vida misma como una cosa seria. La vida doméstica para el francés puede ser dulce, jamás es santa: la vida pública para el francés jamás es el medio de asegurar ciertos medios efectivos y sólidos; para él sólo es una ocasión de cambiar nombres, de resucitar é inventar banderas, de decretar fiestas, de pasar revistas, de echar proclamas, y sobre todo de satisfacer á un tiempo su flujo de vanidad y de charlatanería haciendo discursos. Esa frivolidad lastimosa es la que les ha impedido fundar nada; nada más que anarquías transitorias y despotismos alternativos. Jamás ha habido en el mundo una nación colocada en circunstancias más felices que lo estuvo la Francia en 1848 para fundar la libertad: no había rey ni aristocracias que resistieran; la Cámara de los pares, ante el decreto del Gobierno provisional, se disolvió, sin que uno solo de sus miembros protestase contra la abolición de sus privilegios. La República anunciada por el Gobierno provisional, fué solemnemente proclamada por la Asamblea constituyente, y ni una sola voz se alzó para contradecir. La Europa monár-

quica temporizó: la alianza inglesa continuó tan firme con la Francia de 1848, como con la monarquía de 1830. Es decir, que la República francesa en realidad no tuvo enemigos de ninguna especie ni interiores ni extranjeros; no tuvo más enemigo que á sí misma: su propia impotencia y su propia frivolidad. Basta recordar lo que hicieron. Ahí están las predicaciones sociales de M. Luis Blanc en el Luxemburgo; los talleres de M. Ledru-Rollin; las poesías diplomáticas de M. de Lamartine; la Constitución de M. de Marrast; la presidencia, en fin, de un ambicioso, de un conspirador, de un hombre á quien no se alzó como hombre sino como nombre, ¿y qué nombre? el nombre de otro; ¿y de quién? ¡de un déspota! Eso fué lo que hicieron, y eso lo que fundaron, y esa la lección que dieron al mundo. Y hoy siguen hablándonos, con la misma imperturbable vanidad, de la iniciativa de la Francia, de las ideas de los franceses, de la superioridad de la civilización francesa, ¿qué se yo? *¡La France! ¡La gloire de la France! ¡Le rayonnement de la France!*

Sí, sin duda; la Francia tiene una funesta iniciativa: la del frívolo sobre el frívolo, la del charlatán sobre el ignorante. Porque la causa que ha impedido fundar la libertad en Francia, es la misma que lo ha impedido en la América del Sur: la frivolidad. La frivolidad, que hace

imposible la reflexión sobre lo presente y la previsión de lo porvenir; la frivolidad, que lleva al amor desordenado del placer, y al odio impaciente del trabajo; la frivolidad, que transportada á la política, se satisface con los nombres y olvida las cosas. Esa es nuestra enfermedad radical. Pueden observarse algunas grandes y nobles excepciones, que lejos de infirmar la regla la confirman.

La gran cuestión práctica en este punto, es la siguiente: esa frivolidad, que es indisputable, ¿es un hecho orgánico, constitucional de las razas latinas, como el color de sus cabellos, y por consiguiente una enfermedad sin esperanza, sin curación posible? ¿ó es simplemente un efecto de sus antecedentes históricos, de la educación á que han estado sometidas, llamando educación la influencia de todas las causas que han obrado por siglos sobre estas razas? Personas inteligentes y reflexivas hay que creen lo primero; yo, sin embargo, después de meditarlo, me he convencido de lo segundo. Hay muchos hechos que dan bastante luz sobre esta importantísima cuestión y que pueden servir para resolverla. En primer lugar están las grandes excepciones de que hablé arriba, excepciones que confirman el hecho general de la frivolidad céltica como hecho, pero no como principio eficiente y originario. Si en las

gentes meridionales la frivolidad proviniese de los caracteres orgánicos de la raza, esa frivolidad no podía presentar aquellas grandes excepciones, lo mismo que, valiéndome de una comparación vulgar, no las presentan los olmos, que en ningún terreno y bajo ningunas circunstancias dan peras. Si apareciese un olmo siquiera que diese peras, podría decirse que el no darlas era un hecho general en la historia natural del árbol; pero no un hecho constitutivo, independiente de toda influencia externa. En segundo lugar, tan cierto es que la frivolidad es un efecto y no una causa, que la historia demuestra que ella es un hecho moderno, producido de consiguiente por causas anteriores. Los antiguos romanos, padres de los italianos modernos, eran rapaces, conquistadores, feroces; pero no eran frívolos. Los españoles del siglo XV eran sanguinarios si se quiere, fanáticos, duros; pero tampoco eran frívolos. La frivolidad ha sido, en mi concepto, la obra lenta del despotismo y de la irreligión; del despotismo, que ha quitado á los hombres la acción, dejándoles apenas la palabra y el pensamiento; y nada hay que tanto conduzca á los hombres á la frivolidad, como charlar sobre cosas en que no tiene acción alguna; de la irreligión, que ha quitado á la vida su parte más seria: la responsabilidad de los sentimientos y el res-

peto á la virtud de la mujer. Otros hechos hay cuya maléfica influencia, aunque menos sentida, ha sido igualmente poderosa.

El abuso y el exceso de la ficción literaria, el lirismo político, la inundación de novelas de todas clases, han contribuído increiblemente á hacer frívolos á los hombres de nuestro tiempo. El que lee muchas novelas y mucha literatura, apenas lee otra cosa: lo primero, porque el tiempo del hombre es limitado; lo segundo, porque el gusto viciado por lecturas excitantes, quita el gusto de las lecturas calmantes y sanas. Así el exceso de las lecturas frívolas por una parte, y la falta de lecturas serias por otra, han contribuído de un modo prodigioso á hacer frívola la vida, frívola la conducta, frívolos los sentimientos y frívolas las ideas. Por otra parte, la raza anglo-sajona, que es sin duda la más seria que hoy existe, presenta excepciones numerosas que demuestran igualmente ser el régimen y la educación, y no la raza, quien mejora ó vicia el carácter de los pueblos. Uno de los rasgos distintivos de los anglo-sajones es la severidad de su vida moral y religiosa; así los católicos como los protestantes tratan seriamente de alimentarse con la doctrina de Cristo, y hacen serios estudios de libros sanos y profundos. Pues bien; cuando estas lecturas se sustituyen con novelas, los resultados

son los mismos que entre nosotros: frivolidad y vanidad. Muchas damiselas de Nueva-York presentan bajo este aspecto una semejanza notable con las francesas, y un contraste aún más notable con la gran mayoría de sus paisanas. Lo mismo se observa en Inglaterra. Ahora bien; esta detestable inundación de novelas, es un fenómeno moderno, modernísimo. En el siglo pasado apenas había otras novelas que el Quijote, Gil Blas, y las novelas de Richardson y Fielding, que no todos leían, para no hablar de la Casandra y del Gran Ciro. El fervor romántico es de este siglo y de ayer. Walter Scott le dió impulso; pero son los franceses los que verdaderamente lo han propagado, viciando más y más su carácter. Víctor Hugo, Eugenio Sué, Federico Soulié, la Jorge Sand, Alejandro Dumas, y qué sé yo cuántos otros, todos escritores contemporáneos, son los que han acumulado «the huge amount of mischief.» Ellos son los que han plagado á la España y á la América del Sur de ficción y de mentira. De Francia ha salido el folletín que adorna ó más bien desnaturaliza y desfigura los periódicos, cuya misión natural es lo que los ingleses llaman *information*, es decir, la publicidad de los hechos y no la publicidad de las ficciones.

La literatura de pura ficción, tengo para mí que es en su esencia mala; pero en la antigüe-

dad había circunstancias notables que contrarrestaban sus perniciosos efectos. En primer lugar, la literatura antigua, épica, dramática ó lírica, no era romántica estrictamente, sino otra cosa muy distinta; era mítica, es decir, falsa en cuanto á ciertos hechos, pero verdadera en cuanto á las creencias. El poeta no tanto inventaba cuanto cantaba: cantaba las generaciones de sus dioses, las hazañas de sus héroes, las glorias de su nación. Era mitad sacerdote y mitad cronista: cronista crédulo y rudo, que ponía sus crónicas en verso; sacerdote que emitía los dictados de un oráculo ante el cual él mismo cándida y sinceramente se postraba. Agrega á eso la circunstancia de que toda esa literatura estaba en verso, lo que no hacía fácil, antes sí muy difícil, su imitación y multiplicación. Cada tres, cada cuatro, cada diez siglos, aparecía una grande obra. En fin, añade la falta de imprenta; y todo esto hace comprender muy bien cómo la literatura antigua no pudo ser ni fué jamás tan funesta como la execrable literatura-ficción de nuestros días.

Tengo la convicción profunda de que si por un poder sobrenatural, ó por el progreso de la razón humana, se desterrase del mundo toda novela, más digo, toda obra de ficción, el género humano haría una ganancia incalculable.

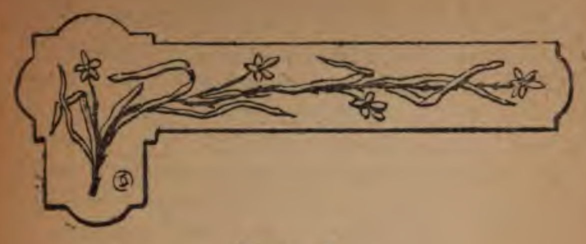
Eso no sería desterrar la poesía; porque no

es la ficción sino la verdad lo que la constituye. Desterrada la ficción, quedaría la poesía verdadera, la poesía de los sentimientos y de la historia; quedarían las glorias de la virtud y las armonías de la naturaleza. Esas glorias y armonías nunca faltarían, ni un corazón que las sintiese, ni una voz que las cantase. La poesía así quedaría reducida á su elemento esencial, que es la poesía lírica, la oda. La poesía es el canto del hombre y nada más. En ese canto hay dos cosas: la voz y el sentimiento; las dos cosas juntas son la poesía. La voz sin el sentimiento expresado, es sólo música; el sentimiento sin la voz, es sólo pasión. El poeta no es sólo un hombre apasionado, porque entonces todos los hombres que tienen fuertes y nobles pasiones lo serían; ni es sólo un músico, porque entonces lo serían todos los músicos. El poeta es un hombre que canta lo que siente. Cuando no canta lo que siente, sino cuenta lo que inventa, baja de poeta á novelista, y en este descenso, así pierde el carácter de poeta como lo perdería si no cantando lo que siente, sino realizando lo que inventa, pasase de poeta á ingeniero. Decir que el novelista es poeta, es cosa idéntica, en cuanto á lo absurdo, á decir que es poeta el ingeniero, ó el arquitecto, ó el fabricante. Un novelista no es un poeta, sino un fabricador de cuentos.

La buena poesía no adulterada y reducida á su campo natural y legítimo, es como el buen vino cuyo uso moderado fortifica; la novela, la pura ficción, es como el aguardiente, como el alcohol puro: embriaga, pero no alimenta...



NOTAS DEL AUTOR.



NOTA A.

DOLOR Y VIRTUD (1).

(LIBRO III, POESÍA 9.ª)

ESTROFA XV.

Si ese cerebro pesa cual pesaba,
Si sólo falta el pensamiento en él,
Oh! si ese pensamiento aquí no acaba,
¡Sufre, y espera en tus dolores, Cheyn'!

CASO es este el argumento más directo y de más fuerza en favor de la inmaterialidad del alma.

Si es indudable que en el cadáver de Newton faltaba aquel principio, aquella potencia, aquella cosa, aquel algo que, demorando en Newton vivo, descubrió las leyes del sistema del mundo; si es cierto, por otra parte, que en el

(1) Nota inédita.

momento que sigue al de la muerte pesa el cadáver lo mismo que pesaba el cuerpo vivo en el momento que la precedió; es evidente que ese principio, esa potencia, esa cosa, ese algo que falta en el cadáver, no es un cuerpo, pues la masa de los cuerpos se mide por el peso, y el peso aquí subsiste el mismo.—El alma humana es *inmaterial*, puesto que es *imponderable*.

Este argumento no tiene réplica.

Solamente podrá decirse que lo mismo sucede en todo animal que espira, y aun en todo reló que se para, en todo movimiento que cesa, en todo cuerpo eléctrico que se descarga, en toda brasa que se enfría, en todo luminar que se apaga...

Concedido.—Pero esa objeción no destruye el principio, antes lo confirma dándole mayor extensión. Eso no prueba que el alma humana sea material, sino que el calor, la electricidad, la luz, el principio de la vida vegetal y sensible, las fuerzas todas que animan la materia, siendo *imponderables* son *inmateriales*.

Lo que no tiene masa, lo que no pesa, no es materia. La *inercia*, es decir, la completa indiferencia de los cuerpos al movimiento ó al reposo, es la primera propiedad de la materia; y esta propiedad es la más fácil de demostrar, pues *a priori* y *a posteriori* se demuestra.

«Un átomo material—dice Laplace,—colo-

cado en reposo en medio del espacio, jamás se moverá, pues no encierra en sí mismo razón alguna para moverse en una dirección más bien que en otra.» Ni tampoco la encierra para moverse con una velocidad más bien que con otra. Y á la inversa, ese mismo átomo arrojado en una dirección cualquiera en medio del espacio infinito y vacío, jamás se detendrá, pues no encierra en sí razón alguna para detenerse, ni para detenerse en un punto más bien que en otro.

El raciocinio por sí solo demuestra la inercia de la materia; la experiencia la demuestra igualmente.

Todo cuerpo en reposo, para entrar en movimiento opone resistencia; todo cuerpo en movimiento, para recibir mayor velocidad opone resistencia; todo cuerpo en movimiento, para ser detenido ó retardado opone resistencia. En reposo como en movimiento, la materia se resiste al movimiento como al reposo; la materia se resiste á todo cambio, es indiferente á todo, verdaderamente *inerte*. Las fuerzas que la animan no la animan sino *forzándola*; no sólo le son extrañas, sino superiores y hostiles. Cuando la animan, cuando la abandonan, la materia no se altera ni en peso, ni en volumen, á menos que fuerzas contrarias vengan á obrar entonces. Cuando un cuerpo se enfría, esto es,

cuando las fuerzas repulsivas del calor disminuyen en él, el cuerpo se encoge, es verdad; pero no por sí mismo, sino en virtud de fuerzas atractivas contrarias que reducen su volumen.

Las fuerzas que animan la materia, las afinidades químicas, la cohesión, la gravitación universal, el calor, la electricidad, la luz, la fuerza de la impulsión, así como el principio de la vida, la inteligencia, la voluntad, son, por lo visto, *inmateriales*, son *espirituales*. Todo lo que es movido es *materia;* todo lo que mueve es *espíritu*. El espíritu es la fuente de toda acción.

La inmaterialidad de algunas fuerzas puede demostrarse de una manera aún más directa. Por ejemplo, en un tubo perfectamente vacío, colocado verticalmente, si de su parte interior y más alta se suelta un cuerpo, éste caerá con velocidad no uniforme, sino continuamente acelerada, lo que prueba que la fuerza de atracción existe en cada punto *vacío* del tubo y que la fuerza de atracción es *inmaterial*. Ni se arguya que jamás podremos formar en un tubo un vacío completo; pues lejos de que la corta cantidad de aire que el tubo puede encerrar, sea la fuerza atractiva que produce la caída acelerada del cuerpo que se suelta, ese aire, por su resistencia, por su inercia, retarda el movimiento de descenso, el cual será tanto

más rápido y libre cuanto más completo sea el vacío, la *no-materia*, en que obra la atracción.

Mas esta observación en ninguna ciencia tiene tanto poder como en Astronomía, á la cual sirve de base. Es evidente que á centenares de millones de leguas alrededor del Sol, el espacio planetario está perfectamente vacío, pues por raro y ligero que fuese el fluido material que llenara aquel espacio, durante los siglos á que ya ascienden las observaciones astronómicas, habiéndose observado en los movimientos de los planetas algún retardo, que cada siglo, cada año, cada día, cada momento habría sido más sensible. Ahora bien; los movimientos de los planetas en tantos siglos no han experimentado ni el retardo de un segundo; son hoy lo que eran en tiempo de Hiparco. Las perturbaciones que experimentan los movimientos planetarios no son causadas por la influencia de ningún fluido material y resistente; no consisten en un retardo incesante, sino en oscilaciones periódicas causadas por la atracción mutua de todos los grandes cuerpos del sistema. Porque en cada uno de los puntos de ese grande espacio *vacío* la fuerza de atracción existe completa y activa: entre Júpiter y la Tierra, Marte la siente; entre la Tierra y Mercurio, la siente Venus...

1845.

Nota B.

LA LIBERTAD Y EL SOCIALISMO [1].

(LIBRO IV, POESÍA 5.ª)

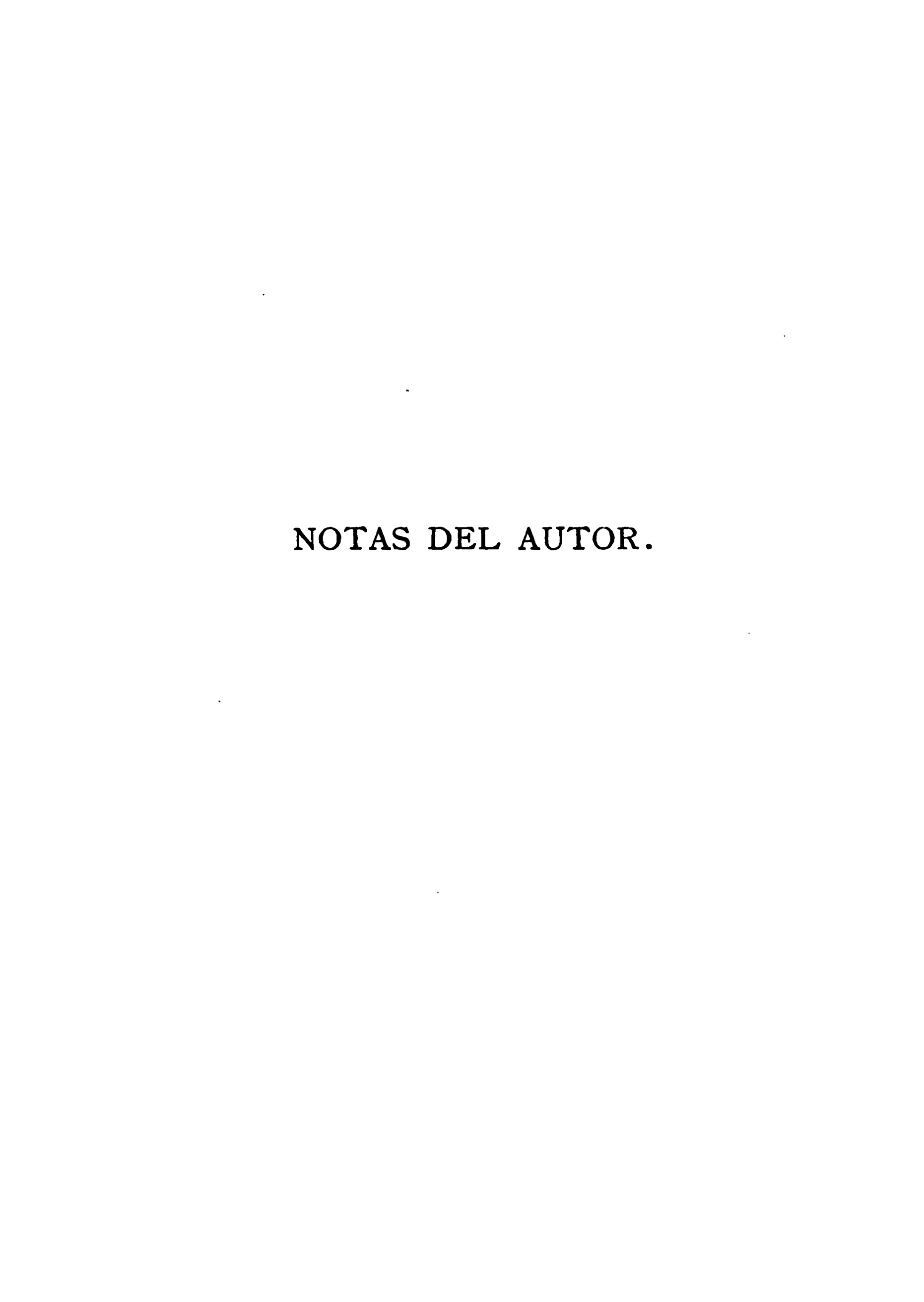
I.

El texto del Dr. Channing se ha citado en inglés por no alterarlo. El trozo es tan bello y conviene también á los socialistas de hoy, tanto de Europa como de América, que no podemos abstenernos de traducirlo aquí por entero.

«¿Cómo pudo suceder, exclama, que triunfase así la tiranía? ¿que las esperanzas con que desde aquí saludábamos á la revolución francesa se hayan así desvanecido? ¿que un usurpador arrancase así hasta las últimas raices del árbol de la libertad para plantar en su lugar el despotismo? No debemos ir muy lejos por la causa, y ella es tal que nunca se recordará con demasiada frecuencia á los amigos de la libertad. La Francia abortó por falta de aquella

(1) Al incorporar en una colección poética estas notas, se ha creido conveniente omitir algunas apreciaciones de carácter personal y polémico.





NOTAS DEL AUTOR.

evitar la prisión á que á todo trance se le quería reducir sin haber cometido delito alguno. Su delito fué DIRIGIR AL GOBERNADOR DE BOGOTÁ UNA REPRESENTACIÓN PIDIÉNDOLE QUE CONSERVASE EL ORDEN EN UN JUICIO POR JURADOS, QUE NO HABÍA PODIDO CELEBRARSE POR UN TUMULTO DE LOS SOCIALISTAS (10 de Abril de 1850), EN QUE INSULTARON AL JUEZ, AL ESCRIBANO, Á LOS ACUSADOS Y Á LOS DEFENSORES, TAN GRAVE É IMPUNEMENTE, QUE EL JUEZ SE ENFORMÓ Y RENUNCIÓ Á SU EMPLEO. Esa representación es TODO EL DELITO cometido por el autor, por el cual se le quería condenar á SEIS AÑOS DE RECLUSIÓN en las prisiones (¡qué prisiones!) de la Nueva Granada. Esto parece un sueño espantoso; tanta iniquidad parece imposible: sin embargo, aquí estoy en Nueva-York para probar que los perversos, cuando llegan á apoderarse del Poder público, no sólo se entregan al delito, sino que quitan á la inocencia hasta el derecho de quejarse y le imponen el castigo que ellos debieran sufrir.

15—(ESTROFA XXVI.)

ó amenazados en su propio suelo...

Alusión á los valientes escritores de *La Civilización*, *El Día*, *El Filotémico*, *La República*, *El Porvenir*, *El Ariete*, *El Misóforo*, *El Clamor*, *El Antioqueño*, etc., que con una constancia,

una elocuencia y una virilidad que honran al país, defienden en la Nueva Granada la causa de la verdadera libertad contra la violencia rapaz y perseguidora de la dictadura socialista.

13—(ESTROFA XXIX.)

.....Modesto amigo,
En quien un monstruo se ensañó brutal...

El Sr. Simón Cárdenas, Presidente de la Sociedad Popular de beneficencia y fraternidad cristiana...

14—(ESTROFA XXIX.)

.....Por reparación, ¡nuevo castigo
Te impuso un juez VENAL!

Es un hecho que la mayoría del Jurado que condenó al Sr. Cárdenas, compuesto de siete miembros, DEPENDÍA PECUNIARIAMENTE del Poder, interesado en la condenación.

15—(ESTROFA XXX.)

.....Del reabierto abismo
Renace del Borbón el despotismo
En esta edad de luz!

Todo el poder temporal de INQUIRIR EN LA CONCIENCIA, había sido abolido desde 1821 por el gran Congreso Constituyente de Colombia. Toda facultad de IMPONER PENAS había sido negada al Poder Ejecutivo por la Constitución.

Todas las LEYES PENALES ESPAÑOLAS habían sido derogadas por el Código penal. El general López, declarando por sí y ante sí vigentes en la Nueva Granada en 1850 los actos de proscripción de los déspotas españoles, ha insultado al espíritu de su país y de su siglo, ha renovado el poder inquisitorial, ha usurpado abiertamente las facultades del Poder Judicial y Legislativo, y aun facultades que no tienen ni los legisladores ni los jueces, y se ha investido de una dictadura sin ejemplo entre nosotros. Para conservarse en ella, ha atropellado la libertad de las asambleas electorales con escándalos de que apenas es posible formarse idea en paises que gozan el beneficio de ser libres.

16—(ESTROFA XXXI.)

La misma escena...

La expulsión de los jesuitas de Bogotá, hombres que, sean cuales fueren las ideas que cada uno quiera tener de su instituto, gozaban el derecho de no ser condenados sin ser oídos, y de no ser penados mientras no hubiesen cometido delito alguno, esa expulsión renovó las mismas formas tiránicas de 1767. Como entonces, fueron sacados sin preparación de sus camas en el silencio de la noche para un viaje lejano. Como entonces, se publicó un bando tur-

co prohibiendo toda expresión de reprobación, de censura y aun de queja! La única diferencia entre HOY Y ENTÓNCES, es que entonces Carlos III era un Rey absoluto que no tenía Constitución que respetar ni otra ley que su propia voluntad, mientras que hoy López se llama Presidente de una República y como tal debía, por pudor siquiera, considerarse obligado á respetar LA CONSTITUCIÓN Y LAS LEYES GRANADINAS, cuya obediencia y cuyo cumplimiento había jurado.

17—(ESTROFA XXXII.)

Los jefes corren al común tesoro...

La rapacidad de los directores del partido demagógico es un hecho que no es peculiar á los de la Nueva Granada, sino común á los de todos tiempos y todas partes. Ella ha sido admirablemente descrita y explicada por Alisón en su *Historia de Europa* (capítulo último):

«Pero todo esto cambia totalmente cuando los cabecillas de la demagogia suben al poder... El momento en que ocurre este fatal cambio es el de una completa revolución, no sólo en la conducta del Gobierno, SINO EN LA VIGILANCIA CON QUE EL GOBIERNO MISMO ERA OBSERVADO Y GUARDADO POR LA GRAN MASA DEL PUEBLO. Los poseedores del Poder y dispen-

sadores de influencia, se hallan rodeados de una hueste de hambrientos dependientes, para los cuales la necesidad es ley, y que, impelidos por la secreta convicción de que su ascendiente político no puede ser duradero, porque les faltan las aptitudes necesarias para conservarlo, trabajan por hacer el mejor uso posible de su tiempo, procurándose para sí y para sus parientes y paniaguados, sueldos y cucañas del tesoro, sin la menor consideración por el bien público. Por otro lado, la misma parte del pueblo tan clamorosa antes contra la corrupción y tan austera en sus demandas por una administración virtuosa y patriótica de los negocios públicos, ahora varía de tono, y unos abiertamente, y sin vergüenza alguna defienden toda clase de abusos porque ganan con ellos, otros guardan un silencio estudiado ó tratan de paliar los desórdenes de que se aprovechan, clamando por reformas en algún otro departamento administrativo, ó por mayor extensión para el Poder de que sus jefes sacan tan considerable beneficio. Y así no sólo se dirigen el poder y la influencia del ejecutivo á los fines más egoistas y corrompidos, SINO QUE LA LEGISLACIÓN MISMA SE MANCHA CON LA SANCIÓN DE LA RAPIÑA Y EL PECULADO. En el saqueo general de las rentas nacionales en que cada cual no piensa más que en su negocio, á ningún otro

objeto se atiende que á la promoción de intereses personales ó al predominio del partido: la prensa mercenaria se guarda bien de denunciar, y más bien justificar tamaños abusos, porque los que la dirigen, y los que escriben sus columnas se enriquecen con ellos: y lo peor de todo es, que el sentimiento público se corrompe casi universal é irrevocablemente, porque una masa considerable del pueblo se aprovecha ó espera aprovecharse de los abusos á que se entregan los jefes de su bando.»

Si el sabio historiador y publicista que escribía en Londres en 1832 estas profundas observaciones, hubiese estado dotado de sentido profético, no habría podido describir en sus oráculos con más fidelidad la conducta del partido socialista de la Nueva Granada en 1850, que en esas líneas dictadas simplemente por su conocimiento de la naturaleza humana y del gobierno de la demagogia.

19—(ESTROFA XXXIX.)

Que la mirada HÚMIDA que lanza...
HÚMIDA, húmeda.
«Hijo de la callada HÚMIDA noche.»
MORATÍN, hijo.

La terminación en IDO, IDA, es más etimológica, más general, más melódica y más poética que la terminación esdrújula en EDO, EDA,

que el uso ha introducido en HÚMEDO, única palabra en su especie en que existe. HÚMEDO se deriva de HUMOR, como de CANDOR, CÁNDIDO; de RIGOR, RÍGIDO; de FULGOR, FÚLGIDO; de HORROR, HÓRRIDO, etc.

20—(ESTROFA XXXIX.)

La paz del vil......

La paz del vil no es la paz de los que después del 7 de Marzo tratan de evitar, hasta el último trance, la efusión de sangre los azares de la lucha desigual de un pueblo desarmado contra un Poder opresor—y que al mismo tiempo trabajan incansables en desengañar á los ilusos, y en excitar á los inertes á que usen activamente de la sombra de derechos políticos que la Dictadura se ha dignado dejarles—¡no! ¡esa no es la paz del vil; esa es la santa guerra de la virtud!—La paz del vil es la de aquellos ricos que jamás han conocido de la patria más que los beneficios—que jamás hicieron sacrificio por el cual no recibiesen una moderada indemnización de un doscientos ó trescientos por ciento—y para los cuales todos los gobiernos, aun los más tiránicos, son buenos, porque á todos adulan y con todos ganan. La paz del vil es la de aquellos escritores y hombres de Estado que nunca han tomado la

pluma sino para defender SUS PROPIOS ACTOS, y que en presencia de la más odiosa tiranía que haya pesado jamás sobre su país, guardan hoy un prudente silencio, ó si lo rompen, es para calificar magistralmente de temerarios, inmoderados, ó locos, á los patriotas generosos que no conocen otra causa que la CAUSA COMÚN, arriesgándolo todo — subsistencia, tranquilidad, y aun la vida,—á trueque de restablecer PARA TODOS en su patria el imperio de los principios cuya realización constituye la Libertad honrada y la verdadera República. Esas dos clases de gentes—á quienes el egoismo ha despojado de todos los sentimientos expansivos,— son los que con su conducta han contribuído más á que cundan con tan asombrosa rapidez en un país nuevo como el nuestro, las amenazadoras doctrinas del socialismo que parecía que sólo pudieran tener séquito en las viejas y apiñadas poblaciones de Europa. La riqueza y el talento POR SÍ no merecen acatamiento alguno; lo único que pueden tener de respetable es EL USO QUE SE HACE DE ELLOS; y cuando sólo sirven para satisfacer los instintos egoistas de aquéllos que los poseen, el pueblo y la juventud no tardan en verlos con desprecio y aun con indignación. De aquí las tendencias demagógicas y comunistas. ¡Jóvenes de mi país! no os dejéis, sin embargo, alucinar por el despre-

cio que los egoistas os inspiran: el egoista inofensivo sólo se envilece á sí mismo; pero el apóstol de falsa libertad que consigue embaucar á uno de vosotros, no sólo está envilecido por ser igualmente egoista y además perverso, sino que también envilece y pervierte á los desdichados á quienes logra hacer prosélitos de sus corruptoras doctrinas, é instrumentos ciegos de su ambición y de su venganza.

Nota C.

Á MI PRIMOGÉNITO.

(LIBRO VII, POESÍA 1.ª)

Aunque no escritos para servir de nota, son obra del autor, y en mucha parte hacen relación á la poesía cuyo título antecede (por lo cual hallan aquí cabida naturalmente) los pasajes que vamos á transcribir del brillante folleto político *Cascafuerte*, publicado en 1844.

El Granadino había denunciado los actos arbitrarios y violentos del Coronel ***, Gobernador de Bogotá, y habíase esforzado porque se derogase la ley *de medidas de seguridad* que á tales desafueros daba ocasión.

Aquel magistrado, «en vez de guardar silencio ó de reconocer su error noblemente,» volvió sus tiros contra su franco acusador en publicaciones anónimas, y siguiendo el torcido y no razonable modo de argüir que ya ridiculizó Larra, le imputó calumniosamente indecencias de lenguaje que sólo un ojo mal sano podría señalar en sus versos, y aun osó aludir á la buena memoria y á la noble conducta del pa-

dre del poeta en la época de la guerra de la Independencia, para echar en rostro á Caro su origen realista.

En este particular Caro replicaba:

«Para acabar de demostrar V. S. su exquisito tacto y la caballeresca nobleza de sus sentimientos, va á remover las tranquilas cenizas de mi padre, frías catorce años há. ¡Ah! ¿y qué tienen que ver las cenizas de mi padre con V. S.?... Mi padre no pudo haber hecho esfuerzos con el de V. S. contra el Gobierno español... ¡porque mi padre no era un traidor! Hijo de españoles, empleado del Gobierno español, mi padre no podía sin traición amargar la vejez de los que le habían dado el sér, ni combatir contra el Gobierno que le daba el pan...

Legitimada ya por el triunfo la sublevación americana, convertida en independencia irrevocablemente consumada, establecido ya en este país un gobierno regular, nacional y respetable, mi padre sirvió desde entonces á este nuevo Gobierno con lealtad, con constancia, hasta perder algo más que la vida, hasta perder la vista. ¡Deje en paz V. S. las cenizas de mi padre; que hartas lágrimas de dolor he derramado sobre ellas para que se me obligue también ahora á salir á defenderlas! Déjelas en paz V. S.; atáqueme por donde guste; injúrie-

me cuanto quiera; calúmnieme hasta que se canse: V. S. conoce toda mi vida; entera la dejo en sus manos; repásela desde mi nacimiento hasta ahora con el ojo sagaz de la perfidia; pruebe V. S. en mí sus dientes; que mi conciencia me dice que cuanto más mordiesen, más duro encontrarán el bocado... ¡Pero respete la soledad de la tumba y el dolor del huérfano!»

La increible tacha de indecencia (cargo posteriormente repetido por cierto censor alienígena) recaía sobre la admirable poesía intitulada *La bendición del primogénito*. En esta parte contestaba CARO del modo siguiente:

«¡Impuse mis manos paternales sobre el seno que encerraba el fruto de mi amor legítimo para bendecirlo desde entonces en nombre de Dios... y la imaginación de S. S. no ve en este sublime grito de un padre sino el acto indecente de un libertino! ¡Y queréis que la pluma con que escribí mis mejores versos, versos grabados para siempre en vuestra memoria, á despecho de vuestros rencores!... ¡sí; porque esos versos no los olvidaréis jamás, y los repetiréis involuntariamente como una oración cuando vuestra esposa os anuncie que tenéis un hijo! ¡queréis que esa pluma la queme! ¡No; no puedo quemarla! Esa pluma es de acero: es la pluma con que en 1842 os dejé sin respuesta á vos;

la pluma que escribía con todas sus letras mi nombre, cuando Patria y González amenazaban á Bogotá con saqueo. ¡Esa pluma la guardo para legársela á mi hijo; para que conozca la pluma con que su padre escribió los versos en que le bendecía desde el seno de su madre!

»Dice V. S. que tuve la moderación de profetizar á mi futuro heredero la suerte de Napoleón. También parece, según eso, que le profetizaba que sería astrónomo, mártir, campesino, monja, á aborto informe. ¿Es eso *profetizar?* Eso era *preguntar*, preguntar á Dios que sólo puede saberlo, del inmenso campo de lo posible cuál sería el punto destinado al sér que aún no era nacido. ¡Con qué propiedad usó aquí S. S. la palabra *profetizar!...*»





ÍNDICE.

Páginas.

LIBRO CUARTO.—EL GRANADINO.

LIBRO QUINTO.—EL DESTERRADO.

LIBRO SEXTO.—EL AMANTE.

LIBRO SÉTIMO.—EL PADRE.

Páginas.

APÉNDICES.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
26 *de Febrero del*
año de
1885.



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

Viajes por España, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

El niño de la bola, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

Juicios literarios y artísticos, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

El Solitario y su tiempo, biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas tomo.

Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I y II (tres volúmenes), 13 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas tomo.

Calderón y su teatro, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 10 pesetas.

Escenas andaluzas, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas.

Derecho Internacional, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas tomo.

Voces del alma, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas.

Problemas contemporáneos, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 10 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas tomo.

Escritores españoles é hispano-americanos, por D. Manuel Cañete.—Tomo I, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas.

Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón, por D. Vicente de la Fuente (1.ª serie), con el retrato del Autor.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas.

ESTUDIOS GRAMATICALES, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 5 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 30 y 35 pesetas.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

LA PERFECTA CASADA, por el Mtro. Fr. Luis de León, con el retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

ROMANCERO MORISCO.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

CERVÁNTES.—*Rinconete y Cortadillo.—El Celoso Extremeño.—El Casamiento engañoso* y *El Coloquio de los Perros.*—Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

LA MUJER, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 5 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para REGALO, á diferentes precios.

EN PRENSA.

HORACIO EN ESPAÑA, por D. M. Menéndez y Pelayo.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA: tomo III, por el mismo.

HISTORIA DE LA INCORPORACIÓN DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón.

SONETOS, LEYENDAS Y CANCIONES, por D. Juan Valera.

TEATRO ESPAÑOL del siglo XVI, por D. Manuel Cañete.

TEATRO de D. Adelardo López de Ayala: tomo VI y último.

EN PREPARACIÓN.

POESÍAS, de D. A. L. de Ayala.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcón.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Obras de D. José Eusebio Caro.

Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Historia de Carlos V, por Pedro Mexía (inédita).

Novelas escogidas, de Salas Barbadillo.

Obras escogidas, de P. Martín de Roa.

Escritores españoles é hispano-americanos, por D. Manuel Cañete: tomo II.

Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón, por D. Vicente de la Fuente (2.ª serie).

Canciones, poemas y romances, por D. Juan Valera.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de escritores castellanos* se harán á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA.

La Mujer.—Un tomo, 4 pesetas.

Roma.—Tres tomos, 12 pesetas.

La verdad del progreso.—Un tomo, 4 pesetas.

Viaje de SS. MM. á Portugal.—*La Rosa de oro.*—Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

Poesías, cantares y leyendas, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

Estudios sobre vestuario, equipo y armamento del ejército, por D. Nazario de Calonje, con láminas, 3 pesetas.



[redacted]





